

Sandokán

Por

Emilio Salgari

Freeditorial 

1. El asalto a la «kotta»

Un relámpago cegador, que dejó ver durante unos instantes las nubes tempestuosas empujadas por un viento furiosísimo, iluminó la bahía de Malludu, una de las más amplias ensenadas que se abren en la costa septentrional de Borneo, más allá del canal de Banguay. Siguió un trueno espantoso que duró bastantes segundos y que semejó el estallido de veinte cañones.

Los altísimos pombo de enormes naranjas, las espléndidas arengas saccharifera, los upas de jugo venenoso, las gigantescas hojas de los bananos y de las palmas denticuladas se doblegaron y luego se contorsionaron furiosamente bajo una ráfaga terrible que se adentró con ímpetu irresistible en la inmensa selva.

Ya hacía bastantes horas que había caído la noche, una noche oscurísima que solamente iluminaban de vez en cuando, a intervalos larguísimos, los relámpagos.

Parecía como si estuviera a punto de estallar uno de esos formidables ciclones, tan temidos por todos los isleños de las grandes tierras de la Sonda, y sin embargo algunos hombres, indiferentes a la furia del viento, de los truenos y de los inminentes aguaceros, velaban bajo las tenebrosas selvas que circundaban toda la profunda ensenada de Malludu. Cuando un relámpago rasgaba las tinieblas se divisaban sombras humanas alzarse en medio de los matorrales y alargar sus miradas bajo aquella luz, y cuando el trueno cesaba en su fragor en medio de las nubes tempestuosas se oían palabras en la selva:

— ¿Nada todavía?

— ¡No!

— ¿Qué hace Sambigliong?

—No ha vuelto.

— ¿Lo habrán matado?

—No es hombre que se deje atrapar. ¡Un viejo malayo como él...!

—El Tigre de Malasia se impacientará.

— ¿Por qué? ¡Bien sabe que tarde o temprano apresará a ese perro de Nasumbata...! Y después, ¡fíate de los dayakos de tierra! ¡Son más viles que los negros!

Una voz imperiosa dominó aquel charloteo.

— ¡Silencio! ¡Cubrid las llaves de vuestras carabinas!

Otro vivísimo relámpago desgarró en aquel momento las tinieblas, haciendo centellear por algunos instantes, por debajo de las gigantescas hojas, los cañones de numerosas carabinas y el espléndido acero de los parang y de los kampilang pendientes de la cintura de aquellos hombres emboscados.

En aquel momento una ráfaga furiosa azotó la selva, torciendo no sólo las ramas, sino incluso los troncos delgados y elásticos de las palmas, y haciendo danzar desordenadamente las lianas rotang y los larguísimos nepentes, cuyas flores, en forma de vaso, habían sido ya arrancadas.

Comenzaba a llover; pero no caían simples gotas. Eran auténticos chorros de agua, los cuales, al caer sobre las hojas, originaban un fragor semejante al del granizo grueso.

De repente, en medio del formidable ruido de la tempestad, se dejó oír una voz seca:

— ¡Aquí estoy, Tigre de Malasia!

Un viejo malayo de rostro bastante arrugado, que vestía un simple sarong de algodón rojo, el cual, ciñéndole los costados, descendía hasta las rodillas, y que empuñaba una espléndida carabina india con la culata taraceada con laminillas de plata y de nácar, había surgido de improviso de un espeso matorral.

— ¡Sambigliong! —exclamaron varias voces—. ¡Por fin...!

Otro hombre se adelantó desde un grupo de troncos de pimenteros silvestres.

Era un magnífico tipo de borneano, de unos cincuenta años, con el rostro bastante bronceado, ojos negrísimos y todavía llenos de fuego.

Su barba y sus cabellos, que llevaba largos, apenas eran entrecanos.

Vestía como un raja malayo o indio: casaca de seda azul con bordados de plata, abierta por delante de modo que mostraba una camisa de seda blanca; amplios calzones, ala turca, ceñidos a los costados por una alta faja de terciopelo negro con flecos de oro; botas altas de tafilete rojo con la punta retorcida. Tenía en su mano una carabina inglesa de dos cañones y en la faja llevaba dos pistolas y una corta cimitarra en cuya empuñadura brillaba un diamante tan grande como una avellana.

—Ya era hora de que llegases, Sambigliong —dijo, mientras se arreglaba el turbante de seda, para que el viento no se lo arrebatase.

—La selva es muy tupida ante nosotros. Tigre de Malasia —respondió el viejo malayo—, y he tenido que avanzar con extrema prudencia. Sabes,

patrón, que ante la kotta de los dayakos hay siempre fosos sembrados con puntas de flecha envenenadas con el upas.

— ¿Cuántos fosos has atravesado?

—Tres, patrón.

— ¿Has visto centinelas en las empalizadas de la kotta?

—Solamente dos.

— ¿Cuántos hombres crees que albergue el poblado?

—No más de doscientos.

— ¿Has visto alguna pieza de artillería?

—Sí, un mirim.

—Esos cañones de latón valen poco —observó el Tigre de Malasia tras un breve silencio—. Nosotros ya los conocemos, ¿verdad, Sambigliong?

—Y podemos decir también que las espingardas son infinitamente mejores —dijo el viejo malayo.

—Esperemos a que pase el huracán y después comenzaremos el ataque. ¡Ay si Nasumbata logra escapársenos y llegar junto al raja de Kin-Ballu! Y además desearía tenerlo en mis manos antes de que lleguen aquí Yáñez y Tremal-Naik.

— ¿Llegarán pronto?

—No deben de estar lejos —respondió Sandokán—. Toma veinte hombres y ve a emboscarte detrás de la kotta. Atrápalos a todos, porque estoy seguro de que Nasumbata será el primero en echar a correr.

— ¿Cuándo comenzarás el ataque, patrón?

—Más pronto de lo que crees. Me preocupa una cosa...

— ¿El mirim?

—No, los fosos —respondió el Tigre de Malasia—. Mis cincuenta hombres están descalzos y si ponen un pie sobre una flecha envenenada nadie los salvará. El upas no perdona, y los dayakos de la selva lo usan y aun abusan de él.

—Haz construir puentes volantes, patrón.

Sandokán, o sea el Tigre de Malasia, como lo llamaban los bornéanos de las costas occidentales de la inmensa isla, hizo un gesto como para decir: «En eso ya he pensado yo; no te preocupes».

Luego añadió:

—A tu puesto, viejo Sambigliong: respeta sólo a las mujeres y a los niños. Ve a tomar tus veinte hombres y déjame por ahora tranquilo. Esperemos a que cese esta lluvia.

Le dirigió un gesto de despedida y volvió a introducirse entre los espesos matorrales, que, afortunadamente, estaban protegidos por un grupo de bananos cuyas hojas no tenían menos de cuatro metros de longitud por uno y medio de anchura.

En vez de calmarse, el huracán aumentaba espantosamente. Vivísimos relámpagos se alternaban con truenos formidables y aguaceros.

De vez en cuando una ráfaga, con una fuerza inaudita, que parecía que levantase las aguas de la bahía de Malludu, se abatía con mil silbidos sobre la selva, con aullidos horribles, desgajando ramas y troncos y enmarañando las espesas redes de rotang y de calamus.

Los malayos permanecían inmóviles, absolutamente impasibles bajo aquel diluvio. Sólo tenían una preocupación, que era la de mantener bien cubiertas las llaves de sus carabinas bajo el sarong doblado, a fin de que no se mojasen las cápsulas.

Transcurrió otra media hora durante la cual los relámpagos, los truenos y las ráfagas continuaron sin interrupción, llevando el desorden a la selva, cuando apareció otro hombre, que se precipitó hacia el lugar donde se había refugiado el Tigre de Malasia.

—Patrón Sandokán —dijo—, me manda Sambigliong.

— ¿Están en sus puestos los hombres?

—Sí, patrón. Se han emboscado formando una cadena tras la kotta y te aseguro que no pasará nadie.

—No era necesario que me avisase —respondió Sandokán, el formidable jefe de los piratas de Mompracem.

—Pero vengo a darte otra noticia.

—Habla, Sapagar.

—Entre los truenos hemos oído una detonación que nos parece originada por algún cañón.

Sandokán se había levantado presurosamente, presa de una viva agitación.

— ¿De dónde provenía ese disparo? ¿De la kotta?

—No, patrón; de la bahía.

— ¿Habrás sido asaltada nuestra chalupa? Me parecería imposible en una

noche como ésta.

—El tiro debe de haberse disparado muy lejos, patrón.

— ¿Habrán llegado ya Yáñez y Tremal-Naik y con ese disparo han querido avisarnos?

—No sabría decírtelo. Tigre de Malasia —respondió Sapagar.

Sandokán reflexionó un momento y luego dijo:

—Llévate contigo dos hombres, no más, ya que mi columna está quedándose bastante débil; acércate a la playa y embárcate en la chalupa. Deja, sin embargo, los praos anclados.

— ¿Y luego, patrón?

—Explora la bahía y, si ves un yate detenido en cualquier lugar, ven en seguida a avisarme. Yo ya estaré para entonces dentro de la kotta. Vete y no pierdas tiempo.

Luego, mientras el malayo salía corriendo, empuñó la cimitarra y gritó:

— ¡Adelante, tigres de Mompracem! ¡Sambigliong nos espera tras la kotta!

Treinta hombres medio desnudos, armados de carabinas y de kriss, esos terribles puñales; de hoja ondulada, de una longitud de más de un pie y que suelen tener la punta envenenada; y de parang, los pesadísimos sables que acaban en forma acanalada y que de un solo golpe decapitan incluso a un toro, habían salido de los matorrales y se habían dispuesto en dos filas.

— ¿Están cargadas vuestras carabinas? —preguntó Sandokán.

—Sí, jefe.

— ¿Están dispuestos los puentes volantes para los fosos? —Sí, jefe.

—Adelante y tened cuidado dónde ponéis los pies. Sambigliong me ha avisado de que hay flechas envenenadas disimuladas alrededor de la kotta.

Los treinta hombres se pusieron en marcha, en el mayor silencio, precedidos por su jefe.

Continuaba tronando y los relámpagos no habían cesado todavía. Pero no llovía.

Pese a todo, el viento de vez en cuando se adentraba bajo la inmensa selva virgen, ululando siniestramente y arrancando hojas, frutas y ramas. La pequeña columna avanzó durante unos diez minutos, deslizándose con cautela entre tronco y tronco, cuando la voz del jefe se hizo oír.

— ¡Alto! ¡La kotta está ante nosotros! ¡Listos para el asalto!

A la luz vivísima de un relámpago había aparecido el poblado a una distancia de apenas doscientos pasos.

Los dayakos que habitan los grandes bosques de Borneo no construyen sus poblados sencillamente, como hacen los malayos y los javaneses.

Como quiera que siempre están en guerra con una u otra tribu o contra los negros del interior, porque no tienen otra preocupación que engrosar su colección de cráneos humanos, abren en medio de la espesa selva un calvero más o menos amplio y, construidas las cabañas, se apresuran a proveerlo de fuertes empalizadas, que generalmente tienen una altura de tres o cuatro metros.

Para hacer más difíciles las sorpresas, excavan también dos e incluso tres profundos fosos dentro de los cuales acumulan masas de ramas espinosas, obstáculos casi insuperables para gente que no ha tenido jamás el hábito de llevar calzado.

Además, en algunas zonas de tierra plantan puntas de flecha envenenadas con el jugo del upas. Tales fortalezas, puesto que pueden llamarse verdaderamente así, no son, por consiguiente, fáciles de expugnar.

Con todo, los malayos que estaban a punto de asaltar el poblado eran hombres que conocían muy bien las kottas borneanas; por ello, ante la orden lanzada por el Tigre de Malasia, adelantaron ocho puentes volantes, formados por ligeras tablas, con los que atravesar sin riesgo las zonas peligrosas sembradas de aquellas terribles flechas envenenadas.

—Cuando levantéis los puentes observad atentamente el terreno —dijo Sandokán—. ¿Tenéis los bambúes para la escalada?

—Sí, capitán.

— ¡Entonces, adelante!

Los puentes, que medían cuatro metros de longitud por dos de anchura, fueron emplazados sobre el terreno y los treinta malayos, ya seguros, gracias a aquel modo ingenioso de rebasar el último tramo y llegar sin ningún peligro hasta los fosos, comenzaron su avance en el silencio más profundo.

Había cesado el huracán. En las regiones ecuatoriales las tempestades estallan con inaudita violencia, pero son de brevísima duración.

El agua que derraman sobre la tierra en aquellas dos o tres horas es incalculable y ¡ay si no ocurriese así! Si los huracanes fuesen muy raros, las selvas no podrían resistir el gran calor y todo ardería.

Solamente el viento continuaba ululando bajo los grandes árboles, cubriendo así los débiles rumores producidos por los malayos en su avance.

Una vez que la columna había pasado y se había examinado atentamente el terreno, los treinta hombres llevaban más adelante los puentes, ya que tenían necesidad de ellos para cruzar los fosos.

La zona que podía esconder las flechas fue atravesada así sin que los centinelas, vigilantes en las empalizadas de la kotta, se percatasen de nada.

Ante los malayos se presentó el primer foso, bastante profundo, de una anchura de tres metros y lleno de ramas espinosas. ¡Ay si los asaltantes hubieran tenido que atravesarlo con los pies desnudos! Ciertamente que ninguno habría logrado llegar a las empalizadas. Y detrás de aquél había otros dos.

— ¡Adelante los puentes! —Mandó el Tigre de Malasia, que ni por un momento apartaba los ojos de la empalizada—. No hagáis ruido.

En aquel mismo momento se oyó una voz muy aguda que gritaba:

— ¡Alarma!

Uno de los centinelas que vigilaban junto a la empalizada debía de haber oído el rumor producido por el primer puente lanzado a través del foso y llamaba a los guerreros dayakos para la defensa.

—No os mováis —dijo en seguida Sandokán—. Cuerpo a tierra y manteneos dispuestos para hacer una descarga.

Los malayos, acostumbrados a las guerras de emboscada, obedecieron rápidamente tendiéndose sobre los puentes.

Dentro del poblado se oía a hombres gritar y se veían centellear fuegos.

Poco después bastantes hombres, armados con cerbatanas y parang, aparecieron en lo alto de las empalizadas, empuñando antorchas en sus manos.

Se cruzaban preguntas y respuestas.

— ¿Dónde están?

—Escondidos en la selva.

— ¿No te has confundido?

—He oído caer algo en el foso.

— ¿No habrá sido un babirusa o algún cerdo salvaje?

— ¿O un maías?

—No he visto ningún gorila.

— ¿Está cargado el mirim?

—Sí.

—Haced un disparo.

Algunos hombres habían acudido hacia un ángulo de la kotta, donde surgía un pequeño cobertizo destinado seguramente a proteger la pequeña pieza de artillería.

—No hagáis nada —susurró Sandokán a los hombres más cercanos—. Pasad la orden.

Transcurrieron algunos instantes y luego un relámpago desgarró las tinieblas seguido por una detonación bastante fuerte que repercutió largamente bajo la selva.

El mirim había hecho fuego.

Lo habían disparado al azar, más con la esperanza de espantar a los asaltantes que de alcanzarlos, porque los malayos, protegidos por la lóbrega sombra proyectada por las gigantescas hojas de las palmas, eran totalmente invisibles.

El mirim disparó tres veces, lanzando su bala de dos o tres libras, a través de la selva, a diversas alturas; luego se suspendió el fuego, que no había dado ningún resultado apreciable.

Sandokán, dándose cuenta de que los dayakos de la kotta no tenían ningún deseo de desperdiciar sus municiones, que, muy probablemente, no eran abundantes, hizo lanzar a través del primer foso dos puentes.

— ¡Pasad! —mandó a media voz.

Una docena de malayos atravesaron el foso, llevándose con ellos otros cuatro puentes volantes.

El mirim tronó por cuarta vez y su bala no se perdió, pues partió por la mitad a un malayo de la retaguardia.

Gritos terribles resonaban sobre las empalizadas:

— ¡Ya vienen...! ¡Atacad! ¡Empuñad los kampilang!

— ¡Y nosotros también! —Gritó Sandokán—. ¡Fuego la retaguardia! ¡Adelante los puentes!

Una formidable descarga de mosquetería respondió a la orden. Mientras los malayos de vanguardia arrojaban rápidamente los puentes volantes, el grueso había abierto fuego en dirección a la pieza de artillería, para obligar a los sirvientes a abandonarla.

Las carabinas indias, armas óptimas por su precisión, no tardaron en hacer estragos entre los artilleros.

Sobre las empalizadas se agrupaba un buen número de guerreros del poblado gritando espantosamente y lanzando, con sus cerbatanas, nubes de dardos.

Sandokán, que estaba siempre en vanguardia, atravesó rápidamente los tres fosos, cubiertos por los puentes volantes, y se adelantó hasta situarse bajo la empalizada.

— ¿Está dispuesta la mecha? —preguntó a los hombres que lo seguían.

—Sí, capitán.

—Situad aquí el petardo. Esta pared de madera se derrumbará como un castillo de naipes. Mientras uno de sus hombres avanzaba corriendo contra los troncos que formaban la empalizada, Sandokán alzó la carabina y, viendo pasar a dos hombres que llevaban antorchas encendidas, los fulminó con un magnífico disparo doble.

Realizado esto, mientras la retaguardia continuaba disparando para poner en fuga a los guerreros, quienes no cesaban de lanzar flechas envenenadas, volvió a pasar los puentes, seguido inmediatamente por la vanguardia, a fin de no correr el peligro de saltar junto con la empalizada.

Los dayakos, aunque blanco de las carabinas de los malayos, se defendían con furor, disparando de vez en cuando algún tiro de mirim y algún arcabuzazo.

Los salvajes habitantes de los bosques bornéanos son valerosísimos y desprecian la muerte.

Ni siquiera el cañón los espanta, pues están habituados a embarcar en praos costeros, los cuales siempre llevan, si no piezas de artillería de grueso calibre, por lo menos grandes espingardas.

Sandokán y sus malayos, una vez vueltos atrás por los puentes, se habían metido nuevamente en la espesa selva en espera de que se produjera la explosión.

Los dayakos, creyendo que aquellos misteriosos enemigos, espantados por la acogida que habían tenido, se habían decidido a batirse en retirada, habían cesado de lanzar flechas y de disparar el mirim.

—Jefe —dijo aproximándose a Sandokán un viejo malayo, de aspecto feroz, que empuñaba fieramente un pesadísimo parang—, ¿crees que cederá la empalizada? Los dayakos emplean tablas de teka y ya sabes lo resistente que es esta madera.

—El petardo derrumbará los tablones y las traviesas al mismo tiempo —respondió el Tigre de Malasia.

— ¿Estará Nasumbata dentro de la kotta?

—Ya verás cómo dentro de unas horas estará en mis manos. Advierte a mis hombres que se precipiten rápidamente al asalto apenas sobrevenga la explosión. Aunque ciertamente Sambigliong está listo para impedir el paso a los fugitivos. Ah, me olvidaba de una cosa. ¿Tienen antorchas mis hombres?

—Sí, jefe.

— ¿Bien secas?

—Así lo espero.

—Que las enciendan y prendan en seguida fuego a las cabañas. —Serás obedecido.

En aquel instante se oyó un estallido violentísimo y una llamarada se elevó en la base de la empalizada.

El petardo había estallado con inaudita violencia, destrozando tablones y traviesas y lanzando por los aires a tres o cuatro guerreros dayakos.

La voz de Sandokán tronó inmediatamente:

— ¡Al ataque, tigres de Mompracem!

Los malayos se lanzaron a través de los puentes, derrumbando con ímpetu irresistible la empalizada desvencijada por la explosión, y se precipitaron dentro de la kotta empuñando los parang y los kampilang, al tiempo que gritaban a voz en cuello:

— ¡Rendíos!

Dos docenas de guerreros dayakos intentaron detenerlos, mientras de las cabañas salían, corriendo y gritando, mujeres y muchachos, tratando de escapar por las puertas opuestas o de ponerse a salvo en la selva que circundaba la pequeña fortaleza.

Todos aquellos dayakos eran magníficos tipos, de alta estatura, tez amarillenta, adornados con brazaletes de latón y cobre y armados con kampilang de acero natural, un metal que sólo se encuentra en Borneo.

Para su defensa solamente llevaban grandes escudos de piel de búfalo o de babirusa.

Pero se necesitaba más que eso para detener a los tigres de Mompracem, los piratas más formidables del mar de la Sonda.

Se trabó un feroz combate a golpes de kampilang y de parang, mientras algunos malayos, provistos de teas, prendían fuego a las cabañas ya desalojadas de mujeres y niños.

Sandokán, viendo que los fuertes guerreros resistían tenazmente los asaltos incesantes de sus hombres, llamó a la retaguardia, ocupada en retirar los puentes, y con unos pocos disparos de carabina decidió a su favor la suerte de la lucha.

Aunque los dayakos habían recibido refuerzos de otros guerreros, cedieron el campo y se dieron a la fuga precipitada entre las cabañas ardiendo.

Los malayos no se preocuparon de perseguirlos, sabiendo que Sambigliong los esperaba en el borde de la selva con un fuerte destacamento de tigres de Mompracem.

—Registrad las cabañas que aún no han sido incendiadas —mandó Sandokán, quien procedía cautamente manteniendo en alto su carabina—. En cualquier lugar sacaremos de su cubil a ese perro de Nasumbata. Si ha escapado, caerá en manos de Sambigliong.

Los malayos se habían precipitado por las calles de la fortaleza iluminada por las llamas y se habían puesto a registrar febrilmente las viviendas.

De vez en cuando disparaban algún tiro de fusil contra los dayakos, quienes, probablemente dándose cuenta de la emboscada que los esperaba en la selva, habían ocupado la empalizada opuesta, lanzando nubes de flechas con sus cerbatanas.

De repente resonó un grito:

— ¡Ahí está! ¡Huye!

— ¿Quién? —preguntaron varios.

— ¡Nasumbata...!

— ¡A él! ¡A él! ¡Atrapadlo!

— ¡Y vivo! —tronó la voz del Tigre de Malasia.

Un hombre que vestía un simple padjon, o sea una especie de sayo de algodón que desde la cintura le llegaba hasta los pies, había saltado de una cabaña, empuñando una gran pistola de larguísimo cañón y un kriss de hoja ondulada.

Ágil como un tigre, había pasado ante los malayos de vanguardia con la velocidad de una flecha, intentando alcanzar una de las puertas de la kotta para ponerse a salvo en el bosque.

Sandokán lo había visto.

— ¡Quietos todos! —gritó—. Ese hombre es mío.

Alzó su espléndida carabina de dos cañones. El fugitivo continuaba

corriendo a través de la plaza central de la kotta, saltando a derecha y a izquierda para no ofrecer a los malayos un blanco seguro.

Resonó un tiro de fusil y el hombre cayó, llevándose una mano a la pierna izquierda.

El Tigre de Malasia había hecho fuego.

Los malayos estaban a punto de precipitarse sobre el herido, pero su jefe los detuvo rápidamente con un gesto enérgico.

—Vosotros ocupaos de los dayakos —dijo—. No han abandonado todavía el poblado y podrían volver para el desquite. Dejadme a mí despachar este asunto.

En efecto, los defensores de la kotta, seguros de que en la selva les esperaban otros enemigos, se habían reunido en la empalizada de poniente, que estaba provista de una especie de pequeños puentes, y parecía que se preparaban para disputar desesperadamente el paso a los primeros asaltantes.

Sandokán se acercó al herido manteniendo empuñada la carabina, dispuesto a fulminarlo con un segundo disparo en el caso de que opusiera resistencia.

—Arroja la pistola y el kampilang —le dijo—. Ahora estás en mis manos y no te volverás a escapar.

El dayako continuaba en tierra, estrechando con una mano la pierna que debía de haber sido destrozada por la bala.

A la intimación de Sandokán respondió con un grito de furor, y luego alzó la gran pistola.

— ¡Arrójala! —Repitió el jefe de los malayos—. Aún puedes salvar la piel.

—No me dejarás con vida —respondió el herido rechinando los dientes.

—Dependerá de las respuestas que me des.

El dayako dudó un momento y luego lanzó lejos el arma. Sandokán extrajo del cinturón un silbato de oro y lanzó una nota estridente.

Acudieron tres o cuatro malayos que estaban saqueando las cabañas que se habían librado del incendio.

—Atad a este hombre; vendadle la pierna herida lo mejor que podáis y transportadlo a la vivienda del jefe del poblado.

Cargó tranquilamente la carabina y se dirigió hacia la empalizada ocupada por los defensores de la kotta.

Los malayos habían comenzado a disparar de nuevo, decididos a desalojarlos o a obligarlos a la rendición.

También desde la otra parte del círculo los hombres de Sambigliong disparaban de vez en cuando algún tiro.

— ¡Arrojad las armas y os prometo la vida! —gritó el jefe de los malayos a los vencidos—. Si no os rendís prenderé fuego a la kotta y os fusilaré del primero al último. Es el Tigre de Malasia quien os habla.

Al oír aquel nombre, popularísimo y al mismo tiempo bastante temido en todas las costas del Borneo septentrional, los dayakos dejaron caer los kampilang, las cerbatanas y los kriss.

— ¡Haced prisioneros a esos hombres! —dijo Sandokán a los malayos—. ¡Ay del que les toque un solo cabello! Dejad libres a las mujeres y los niños y llamad a Sambigliong y su tropa.

Tomó la carabina con su mano derecha, empuñándola como si fuese a emprender una carrera, pero en lugar de ello se dirigió a la primitiva vivienda del jefe de la kotta. Interiormente se prometió arreglar todas sus cuentas pendientes con el desalmado Nasumbata.

2. Los piratas dayakos

La cabaña del jefe de la kotta estaba situada en la plaza, completamente aislada de las demás, y solamente difería de ellas por su amplitud y su altura. Como todas las viviendas de los pueblos salvajes, tenía forma cónica y estaba formada por ramas más o menos estrechamente entrelazadas y cubiertas de hojas de banano y de palma, dispuestas en capas de modo que impidieran pasar la lluvia.

El interior consistía en una sola habitación circular, con piso cubierto de bellas esteras pintadas toscamente.

El mobiliario era sencillísimo: vasijas de terracota, caparazones de tortugas marinas y dos lechos formados por capas de hojas superpuestas.

Había, sin embargo, una especie de palco, apoyado contra la pared, bien provisto de cráneos humanos: el museo de la tribu.

Los dayakos del interior son todos grandes cazadores de cabezas, incluso obligatoriamente, porque ningún joven guerrero puede casarse sin regalar por lo menos un par de cráneos humanos a su joven consorte.

Basta con que la colección de la tribu se aumente con otro par de cabezas.

Nadie investiga cómo se las ha procurado el joven guerrero.

Nasumbata yacía sobre una capa de hojas, vigilado por cuatro malayos, con los brazos atados a la espalda y la pierna destrozada envuelta en un pedazo de padjon.

Era un hombre de unos treinta años, de formas ágiles y al mismo tiempo vigorosas, con la piel casi amarillenta y las facciones finas y bellísimas, ya que los dayakos son los hombres más guapos de todas las islas de Malasia.

Al ver entrar a Sandokán tuvo un sobresalto y por sus ojos negrísimo pasó como un relámpago de terror.

—Ahora hablaremos nosotros dos, amigo —dijo el jefe de los malayos sentándose en un rollo de esteras y poniéndose la carabina entre las piernas—. Ciertamente que tú no esperabas verme tan pronto. ¿Por qué has desertado, después de haber venido a la isla de Gaya a suplicarme que te enrolase en mis bandas?

—Porque quería volver a mis grandes bosques y ver de nuevo a mi tribu —respondió el herido.

— ¡Mientes! —Gritó Sandokán—. En tu precipitada fuga te has olvidado en tu cabaña una hoja de palma en la que se habían trazado unos signos que un dayako adicto a mí ha logrado descifrar.

Nasumbata hizo una mueca y sufrió un estremecimiento nervioso.

—Una hoja... —balbuceó luego mirando al Tigre de Malasia con turbación.

— ¿Cuánto te ha prometido el raja del lago para venir a espiar mis movimientos y sorprender mis designios?

— ¿El raja del lago? —balbució el herido.

—Sí, el del lago de Kin-Ballu, el raja blanco que desde hace tantos años se sienta sin que nadie le estorbe en el trono de mis padres y que quizá creía que yo había renunciado para siempre a vengar las muertes de mi padre, mi madre, mis hermanos y mis hermanas. Si ese miserable aventurero, fugitivo de no sé qué penitenciaría inglesa, no hubiese sublevado con no sé qué artes diabólicas a los dayakos del lago contra mi viejo padre, yo no habría llegado a ser el formidable pirata de Mompracem que todos conocen; ¿me comprendes, Nasumbata?

— ¿Y has esperado tanto? —Preguntó el prisionero—. Yo era un muchacho cuando tu familia fue exterminada por aquel aventurero.

—No tenía fuerzas suficientes.

—Y sin embargo te has convertido en el terror de los mares de Malasia y has hecho temblar incluso al sultán de Varauni. ¿No has vencido también a James Brooke, el poderoso raja de Sarawak?

— ¿Cómo lo sabes?

—Al lago llegaba alguna noticia de tus grandes empresas.

—Llevadas por los espías de aquel miserable, situados a lo largo de la costa e incluso en Labuan, ¿no es verdad? —Dijo Sandokán—. Sé que me hacía vigilar estrechamente y quizá fue él quien me azuzó contra los ingleses para que yo perdiese mi isla.

—No lo sé. Tigre de Malasia —respondió Nasumbata, cuya frente se iba ensombreciendo.

— ¿Cuánto te ha pagado ese infame por espíarme?

—Estás equivocado, señor.

—Es inútil que continúes negando. Aquella hoja te ha traicionado. En ella se señalaban el número de mis hombres y de mis barcos y había también el nombre de Yáñez. Debes de haber escuchado alguna noche las conversaciones que tenía con mis lugartenientes, y a la primera ocasión has huido para avisar al raja blanco.

—No tienes ninguna prueba de que sea yo quien grabara aquellos signos en la hoja de palma.

—Los dayakos de mar y los malayos no usan ese sistema; y de los dayakos del interior sólo estabas tú en mis bandas... —respondió Sandokán—. Y además, mis viejos tigres de Mompracem me son demasiado fieles para urdir tal traición. Tú has visto con tus propios ojos cuánto me adoran: para ellos soy una divinidad guerrera y no un hombre.

El herido hizo una segunda mueca, pero en seguida repuso con voz bastante firme:

—Yo no sé nada: como te he dicho, señor, he dejado la isla de Gaya porque experimentaba ya desde hacía tiempo la nostalgia de mi pueblo. Soy un dayako del interior y no de mar, y amo mis grandes bosques y mi cabaña. En cuanto a la hoja, puede haber sido grabada por cualquier otro. ¿Cómo puedes saber que he sido yo?

— ¿Dónde se encuentra tu poblado? —preguntó Sandokán.

—Lejos, muy lejos, en medio de las grandes selvas que se extienden más allá del gran lago.

— ¡Entonces, tú conoces el camino que lleva a Kin-Ballu!

—No hay caminos.

—Ya lo sé; pero tú podrías guiarnos a través de los bosques y conducirnos al lago.

El herido le miró con los ojos entornados y luego, tras un instante de silencio, añadió:

—Sí, si me curo, pero sólo te guiaré a ti y a un pequeño destacamento.

— ¿Por qué? —indagó Sandokán.

—Los grandes bosques son posesión de las tribus de los kaidangan, las cuales son las más numerosas y las más feroces que se encuentran hacia el norte. Si avanzases con un gran destacamento, difícilmente podrías escapar a sus ataques y tu cabeza iría a hacer compañía a muchas otras.

—Eso no es cuestión tuya. Jamás he temido a los cortadores de cabezas.

—Yo me preocupo de la mía y no tengo ningún deseo de perderla.

—Eres astuto como un verdadero salvaje —dijo Sandokán—. Confías en engañarme y en manejarme como a un títere, pero te equivocas de medio a medio, amigo. Reanudaremos esta conversación más tarde.

Se volvió hacia los cuatro malayos y les dijo:

—Entablillad la pierna de este hombre; luego le construiréis una litera y lo transportaréis a la costa.

Estaba a punto de salir cuando entró Sapagar, uno de sus lugartenientes, el mismo que había mandado a la bahía de Malludu para que intentase saber de qué parte habían llegado aquellos lejanos cañonazos.

— ¿Asaltan nuestra flotilla? —le preguntó Sandokán.

—No, patrón: la chalupa de vapor y los praos no están amenazados por nadie y nuestras tripulaciones vigilan a lo largo de la costa.

— ¿Quién ha disparado, pues, aquel cañonazo?

—Hemos oído dos más, jefe, y me parece que venían de frente a la bahía. He explorado un par de millas, aunque el agua estaba muy agitada y zarandeaba furiosamente a la gran chalupa, y no he visto ningún fanal hacia el norte.

—Y, sin embargo, tengo la esperanza de que aquellos disparos sean del yate de Yáñez —respondió Sandokán, que se había quedado pensativo—. ¡Bueno! Dentro de una hora apuntará el alba y veremos qué sucede en la desembocadura de la bahía. Avisa a Sambigliong que permanezca aquí con veinte hombres, guardando a los prisioneros; reúne a los otros y pongámonos

en seguida en marcha hacia la costa. Estoy impaciente por llegar allí.

El lugarteniente partió corriendo, mientras los cuatro malayos construían una camilla con bambúes y ramas entrelazadas para transportar al herido.

Sandokán extrajo de su amplia faja una riquísima pipa adornada de perlas y pequeñas esmeraldas, la llenó de tabaco y la encendió con un tizón que todavía llameaba ante una cabaña en ruinas.

Apenas había aspirado cinco o seis bocanadas de humo cuando reapareció Sapagar conduciendo a dos docenas de hombres.

—Estamos listos, jefe —dijo al Tigre de Malasia.

— ¿Ha colocado centinelas Sambigliong? Esta kotta puede ser muy preciosa para nosotros.

—Todos están en sus puestos.

—Rodead la camilla del herido y vigilad que no se escape. Este bandido, incluso con una pierna rota, podría jugaros una mala pasada. ¡Vamos, en marcha!

La pequeña columna salió por la brecha abierta por el petardo y se adentró en la selva tenebrosa, apretando el paso.

Cuatro hombres caminaban ante Sandokán, quien no había apagado la pipa para señalar el camino y evitar cualquier sorpresa por parte de los habitantes de la selva.

El camino fue recorrido rápidamente y sin malos encuentros. Sólo algún animal surgió ante la vanguardia desapareciendo rápidamente entre los matorrales, algún tigre, alguna pantera negra o quizás algún inocuo babirusa.

Comenzaban entonces a disiparse las tinieblas cuando Sandokán y sus hombres llegaron a una pequeña cala que se abría en el extremo meridional de la vasta bahía de Malludu.

Anclados cerca de la playa había una gran barcaza de vapor de doscientas o más toneladas (armada con una ametralladora situada a proa, sobre un perno giratorio, para batir diferentes puntos del horizonte, y con dos grandísimas espingardas colocadas a babor y estribor de la rueda del timón) y cuatro praos de guerra, con puentes y arboladuras inmensos, armados de mirim y larguísimas espingardas.

Sandokán produjo con su silbato de oro una nota larguísima y casi en seguida un malayo, que vigilaba a bordo de la barcaza, saltó a tierra.

— ¿Has oído otros cañonazos? —le preguntó el Tigre de Malasia con tono preocupado.

—Sólo cuatro.

— ¿Cuándo?

—Hace dos horas.

— ¿Luego nada?

—No, jefe.

— ¿De qué dirección venían las detonaciones?

—Del norte de la bahía.

— ¿Y no has visto nada? —Absolutamente nada.

— ¿Está a toda presión la máquina de la barcaza?

—Siempre, jefe.

— ¡A bordo! —Gritó Sandokán, volviéndose hacia sus hombres—. Vamos a ver quién ha disparado esos cañonazos.

Como un relámpago los malayos saltaron al convés de la gran chalupa, ya ocupada por una docena de hombres salidos presurosamente por las escotillas de proa y popa.

— ¡Adelante, máquinas! —mandó el jefe de los tigres de Mompracem.

Resonó un silbido agudo y la barcaza se hizo a la mar con una velocidad de catorce o quince nudos, dirigiéndose hacia el norte.

En aquel preciso momento aparecía el sol, lanzando sus rayos por encima de las inmensas selvas que se extendían por todas las costas orientales de la vastísima bahía.

Las aves marinas alzaban su vuelo en gran número, volando sobre aguas centelleantes de reflejos de color de púrpura, y grandes tiburones saltaban mostrando sus formidables colas y sus enormes bocas, siempre abiertas y erizadas de filas de dientes terribles.

Sandokán se había apoyado en la ametralladora, que, como hemos dicho, se encontraba en el castillo de proa, y alargaba su mirada hacia el norte con la esperanza de descubrir la nave que había disparado durante la noche aquellos cañonazos.

Había vuelto a encender su espléndido chibouk, pero no fumaba con su acostumbrada calma. Parecía que aspiraba rabiosamente el humo.

Sapagar, su lugarteniente, estaba cerca de él masticando una nuez de areca y escupiendo de vez en cuando un gran chorro de saliva roja.

Todos los demás estaban, por el contrario, apoyados en las bordas de babor

y estribor, con las carabinas hacia el mar, como si esperasen ser asaltados de un momento a otro.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora cuando una detonación retumbó hacia la entrada de la bahía, seguida inmediatamente por un nutrido fuego de fusilería.

Sandokán había depositado el chibouk encima del pequeño cabrestante.

— ¿Es ése el cañón que decías? —preguntó a Sapagar.

—Sí, jefe —respondió el lugarteniente.

— ¿A qué distancia crees que lo han disparado?

—A una media docena de millas.

Sandokán se mojó con un poco de saliva el pulgar de la mano derecha y lo levantó.

—Viento de poniente —dijo luego—. Apostaría mi cimitarra contra un kriss a que se combate en la bahía de Kudat. ¿No habrán asaltado los dayakos de tierra a los dayakos de mar para abastecer sus museos de cabezas humanas? Allí estaré yo también, queridos, y la ametralladora os calentará bien las espaldas. Querido Sapagar, haz cargar las espingardas con media libra de clavos. No matan, pero ponen en fuga.

Luego, volviéndose al timonel, gritó:

— ¡Barra a barlovento! ¡Derechos a la bahía de Kudat!

Otro cañonazo resonó en aquel instante seguido por una descarga de fusiles.

— ¡Parece que el asunto es serio! —Dijo Sandokán a Sapagar—. No son simples señales. Allí se combate y fieramente. ¿No habrán asaltado a Yáñez y Tremal-Naik? ¡Por mil diablos...! ¡Ay de ellos!

—Deberían haber llegado.

—Así creo.

—Con los indios del Assam.

—Yáñez no llegará solo. Un raja tiene millares y millares de guerreros y estoy seguro de que traerá un refuerzo considerable... ¡Otro cañonazo!

—Y otra descarga, jefe.

— ¡Maquinista, alimenta las calderas: tengo prisa!

Esta orden era completamente inútil, porque los maquinistas y fogoneros competían en arrojar paladas de carbón a los hornos.

La barcaza se deslizaba como una golondrina marina, brincando y resoplando. Un bramido sonoro sacudía sus costados y bajo la popa el agua rebullía espumeante, atormentada por los golpes precipitados de la hélice.

— ¡Todos a sus puestos de combate! —gritó Sandokán en el momento en que retumbaba otro cañonazo. Se subió al cabrestante para dominar con su mirada un espacio más vasto y oteó atentamente hacia el norte, allí donde se abría la bahía de Kudat.

— ¿Nada, patrón? —preguntó Sapagar luego de unos instantes.

—Me parece divisar humo —respondió el Tigre de Malasia—. Hay un promontorio que me impide ver lo que sucede al otro lado.

— ¿Y praos?

—Ninguno, por ahora. Ve a traerme mi carabina. También yo quiero hacer algún disparo.

Durante otros quince minutos la barcaza continuó su furiosa carrera, resoplando y vomitando por su chimenea inmensas nubes de humo negrísimo; luego se dejó oír la voz de Sandokán:

— ¡Maquinista, disminuye la marcha! Y tú, timonel, vigila: hay escollos ante nosotros. Dos hombres al sondeo: ¡listos!

La barcaza había llegado casi al lado de un alto promontorio que impedía divisar la entrada de la pequeña bahía de Kudat.

Justamente detrás de aquel alto acantilado tronaba el cañón y resonaban las descargas de mosquetería. Ciertamente, a corta distancia se estaba combatiendo.

— ¡A la ametralladora, Sapagar! —Tronó el Tigre de Malasia—. ¡Seis hombres a las espingardas y no ahorréis los clavos!

Armó la carabina y la apuntó hacia el promontorio.

Los disparos se sucedían unos a otros, alternándose con violentísimas descargas de fusilería. De vez en cuando se oían también detonaciones secas, que parecían producidas por gruesas espingardas o por mirim.

—Se trata de un auténtico ataque contra algún buque encallado —dijo Sandokán a Sapagar—. Hay armas modernas y armas antiguas que combaten juntas. ¿Quiénes serán los asaltados?

— ¿Se habrán enfrentado dos tribus de piratas? —Preguntó el lugarteniente—. Ya sabes que son frecuentes los combates entre los dayakos de mar.

Sandokán sacudió la cabeza.

—No —dijo luego—, están en juego armas indias o por lo menos europeas. Sé distinguir muy bien un disparo de mirim o de espingarda de un disparo de una auténtica pieza, y así también la detonación de una carabina de la de un viejo arcabuz... ¿Dónde se habrán metido que no se dejan ver todavía?

—Veo humo, señor.

— ¿Dónde?

—Sale de detrás del promontorio —respondió Sapagar.

En aquel momento se oyeron gritos espantosos. Parecía que centenares y centenares de hombres se animasen recíprocamente a intentar un osado abordaje.

—Son dayakos —dijo Sandokán—. ¡Ah, bribones! ¡Os las tendréis que ver con nosotros!

La barcaza bordeaba en aquel momento el promontorio, lengua de tierra bastante elevada, cubierta de palmas inmensas y que tenía ante ella un número infinito de agudos escollos, peligrosísimos para cualquier embarcación.

Los cañonazos aumentaron rápidamente y era furioso el estruendo de la fusilería.

Los tigres de Mompracem olfateaban ávidamente el olor de la pólvora y a cada descarga se estremecían.

El instinto feroz y guerrero de la raza malaya se despertaba con todo su poderío.

Se diría que por sus rostros pasaban en aquel momento estremecimientos terribles.

La barcaza, que navegaba lentamente para no chocar contra aquella multitud de escollos, dobló finalmente el promontorio y se presentó ante la entrada de la bahía.

En aquel momento se libraba una terrible batalla cerca de aquel espacio abierto, a poniente de la vastísima ensenada de Malludu.

Próximo a un islote estaba detenido un magnífico yate aparejado como goleta, de un desplazamiento de doscientas o trescientas toneladas, y desde su puente una veintena de hombres disparaban desesperadamente contra quince o veinte praos que lo habían rodeado.

De los puentes de los pequeños y velocísimos veleros se alzaban gritos espantosos y grupos de hombres, casi desnudos, armados de parang, kampilang y grandes mosquetones, se agitaban ferozmente intentando por

todos los medios subir al abordaje.

Los hombres del yate se defendían desesperadamente, alternando cañonazos con furibundas descargas de mosquetería.

En medio de ellos, tieso en el pequeño puente de mando, un hombre blanco, de gran estatura, con una espesa barba entrecana, vestido con un traje medio europeo y medio indio, con un gran turbante en la cabeza, disparaba de vez en cuando sus largas pistolas manteniendo entre sus labios un cigarrillo apagado.

Parecía como si se encontrase, en vez de en medio de un combate, en una divertidísima fiesta.

Sandokán, que en seguida lo había visto, gritó a voz en cuello.

— ¡Yáñez! ¡Mi hermanito blanco! ¡Tigres de Mompracem, al ataque! ¡Al ataque!

Los praos dayakos, habiéndose percatado en seguida de la presencia de la barcaza de vapor, en lugar de huir, habían formado rápidamente dos escuadras para hacer frente al doble enemigo.

Los siete u ocho más grandes se habían estrechado alrededor del yate de Yáñez, lanzando sobre la cubierta de éste nubes de flechas y disparando algunos tiros de arcabuz; los otros se habían hecho a la vela corriendo al encuentro de la barcaza.

— ¡Haz hablar a la ametralladora! —Ordenó Sandokán—. Rápidos a las espingardas.

Una serie de detonaciones rompió el aire, apagadas BXX seguida por gritos espantosos. El terrible instrumento de destrucción comenzaba su trabajo fulminando a los pequeños veleros y sus tripulaciones.

Los tigres de Mompracem hacían el fuego aún más mortífero con sus carabinas.

Se había trabado la batalla con gran impulso por ambas partes, porque parecía que los dayakos estaban resueltos a llegar al abordaje, seguros de que una vez sobre el puente llevarían las de ganar, ya que eran tres o cuatro veces más numerosos.

Pero tenían enfrente a los dos campeones más formidables de la piratería malaya, que habían tomado parte en centenares de combates, a cuál más sangriento.

El yate y la barcaza oponían una resistencia maravillosa y con descargas tremendas mantenían alejados a los asaltantes, impidiéndoles llegar al abordaje.

Tres veces los praos se lanzaron con gran ímpetu contra la barcaza, desafiando la metralla y los tiros de espingarda y carabinas de los tigres, y otras tantas veces se vieron obligados a retroceder.

Viendo ante sí un espacio libre, Sandokán decidió intentar a su vez el ataque para unirse al yate.

— ¡A toda máquina! —mandó—. ¡Destrozad lo que se ponga delante!

La barcaza tomó impulso y avanzó en medio de los pequeños veleros, los cuales estaban batiéndose en retirada, rechazados por el fuego infernal de la ametralladora y las dos espingardas.

No obstante, uno de los mayores, con numerosa tripulación, no tardó en volver a la carga intentando cortar el paso a la barcaza.

— ¡Más velocidad! —gritó Sandokán.

La gran chalupa de vapor, cuyo casco era de hierro, embistió furiosamente al velero y le destrozó el costado derecho.

Sin embargo, no decayó el ánimo de los dayakos e intentaron arracimarse en las bordas de la barcaza para saltar al abordaje, pero la ametralladora fulminó a siete u ocho casi a quemarropa.

Los otros, viendo acudir a los malayos armados de parang, se arrojaron al agua, mientras el prao se volcaba quedando con la quilla al aire y hundiendo su inmensa arboladura.

El camino, por lo menos en aquel momento, estaba libre.

La barcaza se deslizó como una flecha entre los restantes veleros, disparando a babor y estribor, y se detuvo cerca del yate, el cual estaba encallado en el extremo de un pequeño banco de arena.

El hombre blanco que vestía un traje medio indio y medio europeo se inclinó sobre la barandilla del pequeño puente de mando, imitado por otro hombre vestido completamente de indio y que tenía la piel bronceada con alguna tonalidad amarillenta.

— ¡Buenos días, Sandokán! —gritaron al unísono, mientras sus hombres no cesaban de hacer fuego.

— ¡Buenos días, Yáñez! ¡Salud, amigo Tremal-Naik! —Respondió el Tigre de Malasia—. ¿Estáis anclados o encallados?

—Encallados —aclaró Yáñez—. No te preocupes por ello, la marea alta nos pondrá a flote.

—Cuento con mi barcaza y me será fácil volveros a poner en condiciones. ¿Necesitáis ayuda a bordo?

—No por ahora, hermanito.

—Ahora unamos nuestras fuerzas para desembarazarnos de estos bandoleros. Les daremos una lección que recordarán durante mucho tiempo. Estad atentos a no dejarlos subir a bordo. Si ponen los pies en cubierta, seremos nosotros los que pasaremos un mal rato.

Aunque habían experimentado gravísimas bajas y tenían más de una embarcación malparada, los dayakos volvían a la carga, más furiosos que nunca, resueltos a acabar todo con un golpe desesperado.

Al principio fue un duelo de tiros de espingarda, de ametralladora y de cañón, porque el yate llevaba dos pequeñas piezas colocadas a babor y estribor de la toldilla.

En un segundo tiempo, los dayakos, que no tenían nada que ganar, ya que poseían malas armas de fuego, comenzaron a formar una línea de cerco para coger en medio a las dos embarcaciones enemigas y acabar con sus tripulaciones a golpes de kampilang.

— ¡Yáñez! —Gritó Sandokán, que no había abandonado la barcaza, aunque tenía ardientes deseos de abrazar a sus dos amigos—. Despeja la parte de babor; lo defenderé yo del abordaje desde mi lado. ¿Quieres algún buen cañonero? Tengo de sobra.

—Tengo a Kammamuri en las piezas. Figúrate que he hecho de él mi general de artillería...

— ¡Ah!, ¿te lo has traído contigo?

—No podría vivir lejos de Tremal-Naik.

—Mientras charlamos se nos echan encima, ¡cuidado!

— ¡Estos también gritan como ocas!

—Hagámosles callar, Yáñez.

— ¡Fuego de andanada, Kammamuri! ¡Suéltales un tiro doble! ¡Eh, vosotros, mojad un poco los cañones de vuestras carabinas u os quemaréis los dedos!

Yáñez había subido de nuevo al pequeño puente de mando, seguido de Tremal-Naik, y se había puesto a mirar tranquilamente los praos, que habían comenzado ya a estrechar el cerco.

La barcaza y el yate habían reanudado la infernal música con un crescendo formidable.

Cuando la ametralladora y las espingardas callaban, eran las carabinas de los malayos y de los indios las que entraban en juego y no dejaban tiempo a

los dayakos para recuperarse.

De vez en cuando algún mástil de los praos se derrumbaba con gran estruendo, aplastando las bordas y golpeando o lisiando a no pocos hombres, o bien se precipitaban sobre la cubierta velas y aparejos, sepultando a los combatientes.

Enormes nubes de humo envolvían a la barcaza y al yate, amenazando con asfixiar a los malayos e indios; y en medio de aquellas nubes estallaban por todas partes relámpagos y salían en formidables detonaciones.

Sin embargo, los dayakos no cesaban el cerco, como no cesaban tampoco de hacer tronar sus espingardas.

Estaban ya a punto de abordar la barcaza, la cual, como era más baja de borda, se prestaba mejor para un abordaje, cuando se oyeron algunos disparos retumbar justamente a popa de los pequeños veleros.

— ¡Eh, Sandokán!, ¿quién nos trae refuerzos? —gritó Yáñez, que disparaba con una magnífica carabina de dos cañones.

— ¿No ves nada tú, que estás más alto? —preguntó el Tigre de Malasia.

—El humo me lo impide.

— ¡Sapagar!

— ¡Patrón!

—Que suspendan un momento el fuego.

—Pero tenemos a los dayakos encima, patrón.

—Déjalos que se acerquen. ¡No ganarán nada! Quieren probar nuestros parang y se los haremos catar.

— ¡Deteneos! —Gritó Sapagar—. ¡Empuñad los sables! ¡Atacamos!

Después saltó sobre el cabrestante de proa, atravesando el humo que el viento dispersaba lentamente.

— ¡Nuestros praos! —exclamó un momento después—. Cañonean a los dayakos por la espalda.

— ¡Reanudad la música! —Tronó Yáñez, que lo había oído—. ¡Cubrid de clavos y plomo a esa canalla!

Se reanudó el fuego con mayor furia.

Un prao dayako intentó abordar a la barcaza por la proa, lanzando sus veinte hombres al abordaje.

Sandokán se lanzó contra los asaltantes como un verdadero tigre, seguido

por una docena de sus hombres, y les cerró el paso. Bastaron unos cuantos golpes de parang y algún pistoletazo para decidir a los dayakos a batirse en retirada.

En el mismo instante dos mástiles del prao caían a través del puente, abatidos por dos cañonazos disparados desde el yate.

Aquello fue la señal de una derrota completa. Los pequeños veleros, en gran parte maltrechos, rompieron el cerco, viraron más que de prisa y, aprovechando la brisa septentrional, se alejaron hacia poniente, saludados por una última andanada disparada desde la barcaza.

3. El retorno a la costa

La batalla había durado más de una hora, con notables pérdidas por ambas partes y gran derroche de municiones.

Pero la peor parte le había correspondido a la flotilla de los dayakos, la cual había perdido dos embarcaciones y había resultado con cuatro o cinco completamente destrozadas.

También habían caído muchos piratas, y se veían muchos cuerpos humanos flotar alrededor de los pecios, en espera de que los tiburones, siempre numerosísimos en las aguas de Malasia, acudieran a devorarlos.

Mientras los tigres de Mompracem se apresuraban a lanzar al agua sus muertos y a curar a sus heridos, Sandokán había subido rápidamente al puente del yate, donde Yáñez y Tremal-Naik lo esperaban ansiosamente.

Aquellos tres hombres formidables, que tantas audaces empresas habían llevado a cabo juntos en Borneo y en la India, se abrazaron afectuosamente.

—No creía poder veros tan pronto, queridos amigos —expresó el Tigre de Malasia.

—Y nosotros no esperábamos encontrarte aquí —respondió Yáñez—. ¿Oísteis, pues, nuestros cañonazos?

—Me avisaron alrededor de medianoche de que se hacía fuego. ¿Cuánto ha durado, en definitiva, el ataque?

—No ha comenzado hasta el alba —informó Yáñez—. Pero habíamos hecho fuego repetidas veces durante la noche para mantener alejados algunos praos sospechosos. Tú ya sabes cómo conozco a estos piratas costeros.

— ¿Y Surama?

—Gobierna tranquilamente su Assam, adorada por el pueblo y por los grandes. Ha experimentado un gran disgusto cuando yo, príncipe consorte, he partido; pero como tú la has ayudado a conquistar el trono, yo no podía permanecer sordo a tu llamada y te traigo cuarenta guerreros assamés es, elegidos entre los mejores. Valen tanto como tus malayos.

—De ello respondo yo —dijo Tremal-Naik riendo—; yo, que soy ministro de la guerra y generalísimo de las tropas.

—Mientras yo soy, señor Sandokán, generalísimo de toda la artillería assamesa —declaró una voz alegre detrás de ellos.

— ¡Ah, Kammamuri! —exclamó Sandokán estrechando la mano al fiel maharata de Tremal-Naik—. Donde va tu patrón estás tú siempre.

—Los terribles acontecimientos de la jungla negra nos han unido para siempre. Tigre de Malasia —respondió el maharata.

— ¡Ah!... Explícame una cosa —requirió en aquel momento Yáñez, volviendo a encender su cigarrillo—. Nos habías dado cita en la isla de Gaya. ¿Por qué no has esperado nuestra llegada? Afortunadamente habías tomado la precaución de dejar instrucciones muy claras para nosotros.

—Porque han ocurrido algunas cosas que podrían comprometer la reconquista del trono de mis padres —respondió Sandokán—. Ya volveremos a hablar de ello más tarde. Por el momento ocupémonos de nuestro yate, que no tiene intención de moverse. Pero, ¿y Darma? ¿Y sir Moreland?

—Mi hija se encuentra en Colnibo con su marido —dijo Tremal-Naik—. Han prometido venir a vernos a la corte de Assam; ¿verdad, Yáñez?

—Y ese día prenderé fuego a mi trono —replicó el portugués, riendo.

— ¿Te aburre, pues? —preguntó Sandokán.

—Si no amase a Surama, volvería aquí y dejaría con mucho gusto Assam y a todos los assameses. No somos hombres nosotros para llevar una vida tranquila. Hemos envejecido entre los gritos de guerra de los malayos y de los dayakos y el humo de la artillería, y añoro siempre Mompracem.

— ¡Calla, hermanito! —dijo Sandokán con voz quebrada—. ¡Calla!

Se había pintado una viva emoción en su rostro varonil y apretaba los puños, mientras su frente se ensombrecía.

— ¡Mompracem! —Continuó luego con un callado sollozo—. No vuelvas a abrir la herida que siempre sangra. Pero, ¿quién sabe si un día no volveré a pensar también en mi isla! Bueno, no hablemos más: éste no es el momento.

Dicho esto, se pasó dos o tres veces la mano por la frente, como para

apartar recuerdos lejanos y bastante desagradables, y luego se inclinó sobre la borda de babor y gritó:

—Sapagar, ¿está a toda presión la máquina?

—Sí, patrón.

—Prepara una maroma, la más gruesa que tengamos. Ve rápido: los dayakos podrían volver con refuerzos y nos hemos quedado casi sin municiones.

—En seguida, patrón.

Entonces volvió a Yáñez:

— ¿Has hecho sondar el agua?

—No hay más que tres pies. Es solamente la proa la que está encallada; la popa flota.

— ¿Cuándo habéis encallado?

—Una hora antes de medianoche.

— ¿Has cambiado de lugar el lastre?

—He hecho llevar por lo menos tres quintales a proa.

— ¿Sube la marea?

—Desde hace un par de horas.

—Me parece, en efecto, que el casco experimenta algún estremecimiento. Ahora veremos —dijo Sandokán—. Temo que esos malditos dayakos se hagan de nuevo a la mar. Esos bribones se resignan difícilmente a las derrotas y son excesivamente vengativos. Probemos.

Descendió rápidamente por la escala y saltó a la barcaza, la cual se estremecía poderosamente bajo los golpes precipitados de los émbolos y de la hélice.

Se arrojó una sólida maroma desde la tolda del yate que fue asegurada en la popa de la barcaza; luego la máquina se puso a resoplar fuertemente y la tracción comenzó, al principio lentamente y luego con gran ímpetu.

Desde lo alto del puente Yáñez observaba la operación en compañía de Tremal-Naik y de Kammamuri.

La maroma se había tensado extraordinariamente, pero el yate resistía a la tracción de la barcaza, aunque sus hombres habían desplegado las dos cangrejas para ayudar al intento de desembarrancarlo.

De repente se elevó un grito de la tripulación de la barcaza. La máquina

estaba a punto de vencer la resistencia de las arenas.

Se vio al yate al principio inclinarse ligeramente a estribor, y después deslizarse dulcemente por el mar. Ya flotaba perfectamente y podía volver a navegar con sus velas.

— ¿Tienes vías de agua a proa, Yáñez? —gritó Sandokán.

—Ninguna —respondió el portugués—. Antes de que me asaltasen los dayakos ya había hecho visitar la sentina.

—Haz virar y sígueme sin retrasos. Veo allí, hacia la playa, reunirse algunos praos.

—Ahora no nos alcanzarán —afirmó Yáñez—. Mi yate es un velero de primera clase que puede desafiar a cualquier embarcación, malaya o dayaka.

Continuaba soplando una ligera brisa del norte, suficiente para un velero que llevaba cangrejas y escandalosa muy grandes.

En pocos instantes el yate hizo ciaboga y reanudó su ruta, escoltado a poca distancia por la barcaza de vapor y los dos praos malayos.

Sandokán se había puesto a observar junto con Sapagar. Algo debía de suceder en los pueblos dayakos alineados en la costa y casi a medias sepultados por una soberbia vegetación.

Se oían gritos agudísimos estallar de vez en cuando, en medio de uno u otro grupo de cabañas, y se oían también tiros de arcabuz que debían de ser señales.

En una profunda hendidura de la costa se veía navegar lentamente otros praos, haciendo extrañas evoluciones; no eran los que habían sido derrotados poco antes, porque no venían de poniente.

— ¡En el fondo de todo esto está la mano de ese maldito inglés! —Afirmó Sandokán—. Hemos sido traicionados, querido Sapagar, a pesar de las precauciones que habíamos tomado para guardar nuestro secreto. Estoy más que seguro de que a estas horas en Kin-Ballu se conoce nuestro avance.

—Y sin embargo hemos capturado a Nasumbata —observó el malayo.

—Quizá hemos llegado demasiado tarde. Antes de que podamos llegar al lago tendremos que pasarlo muy mal. Pero somos bastante numerosos y no nos faltan ni las armas ni las municiones. A sus dayakos de tierra opondremos nuestros dayakos de mar de Tiga y nuestros malayos en compañía de los guerreros de Yáñez...

Se sentó sobre la espingarda de babor, sacó su chibouk, lo llenó y, después de haberlo encendido, se puso a fumar plácidamente.

Yáñez, en la popa de su yate, fumaba su eterno cigarrillo, sin preocuparse, según parecía, de los dayakos que durante la noche le habían dado tanto quehacer.

A mediodía la barcaza y el yate llegaban al fondeadero situado en el extremo meridional de la bahía de Malludu.

Echadas las anclas y botadas las chalupas, las tripulaciones desembarcaron ante una docena de cabañas construidas como mejor se había podido, con ramas y hojas de bananos y palmas.

Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri marcharon a ocupar la más amplia, que estaba guardada por un destacamento de malayos formidablemente armados.

En el interior, echado en un montón de hojas secas, estaba Nasumbata, con las manos atadas y la pierna herida cuidadosamente vendada.

— ¿Quién es este hombre? —preguntó Yáñez, observándolo con extrema atención.

—El que me ha traicionado y me ha obligado a zarpar de Tiga sin esperar tu llegada —respondió Sandokán.

— ¡Cómo! ¿Hay traidores entre tus hombres?

—No es uno de los viejos tigres de Mompracem.

—En efecto, no lo había visto jamás.

—Comamos ahora; después nos ocuparemos de este hombre.

En medio de la cabaña se había extendido una bellísima estera alegremente multicolor, formada por hojuelas y fibras de rotang, y alrededor de ella algunos cojines de seda roja.

Sandokán dio una palmada y Sapagar compareció inmediatamente, seguido por algunos malayos, que llevaban soberbios pescados asados, galletas y botellas.

—Os ofrezco todo lo que en este momento poseo —dijo el Tigre de Malasia—. Estamos escasos de víveres.

—Y nosotros no menos que tú —dijo Tremal-Naik—. Nuestro viaje ha durado más de lo que creíamos. La India no está próxima a Borneo.

— ¿Os habéis embarcado en Calcuta?

—Sí, Sandokán —respondió Yáñez—, y, aunque la travesía no ha sido tempestuosa, sin embargo ha durado mucho.

— ¿Dónde habéis comprado el yate?

—En Rangoon, para no suscitar sospechas entre las autoridades inglesas.

—Hagamos honor a la comida. Si no es variada, por lo menos es abundante.

En unos pocos minutos devoraron los manjares, copiosamente regados con excelentes botellas que se habían desembarcado del yate.

Estaban encendiendo las pipas y cigarrillos cuando entró Sambigliong, el viejo tigre de Mompracem, saludado alegremente por Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri.

— ¿Qué novedades hay? —preguntó Sandokán, que de repente se había sentido inquieto.

—Durante vuestra ausencia han ocurrido cosas que no logro explicarme.

— ¿Te han comido una media docena de hombres? —interrogó Yáñez bromeando—. Ya sabes que los dayakos del interior, además de ser terribles coleccionistas de cabezas humanas, tampoco desdeñan un bistec de sus enemigos.

—Mis malayos no han visto todavía ningún antropófago —respondió Sambigliong.

—Explícate mejor, pues —dijo Sandokán.

—En la selva que se extiende por detrás de la kotta hemos oído, por lo menos tres veces, un redoble prolongado. Si estuviera todavía en la India, diría que eran personas que tocaban algún enorme hauk.

— ¿Es eso todo? —preguntó Yáñez—. Podrías mandar a esos músicos alguna botella para que recuperen un poco las fuerzas.

—Hay algo más, señor Yáñez.

— ¿Has visto al diablo?

—No bromees, hermano —le dijo Sandokán—. No sabemos todavía qué sorpresa nos prepara ese perro aventurero que desde hace quince años se sienta en el trono de mis antepasados. Continúa, viejo Sambigliong.

—Hacia el alba, cuando mis hombres, después de haber dispuesto bastantes centinelas en las empalizadas de la kotta, se preparaban para reposar un poco, pareció como si un huracán violentísimo se desencadenase en la selva. Se oían fragores espantosos, que parecían producidos por el precipitarse de un número infinito de plantas, mientras entre las espesas redes de los rotang y los nepentes brillaban luces fugaces.

— ¿Estaba calmado el tiempo?

—Muy calmado, patrón; había cesado completamente la tempestad y no había una nube en el cielo.

— ¿Has oído algún tiro de fusil? —preguntó Tremal-Naik.

—Ninguno.

— ¿Y gritos humanos? —indagó Sandokán.

—Tampoco.

—Era una serenata de nueva clase —dijo Yáñez volviendo a encender un cigarrillo y llenándose un vaso.

— ¿Han permanecido tranquilos los prisioneros? —volvió a preguntar Sandokán después de un breve silencio.

—No se han movido. He probado a interrogarles y todos me han respondido que no han oído nada.

—Llévate otros veinte hombres, haz desembarcar un par de espingardas de nuestros praos y retorna a la kotta —dijo el Tigre de Malasia—. Esa pequeña pero sólida fortaleza nos es absolutamente necesaria.

— ¿Y qué he de hacer de los prisioneros?

—Por ahora vigilarlos estrechamente y cuidar de que no huya ninguno, aunque ya estoy seguro de que el raja de Kin-Ballu está enterado de todo. Y ahora volvamos a chuparnos de Nasumbata. Creo, Kammamuri, que tendrás que trabajar. Siempre has sido famoso por tu forma de obligar a los prisioneros a hablar.

— ¡No sería un maharata! —respondió el indio con una sonrisa cruel.

—Nos has dado bastantes pruebas en la India de tu valentía —dijo Yáñez—. De ello podría decir algo aquel pobre ministro assamés que raptamos.

— ¿Cómo has podido conocer tú mis proyectos, que no eran conocidos para la mayor parte de mis hombres?

—Una noche escuché tu conversación —confesó Nasumbata—. Estabas con Sambigliong y Sapagar.

— ¡Espía canalla! —murmuró Yáñez.

— ¿Has tenido el suficiente tiempo para advertir al raja? —preguntó Sandokán.

Nasumbata tuvo una ligera vacilación, pero luego, viendo que los ojos del Tigre de Malasia se hacían amenazadores, no lo pensó más.

—He mandado un correo —confesó.

— ¿Al raja?

—Sí, señor.

— ¿Con qué encargo?

—Con el de avisarle de tu llegada y tu desembarco.

— ¿Por qué no has partido hacia el lago?

—Quería vigilar tus movimientos.

— ¿Crees que el raja del lago ha tomado las medidas para impedirme la travesía de las grandes selvas?

—Ciertamente; y no sé si lograrás ver las orillas del lago.

— ¡De eso respondemos nosotros plenamente! —Aseguró Yáñez—. Hemos derribado otros tronos y no será ciertamente ese hombre el que detenga nuestra marcha. ¿Conoces tú el camino?

—Sí, señor.

— ¿Cuánto necesitará este hombre para curarse? —preguntó a Sandokán.

—La herida no es grave. Y además, si es necesario, lo haremos transportar.

—Seguidme, amigos —invitó Yáñez—. Hay algunas cosas que este hombre debe ignorar por ahora.

Vaciaron otra botella, volvieron a encender pipas y cigarrillos y salieron, mientras dos malayos entraban para vigilar estrechamente al prisionero.

En la playa los malayos y los assameses indios estaban desembarcando los pocos víveres que habían quedado en la bodega del yate y armaban las inmensas velas de los praos, las cangrejas y las escandalosas.

Sólo la barcaza estaba todavía con las máquinas a presión, como si tuviese de un momento a otro que hacerse a la mar.

—Subamos al yate —dijo Yáñez—. Por lo menos nadie sabrá lo que proyectemos.

— ¿De quién desconfías? —inquirió Sandokán.

— ¡Nunca se sabe...! Desde que me he convertido en príncipe consorte dudo de todo y de todos.

Subieron a una chalupa y llegaron al yate, que se encontraba anclado a sólo veinte brazas de la playa, porque en aquel lugar el agua era muy profunda.

Atravesando el puente, descendieron a las cámaras donde había un bellissimo salón, con las paredes cubiertas de seda azul y dos amplias ventanas que se abrían en el espejo de popa, a babor y estribor del timón.

Alrededor había pequeños divanes de terciopelo azul y en medio una mesa tallada, con taracea de marfil y plata.

Del techo pendía una bellísima lámpara de bronce, de estilo indio, cuyos candelabros estaban formados por trompas de elefante entrelazadas con auténtico buen gusto.

Un indio de alta estatura, bastante moreno, más bien delgado, con ojos muy negros y ardientes y el rostro encuadrado por una barba negra y ligeramente encrespada, completamente envuelto en un amplio dootèe de percalina floreada, se mantenía en pie en el extremo del salón, como si esperase alguna orden.

—Puedes irte, Sidar —le dijo Yáñez, saludándole con un gesto de la mano—. Por el momento no te necesitamos.

— ¿Quién es ese hombre? —le preguntó Sandokán, cuando el indio hubo traspasado la puerta.

—Nuestro mayordomo o, mejor dicho, nuestro chitmudgar.

— ¿De confianza?

—Por completo.

Se habían sentado alrededor de Nasumbata y continuaban fumando.

El desgraciado había permanecido silencioso, aunque lo había oído todo, ya que la lengua malaya, que ya hablaban también corrientemente Tremal-Naik y Kammamuri, le era tan familiar como la dayaka.

Sin embargo, sus ojos, inquietos, se habían fijado con cierta angustia en el Tigre de Malasia.

— ¿Estás dispuesto a confesar? —le preguntó Sandokán—. Te advierto que hay un hombre que de todas formas te hará hablar y que vencerá fácilmente tu obstinación.

—Lo que sabía ya lo he dicho, señor —respondió el dayako—. He dejado tu isla porque era presa del deseo poderoso de volver a ver mi poblado y a mis compatriotas del interior.

—Ya me lo has dicho, pero tampoco ahora soy tan tonto como para creerte. Es muy diferente lo que queremos saber, a menos que quieras probar los mordiscos del fuego o del acero, o estallar con el vientre lleno de agua. Si quieres, te dejamos elegir.

—Como ves, mi amigo Sandokán es generoso —dijo Yáñez irónicamente—. Vamos, suelta la lengua antes de que perdamos la paciencia.

—No he visto jamás al raja del lago —declaró el herido—. Os lo juro por

todas las divinidades de la selva.

—Entonces habrás visto a algún mensajero suyo —insinuó Sandokán.

—No; tampoco.

—Kammamuri, este hombre no quiere soltar la lengua. Lo dejamos en tus manos.

—Patrón —observó el maharata volviéndose hacia Tremal-Naik—, ¿te acuerdas de Manciadi, aquel a quien hicimos gritar en la jungla negra? Tampoco él quería decidirse a hablar, pero ¡cómo gritaba cuando el fuego enrojecía sus pies!

—Haz lo que quieras —respondió el indio.

El maharata agarró al herido por los brazos, lo arrastró a un ángulo de la cabaña y le cubrió los pies con hojas secas.

— ¿Qué haces? —preguntó el desgraciado, que hacía esfuerzos prodigiosos para ahogar el dolor que le causaba la herida.

— ¡Te quemo las piernas! —Respondió fríamente el maharata—. Así tu herida se cicatrizará más pronto.

Había ya encendido un fósforo y se preparaba para prender fuego a las hojas, cuando el dayako con un grito lo retuvo.

— ¡No! ¡No! —exclamó—. Me destrozarías para toda la vida.

— ¿Hablarás, pues? —le preguntó Sandokán.

—Sí, señor.

— ¿Y lo confesarás todo?

—Todo.

— ¿Es, pues, el raja del lago quien te ha pagado para traicionar mis secretos?

—No puedo negarlo.

—Kammamuri, dale un vaso de ginebra para que recobre un poco las fuerzas.

El maharata arrojó el fósforo y se dispuso a obedecer.

Cuando Nasumbata hubo vaciado el vaso, hizo que lo apoyaran contra la pared de la cabaña, mientras Sandokán y sus compañeros volvían a rodearlo para no perder una sola palabra de su confesión.

4. La traición del «chitmudgar»

Nasumbata se mantuvo un momento en silencio, quizás todavía un poco dudoso entre hablar claro o buscar algún nuevo engaño; luego se decidió, temiendo que Kammamuri pusiese en acción la amenaza.

—Ya que ahora estoy completamente a vuestra merced —dijo finalmente— seré franco, a condición de que me prometáis la vida.

—Corres demasiado, querido —le dijo el Tigre de Malasia—. Podrás obtener cuanto pidas, pero tan sólo cuando tengamos la prueba de que no nos has engañado. Y ahora vomita todo lo que escondes en el saco.

—Cuando os he dicho que no conocía al raja blanco del lago os he mentado —dijo Nasumbata.

—Me lo había imaginado. ¿Cuándo lo has visto?

—Hace unos cinco meses.

— ¿Dónde?

—En las orillas del lago.

— ¿Es ya viejo?

—Sí, tiene una larga barba gris y la frente bastante arrugada, pero me parece bastante robusto.

— ¿Es verdad que tiene dos hijos?

—Dos jóvenes de sangre mezclada, altos y fuertes como toros, que tuvo de una princesa dayaka de Labuk.

— ¿Qué encargo te había dado?

—Que me uniese a ti en la isla de Gaya, ya que sabía que habías vuelto de un largo viaje.

— ¿Cómo se enteró de que yo y mis amigos nos habíamos embarcado para la India?

—Eso no lo sé —respondió Nasumbata.

— ¿Qué temía de mí? —preguntó Sandokán.

—Que tú y tus malayos os presentarais de improviso en las orillas del lago.

—Y sin embargo durante muchos años le he dejado tranquilo, aunque la idea de reconquistar el trono de mis antepasados y de vengar a mis padres, mis hermanos y mis hermanas me había atormentado constantemente durante mi largo exilio.

—Parece, señor, que no se había engañado, porque tú estás aquí y supongo que no habrás desembarcado en esta bahía sólo para cazarme a mí.

—Entonces podemos hablar. ¿Qué querías decirme?

—Quería preguntarte si crees que tienes fuerzas suficientes para conquistarte también tú un trono.

— ¿Cuántos éramos cuando destronamos al feroz raja del Assam? Quizá menos que ahora; y, sin embargo, con nuestra astucia logramos dar a Surama la corona que esperaba.

— ¿Cuál es, pues, tu proyecto?

—Atravesar los grandes bosques, aunque tuviera que hacer doble camino, llegar a las orillas del lago y sorprender a ese miserable que tiene conmigo una terrible deuda de sangre.

— ¡Y matarlo, por supuesto! —dijo Tremal-Naik.

— ¡Ese hombre no podrá esperar de mí gracia ninguna! —respondió Sandokán con voz lúgubre.

—Conozco vagamente esa tutoría sangrienta —dijo Tremal-Naik—. Pero me gustaría conocer todos los detalles. Supongo que no partiremos hoy mismo.

—Tengo necesidad de asegurarme sobre todo de la neutralidad del raja de Labuk, para poner a cubierto nuestras embarcaciones. Un día a ese pequeño príncipe pirata le hice un servicio y espero que no lo habrá olvidado. No tocaremos tierra antes de tres días, también porque quiero asegurarme de las oscuras intenciones de mi enemigo. Estoy seguro de que ya se ha oído algo: el asalto de los dayakos es una prueba evidente de ello.

—Entonces tienes tiempo de narrarme tu triste historia —dijo el indio—. A veces de un detalle insignificante puede brotar una gran idea.

—Y hacer que modifiquemos el plan —añadió Yáñez.

Sandokán se había puesto en pie, con el ceño fruncido, el rostro alterado por una cólera terrible y los puños cerrados.

Sus ojos espléndidos lanzaban relámpagos y parecía que un estremecimiento sacudía todo su cuerpo.

— ¡He aquí al Tigre de Malasia de hace quince años! —Murmuró Yáñez—. Me parece verlo todavía cuando desde lo alto del acantilado de Mompracem lanzaba su desafío al leopardo inglés. El rugido del Tigre de Malasia hacía entonces temblar a Labuan.

Sandokán se había detenido de pronto, golpeando la mesa con su

formidable puño.

— ¡Haz que me traigan de beber, Yáñez! —Gritó con voz ronca—. ¡Necesito apagar la llama que me hace arder la sangre!

Kammamuri se levantó y abrió la puerta.

— ¡Sidar! —llamó—. Botellas y copas.

El indio, que estaba sentado en el primer escalón de la escalerilla, en espera de órdenes, se alzó prestamente y poco después entraba en el salón llevando lo que le habían pedido.

Kammamuri destapó una botella de un licor color rubí y llenó cuatro copas de cristal con arabescos de oro.

Sandokán vació de un trago el recipiente que Yáñez le tendía y luego comenzó:

—Han transcurrido unos veinte años desde aquella época funesta. Desde hacía dos siglos los Sandokán, que pertenecían a una casta guerrera del levante borneano, se asentaban en el trono de Kin-Ballu. Mis antepasados habían conquistado un vastísimo reino en el corazón de la gran isla, agregando todas las tribus de los dayakos independientes del norte y asentándose en el Kin, el más grande y más bello lago que pueda encontrarse aquí. Mi padre, gran guerrero también, había extendido sus conquistas hasta el mar y quién sabe hasta dónde las habría hecho llegar sin la imprevista aparición de un hombre blanco, raza fatal para la malaya y tantas otras. ¿De dónde venía? Nunca lo supe con precisión, pero tengo graves motivos para creerlo algún bandido, algún evadido de cualquier penitenciaría inglesa. Se dijo que había arribado a la bahía de Labuk durante una noche de tempestad y que algunos dayakos costeros, en lugar de decapitarlo y colocar su cabeza blanca en la empalizada de su kotta, le habían dejado con vida, creyéndole probablemente, a causa de su tez pálida, un genio del mar. Sea verdadera o no esta historia, el hecho es que aquel bandido, con no sé qué artes, logró atraerse las simpatías de una gran tribu de dayakos, los cuales trataban de hacerse independientes. Un mal día estalló una violenta revolución en las costas y avanzó amenazadoramente en dirección a las grandes selvas. Mi padre, advertido de que un hombre blanco iba a la cabeza de numerosas tribus, levantó un ejército y se puso en campaña con sus famosos guerreros. Mis tres hermanos y yo le acompañábamos. Las grandes selvas se vieron ensangrentadas muchas veces. Se luchaba con furor en las orillas de los ríos y en medio de los pantanos, con matanzas horribles por ambas partes. Sin embargo, el hombre blanco ejercía una extraña influencia sobre nuestros dayakos. Probablemente el oro inglés tenía su parte en aquella rebelión, porque nuestros adversarios estaban armados con fusiles, que hasta entonces nunca habían poseído, mientras

nuestros guerreros no tenían más que kampilang y sumpitan, o sea, cerbatanas. No transcurría día sin que desertase o se pasase al enemigo algún destacamento, fascinado por la presencia de aquel miserable, o corrompido por las promesas de armas de fuego o de ricos regalos. No tardaron en sucederse las derrotas, a pesar de las terribles cargas dirigidas por mi padre, y una noche nos encontramos asediados en la kotta que servía de capital. Catorce días duró la resistencia y luego una noche las empalizadas fueron derribadas y los rebeldes se esparcieron por el poblado comenzando una matanza espantosa. Mi padre se había retirado a un pequeño vallado, junto con mi madre, mis dos hermanas y mis hermanos y un pequeño grupo de guerreros armados con viejos arcabuces. Teníamos cinco cabañas, una de las cuales servía de polvorín, y logramos, antes del asedio, obtener una veintena de libras de pólvora del raja de Labuk. Se organizó sólidamente la defensa, mientras en torno a nosotros los rebeldes, ebrios de sangre y de matanzas, azuzados por el hombre blanco, mataban, decapitaban a los habitantes e incendiaban sus cabañas. Terminada la matanza, se volvieron contra nosotros creyendo que nos vencerían fácilmente. Éramos pocos, pero todos valientes y resueltos a vender caras nuestras vidas. El primer asalto fracasó. Acogidos por un fuego infernal, los dayakos, pese a las incitaciones y promesas de aquel bandido, se dieron a la fuga y durante varios días no intentaron volver a la ofensiva. La presencia de mi padre, que tenía fama de ser el más esforzado guerrero de Kin-Ballu, debía de haber reducido mucho su valor. Durante tres semanas resistimos valerosamente. También mi madre y mis hermanas habían tomado parte en la defensa, disparando sus fusiles contra los miserables que, de vez en cuando, especialmente por la noche, trataban de incendiar las empalizadas del minúsculo fortín. Un día el hombre blanco, desesperando de atraparnos por la fuerza, nos mandó un parlamentario para proponer a mi padre que se dividiesen el reino. Estábamos exhaustos con tanta vigilia, y los víveres y las municiones comenzaban a escasear; además, una parte de nuestros guerreros había caído bajo las balas de los adversarios. Se decidió la rendición para salvar por lo menos a las mujeres, y abrimos las puertas al vencedor para entablar tratos acerca de la división del reino. El inglés maldito nos invitó a un gran banquete y durante él se llevó a cabo la horrenda matanza. Estábamos a los postres del mismo cuando muchos de aquellos guerreros armados de kriss se precipitaron sobre nosotros como bestias feroces. Vi a mi padre caer degollado, luego a mi madre, luego a mis hermanos y a mis hermanas, y vi sus cabezas ensangrentadas clavadas en las puntas de las lanzas... ¿Me habéis comprendido? ¿Me habéis comprendido?

Un grito salvaje, que parecía el rugido de un auténtico tigre malayo, había desgarrado el pecho de Sandokán, el formidable pirata de Malasia, que durante tantos años había hecho temblar a ingleses y holandeses y palidecer incluso al sultán de Varauni, el más poderoso de Borneo.

Se había inclinado como una bestia feroz, con los brazos extendidos, el rostro espantosamente alterado por un odio imposible de describir y con ojos llameantes.

Parecía como si quisiera lanzarse contra alguna sombra que vagaba ante él.

—Hermano, ¿qué haces? —dijo Yáñez alzándose rápidamente y poniéndole una mano en el hombro.

Al oír aquella voz, el pirata se levantó y se pasó varias veces la mano por la frente, que estaba totalmente inundada de sudor.

— ¡Qué horrible visión! —Murmuró luego con voz ronca—. Me parece verlo ante mí... Pero un día lo veré, ¡vaya si lo veré! Y entonces, ¡ay de él y de sus hijos! Lo mismo que él fue implacable con mi padre, mi madre, mis hermanas y mis hermanos, será implacable con él el Tigre de Malasia. ¡Yáñez, dame de beber! Tú recuerdas cuántas noches he pasado en nuestra cabaña de Mompracem, en nuestro nido de águilas, desde cuya cima dominábamos todo el mar que bañaba la maldita Labuan. ¿Cuánto bebía aquellas noches? Era el recuerdo de mi familia asesinada que me atormentaba. Han pasado años y años y yo siempre he permanecido sordo al grito tremendo lanzado por mi padre en el momento en que el kriss de un miserable dayako se hundía, por orden de aquel aventurero, en su cuello. Ahora, ¡basta! Antes de que me sorprenda la vejez quiero vengar a mi familia... ¡Ah, lo destrozaré así...!

Había retirado de la pared una carabina india y después de apoyar su cañón en una rodilla, con un esfuerzo hercúleo la había roto, arrojando las dos piezas a derecha e izquierda con violencia.

—Cálmate, hermano —repitió Yáñez con voz dulce.

Sandokán casi le arrancó de las manos la copa que le tendía y la vació de un trago, como si fuese agua.

Tremal-Naik y Kammamuri lo miraban sin hablar, profundamente impresionados por la terrible cólera que brotaba del corazón del fiero pirata.

— ¡Continúa! —le instó Yáñez cuando le pareció que se había calmado un poco.

—Era el más ágil y también el más aguerrido de mis hermanos —reanudó su relato Sandokán después de una larga pausa—. Por instinto desconfiaba y había advertido a mi padre que se mantuviera en guardia y que no hiciera participar en aquel banquete de sangre a mi madre y a mis hermanas. Cuando vi a los sicarios del maldito inglés precipitarse, con gritos feroces, hacia la mesa, comprendí en seguida lo que iba a ocurrir. Había llevado conmigo el kampilang y un par de pistolas indias. Viendo caer a mi padre, hice fuego contra sus asesinos; después empuñé el pesado sable y me abrí paso a golpes,

con la esperanza al menos de llegar a tiempo para salvar a mi madre y a mis hermanas y degollar al traidor. ¡Era demasiado tarde! Además, ante mí tenía una muralla humana erizada de armas. ¿Cómo logré atravesarla y ganar la selva? Nunca lo supe. Pero no me dejaron tranquilo: todo lo contrario. A aquel bandido le era necesaria la vida del futuro Tigre de Malasia para no ver un día surgir ante él al vengador de los asesinados. Fue una carrera furiosa a través de las inmensas selvas del oeste, pues yo había pensado alcanzar la frontera del sultanato de Borneo, la única que quedaba abierta, puesto que todas las orillas del lago estaban ya en manos del usurpador y todo el norte estaba cerrado para mí. Viví como los maias, nuestros gigantes simios de la isla central, realizando a menudo recorridos aéreos entre los árboles de las inmensas selvas para hacer perder mis huellas a los cazadores que me seguían sin tregua, alimentándome de frutas y de raíces e incluso de serpientes. Tres veces estuve a punto de caer en manos de los que tan ferozmente me perseguían, como si yo, en vez de príncipe, fuese una bestia feroz; luego cesó la caza. Probablemente creyeron que yo había muerto agotado en el fondo de la selva, pero se engañaban. Atravesé el sultanato, descendí hacia el mar y después de haber llegado a ser el amigo de una turba de malayos, ya dedicados a la pequeña piratería, desplegué el vuelo hacia Mompracem, entonces desierta. El resto ya lo sabéis.

Sandokán se había detenido. El fuego intenso que momentos antes brillaba en sus ojos poco a poco se había apagado.

Un fuerte temblor sacudía todavía sus miembros.

Vació otra copa y luego, volviéndose hacia Yáñez, le dijo con voz casi calmada:

—La barcaza está dispuesta para hacerse a la mar. ¿Crees que los dayakos que nos han asaltado estén atravesándose a la salida de la bahía?

—Me parece que ya se han llevado lo suyo, y si se sintieran realmente con bastantes fuerzas, ya habrían venido aquí.

—También opino así —dijo Tremal-Naik—. Y, además, tu barcaza, querido Sandokán, puede desafiar en una carrera a cualquier prao y a cualquier gióng. Si los dayakos todavía quieren darnos caza, los haremos correr e incluso los tomaremos por blanco. Tus espingardas valen veinte veces más que las de los piratas.

—Es mediodía —dijo el Tigre de Malasia después de haber consultado un maravilloso reloj colocado en una ménsula de ébano ribeteada de oro—. Antes de que se oculte el sol estaremos en la bahía de Labuk. Vamos, amigos; la barcaza está siempre a toda presión.

— ¿Cuándo podremos estar de vuelta? —preguntó Yáñez.

—Mañana por la noche estaremos aquí.

— ¿No correrán ningún peligro nuestros hombres? Me has dicho que había muchos dayakos en la selva.

—Mientras Sambigliong se mantenga en la kotta no tengo ningún temor. Está bien fortificada y no se puede tomar por asalto cuando la defienden treinta piratas de Mompracem. Seguidme: respondo de todo.

5. Un muerto que resucita

Hacia unos minutos que había partido la barcaza cuando Sidar, el mayordomo de Yáñez, después de haber ordenado a la tripulación del yate que bajase a tierra para emprender la construcción de otras cabañas, descendió a la cámara.

Brillaba una extraña llama en los ojos del indio, mientras su rostro dejaba entrever una extraña preocupación.

Se detuvo un momento en el salón, se bebió un vasito del licor que había quedado todavía en la botella y luego abrió la puerta de una de las cabinas laterales, lanzando un silbido agudo, semejante al que lanza la cobra, la terrible serpiente de las junglas indias, cuando es presa de la cólera.

Un silbido igual, que parecía provenir de debajo del piso, le respondió en seguida.

—No duerme —murmuró Sidar—. Entonces debe de haberlo escuchado todo. Esto me ahorrará la explicación.

Cogió un gancho de hierro, lo introdujo en un agujero y con un pequeño esfuerzo movió una tabla del pavimento, descubriendo un escotillón de medio metro cuadrado.

—Sahib, puedes salir —dijo entonces el indio—. Finalmente estamos solos.

— ¡Ya era hora! —respondió una voz que venía de debajo del piso—. Ya no aguantaba más.

—Te creo, Sahib. Ciertamente que un faquir no hubiera podido resistir tanto como tú.

—Y yo no soy un faquir.

Apareció una cabeza y luego un cuerpo humano, y un hombre saltó afuera con una agilidad más que extraordinaria.

No era un indio, sino un europeo de alta estatura, piel blanquísima, que resaltaba más aún a causa de una larga barba negrísima que le encuadraba el rostro.

Tenía las facciones regulares, la nariz aquilina y ojos negros ardientes, con cierta dureza y crueldad.

Como todos los europeos que habitan las regiones calurosísimas del Asia meridional, iba vestido con una ligerísima franela blanca. Sin embargo, en la cabeza, en vez de casco colonial de médula de bambú, llevaba un casquete rojo con una gruesa borla de lana azul, semejante a la que suelen llevar los griegos.

Apenas salido de aquella abertura, estiró sus miembros al tiempo que parpadeaba varias veces como si sus pupilas no pudieran enfrentarse de golpe con la intensa luz que entraba por la ventana abierta; luego dijo:

—He aquí venganzas que cuestan caras. Veintidós días de prisión y siempre inmerso en la oscuridad. Solamente un griego como yo puede resistir semejante prueba.

— ¿Qué puedo ofrecerte, Sahib? —preguntó Sidar.

—Bebería muy a gusto uno de esos cafés que saben preparar en Esmirna y en Constantinopla, pero tú no sabe siquiera qué es. Tráeme cualquier líquido infernal que me entone. Supongo que tu patrón tendrá botellas. Un raja jamás se pone en viaje si no va primeramente bien provisto.

— ¿Ginebra?

— ¡Vaya por la ginebra!

El indio abrió un pequeño armario y presentó al europeo una copa y una botella casi llena.

— ¿Adónde han ido? —preguntó, después de haber vaciado un par de copas.

—A ver a cierto sultán de Labuk —respondió Sidar.

— ¿Quién es?

—Parece que sea amigo del hombre terrible que manda a los piratas malayos.

— ¿No vendrá nadie a molestarnos?

—No, porque he mandado a toda la tripulación a tierra he retirado la escala. Estamos solos, Sahib.

— ¿No han tenido ninguna sospecha de mi presencia a bordo de este yate?

— ¿Cómo, Sahib? Cuando mandaron a Rangoon para comprar esta embarcación te hice preparar secretamente el escondite y nadie ha sabido nada. Podrías permanecer a bordo años enteros con plena tranquilidad.

— ¡Valiente porvenir me ofreces, chitmudgar! —protestó el europeo, que parecía exasperado—. Yo no soy una rata para vivir en el fondo de una bodega. Luego, ¿me creen muerto en la corte de Assam?

—Nadie ha vuelto a hablar de ti.

— ¡Imbéciles! ¿No se han preocupado de buscar mi cuerpo?

—No lo habrían encontrado, porque, apenas te vi caer, aprovechando la confusión que reinaba en aquel momento en el palacio te retiré en seguida.

— ¡Estúpidos! Se necesitaba algo más que dos o tres balas para matar al valido del raja. Los griegos tienen la piel dura y la de Teotokris es más dura que la de todos los griegos del archipiélago. ¡Me creen muerto...! Querido señor Yáñez, príncipe consorte de Surama, ¡algún día os haré ver que todavía estoy vivo! ¡Por todas las furias del infierno! Daré golpe por golpe, y vengaré a aquel desgraciado exraja de Assam, que se extingue lentamente soñando con ser el esposo de Surama. Cuando yo haya derribado a estos hombres será un juego para mí arrebatar el trono a aquella mujer. ¡No saben todavía quién es Teotokris el griego...! Sidar, dame un cigarro. Hace veintitrés días que no fumo. El chitmudgar tomó del armario una caja de laca llena de cigarrillos de distintas clases y de cigarros. El griego tomó un rokok, un pequeñísimo cigarro enrollado en una hoja de nipa, delicioso, y luego se echó en una cómoda silla de bambú poniendo una pierna sobre la otra.

—Ahora hablemos de nuestros asuntos, Sidar —dijo, después de haber lanzado al aire tres o cuatro bocanadas de humo perfumado.

—Estoy a tus órdenes, Sahib —respondió el indio—. ¿Has Oído lo que ha contado hace poco el Tigre de Malasia?

—No se me ha escapado una palabra —respondió el griego—. Se diría que estos hombres son conquistadores de tronos.

— ¿Qué piensas de todo esto?

—Que jamás se me ha ofrecido una ocasión mejor para vengarme de estos aventureros y sobre todo de Yáñez. ¿Has logrado saber quién es su adversario?

—Mi patrón no tiene secretos para mí y por eso nada puede escapárseme. Van muy lejos, por lo que parece, hacia un lago que se llama Kin-Ballu, que yo jamás había oído nombrar antes de ahora.

—Eres un estúpido, Sidar. Borneo no es ni la India ni Assam. Tampoco yo sé dónde se encuentra, pero, si lo ignoramos nosotros, no será desconocido

para los salvajes que habitan esta isla. Se trata de tropezar con alguno de ellos, conquistar su confianza con regalos o dinero y hacerme conducir hasta el raja blanco, el que estos bribones quieren destronar, como a aquel pobre Shindia.

—Yo podría conseguir a tal hombre —dijo Sidar.

— ¡Tú!

—Sí, Sahib. He sabido que estos piratas han hecho prisionero a un dayako que había sido encargado, por lo que he podido comprender, de espíarlos por expresa voluntad del raja del lago.

— ¿Estás seguro de lo que dices?

—Oí cómo Sandokán lo relataba a mi patrón.

— ¿Has visto a ese dayako?

—Sí, Sahib.

— ¿Y qué te ha parecido?

—Me parece muy avisado e inteligente.

— ¡Por todas las furias del infierno! ¿Tendré tanta suerte? ¿Cómo podría yo ver a ese hombre?

—Es muy sencillo —respondió Sidar—. Cuando mi patrón está ausente soy yo el que manda. ¿Quién me impide decir a los malayos que lo vigilan que lo traigan a bordo del yate para mayor seguridad?

— ¿Y cuando vuelva Yáñez?

—Yo no estaré ciertamente aquí, patrón. Si tú partes, yo te sigo. Me has prometido vengar al ex raja de Assam, que fue siempre generoso conmigo: mata al usurpador y mi cuerpo y mi alma serán tuyos, Sahib.

— ¿Quién vigila a ese hombre?

—Hay dos malayos en la cabaña —le informó Sidar.

—Querrán subir también ellos a bordo.

— ¿Y qué?

—Nos servirán de estorbo.

El indio se quitó de una oreja un anillo más bien grueso y tocó una pequeña muesca, mostrando un agujerito.

— ¡Aquí hay bastante para adormecer a diez hombres! —dijo.

— ¿Logrará comprendernos el prisionero? —preguntó el griego.

—Todos los hombres del Tigre de Malasia hablan la lengua inglesa —

respondió el indio—. Si ese prisionero, como he oído contar, ha formado parte de la banda de los piratas, bien o mal la comprenderá también él, creo yo.

—Es una carta peligrosa la que me propones jugar —se inquietó el griego—. Se podría perder de un solo golpe toda la partida.

Tomó otro rokok, lo encendió y durante algunos minutos fumó en silencio, frunciendo de vez en cuando la frente y agitando nerviosamente la pierna que apoyaba sobre la Otra.

— ¿Cuándo volverán? —Preguntó de repente al indio, que mantenía siempre ante él una actitud respetuosísima.

—Mañana por la noche, Sahib.

— ¿Estás seguro de poder conducir aquí al dayako?

—Supón que mi patrón, junto con el Tigre de Malasia, me hubieran dado esta orden antes de partir. ¿Quién lo pondría en duda?

—Eres astuto como los levantinos —dijo el griego.

—No sé quiénes son.

—No importa ahora. ¿Qué hora es?

—Son las tres, Sahib.

—Ve a intentar el golpe.

— ¿Estás decidido, Sahib?

—Sin ese hombre no podría hacer nada, y sin un guía seguro y fiel no lograríamos llegar hasta el raja del lago; y es preciso que lo vea. Es allí donde el usurpador del trono de Assam tendrá que arreglar cuentas conmigo.

—Debo advertirte, Sahib, que ese hombre tiene una pierna destrozada y no sé cómo podrá guiarte en el interior de esta inmensa tierra.

— ¿Quién se la ha destrozado?

—El Tigre de Malasia.

—Tomaremos gente a sueldo y lo haremos transportar. Tendremos tiempo para pensar en esto. Cierra la puerta con dos vueltas de la llave, haz traer a ese hombre al camarote próximo a éste y déjame que me preocupe yo de pensar en el resto. Deja aquí la botella y también los cigarros y vuelve pronto.

Mientras el indio se apresuraba a salir, cerrando la puerta con doble vuelta, el griego encendió un tercer rokok, bajó la cortina de seda roja de la ventana, para no exponerse al peligro de ser divisado por algún hombre de la tripulación, y se puso a pasear por el estrecho camarote.

—Ya tenía ganas de estirar las piernas —murmuró—. Veintitrés días, casi siempre inmóvil y en completa obscuridad como un topo... ¡Es verdad que las venganzas hay que pagarlas a veces demasiado caras...! Mi querido señor Yáñez, creíais que yo estaba muerto y ya no os ocasionaría ninguna molestia... ¡No conocéis a los griegos del archipiélago, señor mío! He perdido la terrible partida que habíamos entablado en Assam, aquella partida que me ha retirado los favores de aquel pobre raja y que os ha dado a vos la corona, pero ahora jugaremos otra. Seré un adversario implacable y doblemente peligroso, porque vos ignoráis de qué parte sobrevendrá el peligro. ¡Extraño destino! Nacido pescador de esponjas, termino mi existencia entre príncipes más o menos salvajes.

El griego se alisó su larga barba negra con visible satisfacción y volvió a encender el tercero o cuarto cigarrillo, entornando los ojos como si tuviera la intención de descabezar un sueño.

Había transcurrido media hora cuando un golpe violento contra el maderamen del barco le hizo alzarse. Parecía como si una chalupa hubiera abordado la embarcación.

Arrojó el rokok ya apagado, se acercó silenciosamente a la ventana, alzó la cortina de seda y lanzó al exterior una rápida mirada. No se había engañado. Una ballenera había chocado con el yate en las cercanías de la escala, que había quedado bajada.

Solamente iban cuatro hombres a bordo: el indio, dos malayos provistos de remo y un salvaje de color amarillo bronceado, que estaba tendido en una especie de palanquín apoyado sobre los dos bancos de en medio.

—Este Sidar es más taimado y más resuelto de lo que yo creía —murmuró Teotokris—. ¡Cualquiera comprende a estos indios! Parecen estatuas de bronce impasibles mientras tienen en las venas sangre no peor que los levantinos... lo tengo en el puño y haré de él lo que quiera.

Se retiró lentamente, dejando caer con precaución la cortina y volvió a sentarse diciendo:

—Esperemos.

Oyó girar las garruchas, luego a dos personas caminar por el puente y después pasos que descendían la escalera de la cámara y la voz de Sidar que decía:

—Aquí, en este camarote, estará más seguro que en tierra. Es un hombre demasiado precioso y mi patrón tiene interés en mantenerlo en su poder. Y además aquí hay dos piezas de artillería y, si sus amigos intentan llevárselo, tendrán que contar con la metralla.

— ¡Un auténtico bribón! —Murmuró el griego—. Si el pobre Shindia hubiera tenido diez hombres como éste, es muy probable que no hubiera perdido tan estúpidamente la corona de Assam.

Oyó cerrarse las puertas y luego la llave que giraba en la cerradura.

— ¿Eres tú? —preguntó en voz baja.

—Sí, Sahib —le tranquilizó Sidar, también a media voz.

—Entra.

La puerta se abrió silenciosamente y apareció Sidar diciendo:

—Hecho, patrón.

— ¿Te han hecho alguna observación?

—No, Sahib; por el contrario, han aprobado plenamente mi proceder.

— ¡Imbéciles...! ¿Está débil el herido?

—Se diría que está mejor que tú o que yo —respondió Sidar—. Estos salvajes poseen una fuerza de ánimo excepcional.

— ¿Has intentado hablarle en inglés?

—Sí; y me ha comprendido perfectamente —respondió el indio.

El griego respiró como si se hubiera quitado una losa de encima del pecho.

—En ello estribaba mi duda —murmuró—. ¡Ahora veremos, príncipe consorte de Assam! Veremos cómo atraviesas las grandes selvas que conducen al lago misterioso.

Luego, volviéndose a Sidar, preguntó:

— ¿Qué hacen los dos malayos que vigilan al prisionero?

—Beben —respondió el indio guiñando los ojos.

— ¿La muerte o el sueño?

—El sueño.

—Es lo mismo —murmuró el griego—. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que se adormezcan?

—Apenas media hora.

—Llena el vaso y dame otro cigarrillo.

Arrastró, sin hacer ruido, la silla ante la ventana, alzó un poco la cortina de seda, encendió el rokok que le tendía Sidar y pareció como si se sumergiese en profundos pensamientos, mirando distraídamente la infinita extensión del mar

centelleante de luces.

Sidar se había colocado detrás de él, siempre en espera de órdenes. Se comprendía que el griego ejercía sobre el indio una influencia ilimitada.

Apenas había transcurrido media hora cuando ambos fueron arrancados de sus meditaciones por un golpe sordo que parecía producido por la caída de un cuerpo humano sobre el piso del camarote próximo. El griego se levantó de pronto.

— ¡Uno se ha desplomado! —exclamó.

—Esperemos al otro, Sahib —respondió Sidar.

— ¿No dará la alarma?

—No estará en condiciones ni siquiera de levantarse. El narcótico que poseo actúa rápidamente; quita no sólo las fuerzas, sino también la voz. ¡Bien! También ha caído el otro. Ven, Sahib: ahora estamos seguros de no tener testigos incómodos.

Abrió la puerta, subió la escala adelantándose hasta el puente para cerciorarse de que nadie había llegado a bordo y luego descendió rápidamente y entró en el camarote próximo.

El griego le había seguido inmediatamente, empuñando, como precaución, un puñal largo y afiladísimo. Sobre una camilla, estrechamente atado, yacía Nasumbata. En tierra, uno cerca del otro, con las manos en torno a dos botellas ya completamente vacías se encontraban los dos malayos de guardia. El narcótico debía de ser muy poderoso, porque ambos tenían la rigidez de los cadáveres.

— ¿No se despertarán aunque oigan hablar? —preguntó Teotokris a Sidar.

—Tardarán por lo menos unas veinticuatro horas o quizás treinta —respondió el indio—. Podrías cantar, bailar y hasta hacer sonar el tam-tam.

El griego miró a Nasumbata, que parecía no poco impresionado por aquella visita inesperada y por la caída de los dos malayos de guardia.

— ¿Comprendes la lengua inglesa? —le preguntó.

—Bastante —respondió el dayako.

—Nosotros sabemos quién eres.

Nasumbata abrió sus ojos manifestando gran estupor.

—Y hemos hecho conducirte aquí para liberarte —continuó el griego—, porque somos enemigos de los hombres que te han detenido.

— ¿Vosotros? —se extrañó el salvaje.

—Sabemos que tú eres el hombre encargado de advertir al raja del lago acerca de la expedición que está organizando el Tigre de Malasia contra él.

— ¿Quién te lo ha dicho, señor?

—No te preocupes de ello, lo sabemos y basta. ¿Tú quieres ser libre y reemprender tu marcha hacia el misterioso lago?

— ¿Y me lo preguntas? Me salvas la vida, porque estoy seguro de que el Tigre de Malasia no perdonará mi traición.

—Pero pongo condiciones.

—Habla, señor.

— ¿Conoces a ese raja?

—Sí; he sido uno de sus guerreros.

— ¿Es verdad que es un hombre blanco?

—Es inglés.

— ¿Sabrías guiarme hasta él?

—El camino de los grandes bosques no lo ignora Nasumbata.

—Si prometes prepararme un encuentro con el raja del lago, esta noche serás libre.

—Lo juro por Datara.

— ¿Quién es?

—Mi dios.

—Vaya por el señor Datara —dijo el griego—. ¿Pero estás herido?

—El Tigre de Malasia me ha destrozado una pierna.

— ¿Cómo podremos transportarte a través de la selva?

Nasumbata sonrió.

—Todos los dayakos de la costa me conocen —dijo. Haz que me conduzcan al poblado que te diré, señor, donde tengo bastantes parientes, y organizaremos una pequeña caravana de porteadores.

— ¿Se podrán también tomar a sueldo unos guerreros?

— ¡El dayako ha nacido para la guerra! —sentenció Nasumbata.

— ¿Quieres decir que pagando podré conseguir una escolta?

—Tan numerosa como quieras, especialmente con mi apoyo.

—Entonces haremos sudar de miedo a los enemigos del raja del lago. Mientras tanto, conviene que sepas que yo en un país muy lejano y que quizás hayas oído nombrar, la India, he sido un gran guerrero.

—Basta verte para creerte sin ninguna prueba —concedió el dayako—. Y además todos los hombres blancos son grandes guerreros.

— ¿Aceptas entonces mi proposición? —preguntó el griego.

— ¿Quién rehusaría la libertad que salva la vida, señor?

— ¿Está lejos tu poblado?

—Escasamente a dos horas.

— ¿Sabrías colocarte en una chalupa?

—Me bastan los brazos.

—Esperemos a que se ponga el sol y las tinieblas envuelvan el mar. Puedes descansar hasta ese momento.

—Gracias, señor. ¿Y estos dos malayos? ¿No se despertarán?

—Actúa como si estuvieran muertos. Nos volveremos a ver más tarde.

Salió el griego, seguido por Sidar, que no había pronunciado una sola palabra y volvió a su camarote.

Levantó un momento la cortina y miró hacia la playa. Los malayos y la tripulación del yate estaban terminando la construcción de las cabañas, sin ocuparse de los veleros que se balanceaban dulcemente prendidos en sus anclas a menos de cuarenta metros del desembarcadero.

—Todo va bien —murmuró.

Paseó durante algunos minutos por el camarote con el rostro ensombrecido y luego, deteniéndose bruscamente ante Sidar, le preguntó:

—El yate tiene un pequeño depósito de pólvora, ¿no es verdad?

—Sí, Sahib —respondió el indio—. ¿Por qué me haces esta pregunta?

— ¿Dónde se encuentra? —inquirió de nuevo el griego en vez de contestar.

—Debajo de las cámaras.

— ¿Quién tiene la llave?

—Yo.

—Muéstramelo.

— ¿Qué quieres hacer, Sahib?

—Dejar al príncipe consorte de la rani de Assam un mal recuerdo de mi fuga. ¡Qué diablos! ¿Creías que yo me iba a ir como un ladrón sin botín? Vosotros los indios a veces sois algo estúpidos; y sin embargo os las dais de ser astutos. Tendríais que tomar alguna lección de los griegos del archipiélago. Bueno, muéstrame el depósito de pólvora.

Sidar se inclinó sin responder; sacó del pequeño armario una llave e hizo señas al griego para que lo siguiera.

Salieron de los alojamientos, pasaron a la bodega haciendo correr una tabla y descendieron a la sala de popa, que estaba iluminada por una linterna a fin de que la tripulación, en el caso de un imprevisto retorno de los dayakos que los habían asaltado en la bahía de Kudat, pudieran proveerse rápidamente de municiones para las dos piezas de artillería.

—Es aquí —dijo Sidar señalando la puerta.

—Abre —ordenó el griego descolgando la linterna.

Obedeció el indio y se hallaron en seguida en una oscura cabina llena de pequeños barriles con aros de hierro y de cajas medio llenas de proyectiles y metralla.

— ¿Hay mechas aquí? —preguntó Teotokris.

Sidar le indicó un barrilete que estaba casi lleno.

El griego tomó una de las más largas, depositó la linterna, para no correr el peligro de saltar por los aires y golpeó con los nudillos algunos recipientes.

— ¡Éste! —dijo—. Debe de haber por lo menos treinta libras de pólvora de cañón. ¡Qué estupenda llamarada...!

Retiró con precaución el tapón y dejó salir media libra del terrible explosivo.

— ¿Qué haces, Sahib? —preguntó Sidar, espantado.

—Preparo mi mina —respondió el griego enterrando en el montón un extremo de la mecha—. ¡Verás qué espectáculo! Pero se entiende que lo veremos desde lejos.

— ¿Saltará el barco?

—Es lo que deseo.

— ¿Y esos dos malayos?

— ¡Que se los lleve el diablo al infierno! No tengo tiempo de ocuparme de ellos.

Midió atentamente la mecha sirviéndose de los dedos.

—Durará cinco o seis minutos —dijo luego—. Cuando el yate salte por los aires estaremos muy lejos, y éste será el primer saludo que daré a esos bribones que me han hecho perder una posición envidiable cerca del raja de Assam. Dejó oír una risa estridente, burlona, y, ya fuera de la santabárbara, volvió a su camarote. Sidar le había seguido.

—Mira si hay algo que comer —dijo Teotokris—. No cuentes con mis reservas de víveres, pues casi se han agotado. Salió el indio y al poco rato volvió llevando un cesto con un soberbio jamón, galletas y una botella de vino. Se sentó el griego ante una mesita, cogió un cuchillo y se puso a cortar generosas lonchas que dispuso en capas sobre algunas galletas que había encontrado en el fondo del cesto. Principió a comer sin prisa, regando la cena con vasos de vino de España. Cuando hubo terminado, el sol ya había desaparecido y las tinieblas habían caído sobre el mar y costa borneana.

— ¿Quieres más, Sahib? —preguntó el indio.

—Otro rokok y luego ve a preparar la chalupa.

—Está dispuesta.

—Sujeta un grueso calabrote a la polea del ancla para que el prisionero pueda descender.

— ¿Y luego?

—Pon armas en la chalupa, todas las que puedas encontrar.

—La armería está bien provista.

—Y un barril de pólvora y un saco o dos de balas. En los grandes bosques nos serán necesarios.

—Tus órdenes serán cumplidas.

El griego lo despidió con un gesto y luego volvió a tumbarse en la poltrona de bambú saboreando el cigarro.

Por la ventana abierta entraban soplos de aire fresco, perfumado. En la lejanía los malayos y los indios del yate canturreaban, mezclando sus voces con el rumor de la resaca.

Extraños centelleos, que tan pronto se hacían más intensos como se desvanecían bruscamente, aparecían sobre el mar.

Medusas y noctilucas salían a flote a miríadas, aclarando las aguas que se habían vuelto de color de tinta.

El griego continuaba fumando, respirando de vez en cuando, a pleno pulmón, el aire nocturno.

De repente se levantó.

A lo lejos aparecía una luz descolorida, cambiando las tintas del agua: era el primer cuarto de luna que ascendía dulcemente por el horizonte.

— ¡Sidar! —llamó.

Entró el indio, que probablemente había estado sentado a la puerta del camarote.

— ¿Está todo dispuesto? —le preguntó.

—Sí, Sahib.

—Vamos a recoger al herido.

—Sígueme.

Entraron en el camarote contiguo.

Nasumbata estaba despierto y se agitaba impaciente por marcharse.

El griego cortó sus ataduras, lo cogió en brazos y lo llevó al puente con la misma facilidad con que habría transportado a un niño.

—Baja tú primero, Sidar —dijo Teotokris—. ¿Están las armas en la chalupa?

—No falta ninguna.

—Prepara tres carabinas. Podremos necesitarlas. Luego situó al dayako sobre la borda, aconsejándole: —Agárrate a la maroma y déjate deslizar. Ten cuidado con que no se te escape ningún grito.

—Aunque perdiera la pierna herida no hablaré.

— ¿Y tú, Sahib? —preguntó Sidar.

—Sólo te pido medio minuto —respondió el griego—. La mecha me espera desde hace un par de horas.

—Ten cuidado en no saltar también tú por los aires.

—Conozco las mechas —le tranquilizó el griego. Volvió a descender rápidamente a las cámaras, entró en el pequeño almacén de pólvora, encendió la linterna que había tomado al pasar y prendió fuego a la mecha. Cuando la vio chisporrotear y la oyó crepitar lanzando al aire algunos puntos luminosos, se levantó, apagó la linterna y se precipitó escaleras arriba. Nasumbata y Sidar ya estaban en la chalupa. El griego se agarró al calabrote y en un abrir y cerrar de ojos llegó junto a sus compañeros.

— ¡A los remos, Sidar, y rema fuerte! —apremió—. La explosión será violentísima.

La ballenera se deslizó rápidamente por las aguas, dirigiéndose hacia levante. En la playa, malayos e indios cantaban alrededor de las hogueras, sin sospechar nada.

Habían terminado la cena y probablemente se preparaban para alguna danza nocturna.

La ballenera, impulsada por dos pares de remos enérgicamente manejados, se había alejado ya unas doscientas cincuenta brazas cuando un relámpago cegador desgarró de improviso las tinieblas, seguido por un trueno espantos.

Una inmensa nube de humo se elevó hacia el cielo y luego se abatió sobre el mar bajo un golpe de viento.

El yate de Yáñez había saltado por los aires.

6. Los misterios de las selvas vírgenes

Hacia el crepúsculo del día siguiente la barcaza de vapor retornaba a la bahía de Malludu, llevando a Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik, Kammamuri y quince malayos.

Para todos ellos fue apenas soportable la noticia de que el yate había saltado en pedazos junto con Nasumbata, chitmudgar y los dos malayos de guardia, porque no podían saber exactamente cómo habían ocurrido las cosas.

Los cuatro hombres, después de haber interrogado a malayos e indios, se habían reunido en la playa mirando hacia el lugar que veinticuatro horas antes ocupaba el yate.

—Bien, Yáñez —habló Sandokán, que parecía un poco preocupado—, ¿qué dices de este inesperado desastre?

— ¡Por Júpiter! —exclamó el portugués, que no parecía menos impresionado ni menos sorprendido—. Me pregunto si estás seguro de todos tus hombres.

— ¿Cuándo estabas con los tigres de Mompracem creíste que pudiera haber algún traidor?

—Nunca, hermano. Para ellos tú has sido siempre una especie de semidiós.

—Entonces, si ha habido un traidor, no debes buscar entre mis malayos —aseguró Sandokán.

—Es lo que pensaba en este momento —respondió Yáñez.

— ¿Estabas seguro de tu chitmudgar?

— ¡Fíate de estos indios! Cuando crees que te son fidelísimos, te la juegan, ¡y cómo...!

—Entonces prefiero a mis malayos y mis dayakos.

— ¡Eh!, que me parece que un dayako te ha dado ya quebraderos de cabeza.

— ¡Era un falso dayako!

—Yo no sé si era falso o no. Sólo sé que el yate ha saltado por los aires y que nuestro querido Nasumbata ha desaparecido.

—Ha volado con el yate...

— ¿Quién te lo asegura, Sandokán?

— ¿Dudarías de ello?

Yáñez puso una mano sobre el hombro derecho del Tigre de Malasia y le dijo, sonriendo:

—Hermano, antes eras más desconfiado.

— ¿Qué quieres decir, Yáñez?

—Que ese bribón de chitmudgar y Nasumbata nos la han jugado.

— ¿Por qué motivo? —preguntó Tremal-Naik—. Tu mayordomo te tenía afecto, o por lo menos lo parecía.

—Por lo menos lo parecía —repitió Yáñez—. Bien dicho.

— ¿Tenías alguna duda de él? —inquirió Sandokán.

—Ninguna hasta ayer por la mañana, pero ¿quién es capaz de comprender el corazón de los indios? Lo he intentado varias veces y sólo he logrado comprender el de dos: el de Tremal-Naik y el de Kammamuri.

— ¡Ah, Yáñez! —exclamó Tremal-Naik, riendo.

—Tienes razón —dijo Sandokán—. Entonces, ¿adónde quieres ir a parar?

—A que no veo absolutamente claro este asunto del yate.

— ¡Yo sí lo veo!

— ¿Qué quieres decir, Sandokán?

—Que ha saltado por los aires y que ahora se encuentra a quince metros bajo el agua.

—Por conclusión, hermano.

—Pero evidentísima.

—No lo niego —concedió Yáñez.

— ¿Estaba bien provista tu caja?

—No contenía más que siete u ocho mil rupias.

—Que habrán pasado al bolsillo de tu fiel chitmudgar.

—Es probable, Sandokán.

—Entonces lleguemos a una conclusión.

—Tú primero.

—Ahora que tu yate ya no existe, podemos desdeñar la protección del pequeño sultán de Labuk, puesto que mi barcaza y mis praos pueden ascender cómodamente por el Malludu. Ahorraremos camino y estaremos incluso más seguros.

— ¿Sabes dónde acaba ese río?

—Lo ignoran incluso los dayakos. Pero sé que se adentra en la isla y que su curso no es corto. A bordo de nuestras embarcaciones podremos defendernos mejor y evitar sorpresas desagradables. Si, como supongo, el raja del lago ha sido ya advertido de nuestros proyectos, no dejará de dificultarnos la marcha con todos los medios a su alcance, y tú sabes lo peligrosas que son estas espesas selvas.

—Nunca me han agradado las emboscadas —dijo Yáñez—. He preferido combatir siempre al descubierto.

—Y yo, que soy hijo de la jungla, pienso como tú —añadió Tremal-Naik.

—Entonces podremos partir —decidió Sandokán—. No dejemos tiempo al raja del lago para organizar la defensa.

— ¿Y la kotta que has conquistado?

—No nos puede servir, Yáñez —respondió el Tigre de Malasia—. Está demasiado lejos del lago.

—Pienso que podría servirnos de punto de apoyo en el caso de que nos viéramos obligados a batirnos en retirada. Cincuenta hombres, guiados por nosotros y bien armados, pueden ser suficientes para desbaratar a los súbditos de ese bergante.

—Quizá no estés equivocado. Encarguemos a Sambigliong que mantenga la fortaleza con una veintena de hombres. Vamos, apresurémonos.

En seguida se dieron las órdenes a los malayos y a los indios y se mandó

un correo a Sambigliong, para que enviase a la costa una decena de sus hombres y defendiese la kotta hasta la vuelta de la expedición. A mediodía, después de la comida, la barcaza remolcaba los praos dirigiéndose lentamente hacia el Malludu, amplio curso de agua aún no explorado, pero que se adentra centenares de millas en la inmensa isla. Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik habían ocupado su lugar en la barcaza, la cual, como estaba provista de puente, no carecía de camarotes, mientras los praos, que eran pequeños veleros, estaban totalmente desprovistos de ellos. Los malayos se contentan generalmente con el attap, pequeño cobertizo que se erige entre los dos árboles del trinquete mayor, y que basta para abrigo de aquel clima calurosísimo interrumpido por furiosos aguaceros. A las dos la escuadrilla llegaba a la desembocadura del río, bastante amplia, aunque sembrada de innumerables bancos de arena cubiertos por una soberbia vegetación, y comenzaba la ascensión sin haber notado a su alrededor nada extraordinario.

Los dayakos que habían asaltado el yate no se habían dejado ver más, quizás por miedo a sufrir otra derrota más desastrosa. Sin embargo, su ausencia no daba seguridades a Sandokán ni tampoco a Yáñez. Ambos estaban casi seguros de volverlos a ver en algún lugar, ya que conocían el carácter vengativo de aquellos indomables isleños.

—Si Nasumbata no ha saltado con el yate, los azuzará contra nosotros — había advertido Sandokán.

Rebasada la barra sin haber visto a ningún ser viviente, ya que las costas septentrionales de Borneo están muy poco pobladas por causa de las incesantes correrías de los piratas, flotilla avanzó por el río.

El curso de agua, de una anchura de unos doscientos metros, se desarrollaba mostrando sus orillas cubiertas por inmensos bosques, que formaban como dos paredes impenetrables, dada la espesura de la vegetación.

A derecha e izquierda se erguían inmensas arengas saccharifera, bananos monstruosos que avanzaban sus espléndidas hojas en todas direcciones, cavoli palmisti, pombo cargados de naranjas, tan gruesas como la cabeza de un niño, mangostanes, cedros gigantescos y también abundantes upas, los árboles que esconden bajo su corteza el veneno que no perdona y del que los dayakos se sirven para mojar las puntas de sus flechas.

Loros rojos, cacatúas blanquísimas con un bello mechón amarillo y terengulones de dorso color de esmeralda, el vientre amarillo dorado y la cola azul, saltaban de rama en rama y entre los rotang, mientras en las copas parloteaban ruidosamente turbas de papagayos de plumas multicolores.

— ¡He aquí un verdadero paraíso para los cazadores! —observó Yáñez, que estaba sentado en la proa de la barcaza haciendo gran consumo de

cigarrillos—. ¡Qué lástima tener tanta prisa!

—Ya tendrás tiempo para desfogarte más tarde —respondió Sandokán, que estaba a su lado—. Este río no debe de ser muy largo y nos veremos obligados a dar un largo paseo por la selva. El lago está lejos.

— ¿Y qué haremos de los praos y la barcaza? —preguntó Yáñez con evidente preocupación.

—El país está poco poblado y siempre encontraremos algún lugar para esconderlos. ¿No te acuerdas cuando llegamos a Labuan? Siempre hemos vuelto a encontrar nuestras embarcaciones.

— ¡Con tal de que no nos espíen!

— ¿Y quiénes?

—A ese maldito Nasumbata lo tengo siempre ante mi vista.

—No tenemos ninguna prueba de que todavía esté vivo.

—La explosión del yate no me ha dejado convencido. Es imposible que haya saltado por sí mismo.

—Nasumbata tenía una pierna rota, Yáñez.

—Puede haber tenido cómplices.

—Sí, tu chitmudgar.

—Sin embargo me resisto a creer que ese hombre me haya traicionado. Y además ¿con qué objeto? No puede conocer al raja del lago, porque jamás ha estado en Borneo.

—Esto es un misterio, amigo mío, que quizás un día aclaremos. De que hay algún traidor estoy más que seguro. Que sea Nasumbata u otro no lo sé. Esperemos y veamos.

En aquel momento un agudo grito se elevó de la orilla izquierda, seguido por un ruido que parecía producido por el golpear de un gigantesco tam-tam. Sandokán y Yáñez se habían levantado inmediatamente, asiendo las carabinas que estaban apoyadas en la borda, al alcance de la mano.

Los malayos e indios los habían imitado en seguida, apuntando al mismo tiempo las espingardas hacia las dos orillas.

— ¿Qué sucede, amigos? —preguntó Tremal-Naik corriendo hacia la proa.

— ¿Ha sido algún animal el que ha proferido ese grito?

—Sí, un animal que luego se divierte tocando el tam-tam —ironizó Yáñez—. ¿No has visto jamás en tu jungla negra bestias tan extraordinarias?

—No, de verdad —respondió el indio—. ¿Habrá sido alguna señal?

— ¡Ciertamente! —Afirmó Sandokán—. Apostaría un prao contra una simple canoa a que los dayakos que nos han presentado batalla han desembarcado en la desembocadura del Malludu antes que nosotros y ahora nos siguen marchando a través de los bosques.

—No me asombraría —dijo Yáñez—. Si quieren asaltarnos, tendrán que echarse a nadar.

—Nos esperarán en las orillas.

—No tenemos ninguna necesidad de desembarcar.

—Te equivocas, Yáñez.

— ¿Por qué, Sandokán?

—Nuestras provisiones de carbón no durarán más de cuarenta y ocho horas y, si queremos seguir adelante, nos veremos obligados a descender a tierra para buscar leña.

— ¡Por Júpiter! No había pensado en este inconveniente. Afortunadamente, somos numerosos y, aunque hemos perdido el yate, no nos faltan las armas pesadas.

— ¡Calla! —exclamó en ese momento Tremal-Naik.

Se había dejado oír de nuevo un grito agudísimo, seguido una vez más por aquel ruido extraño que parecía producido por un gran martillo que se dejase caer con todas las fuerzas sobre una chapa de cobre o bronce.

—Este fragor viene ahora de la orilla derecha —apreció Yáñez—. Los bribones se dan respuesta.

— ¡Y señalan nuestra presencia! —añadió Sandokán.

— ¿Estarán preparando alguna asechanza? —preguntó Tremal-Naik.

—Ciertamente, no pasaremos la noche tranquila —contestó Sandokán—. Parece como si estuviesen resueltos a presentarnos batalla antes de que nos adentremos en las tierras del raja del lago. Afortunadamente los dayakos no poseen más que pésimas armas de fuego y sus cerbatanas sólo tienen un alcance limitado... ¡Eh, maquinista, si es posible apresura la marcha! No hagas demasiadas economías de carbón. Hay selvas inmensas para quemar sin pagar una rupia.

La barcaza avanzaba con regular velocidad, aunque remolcaba a los praos, manteniéndose siempre en medio del río para evitar cualquier sorpresa, pero no tardó en acelerar su marcha.

Las orillas se mantenían siempre cubiertas de árboles de dimensiones extraordinarias, envueltos en tupidas redes de rotang y nepentes, en medio de las cuales, de vez en cuando, hacían acto de presencia los sciamang, los simios más horribles de las grandes islas de Malasia, que tenían la frente huidiza, los ojos extraordinariamente hundidos, la nariz ancha y aplastada, grandísima la boca y la garganta provista de un papo monstruoso que sólo se dilata cuando la bestia se pone a gritar.

Por el contrario, tienen la pelambre bellísima, de un negro intenso que se alarga por debajo de las ancas.

Tan insolentes como los otros cuadrúmanos, se divertían haciendo muecas y lanzando sobre el puente de la barcaza y sobre los praos fruta podrida y ramas que rompían con sus agudos dientes.

También de vez en cuando hacían su aparición los volátiles, atravesando el río con velocidad fulminante. En su mayor parte eran espléndidos tucanes, de enorme pico amarillo, que culmina en una especie de acanto, los cuales saludaban a los navegantes con gritos estridentes, que hacían sobresaltarse a Tremal-Naik y Kammamuri. El sol estaba ya a punto de desaparecer detrás de los altísimos árboles que formaban, hacia poniente, una barrera casi insuperable, cuando por tercera vez se dejaron oír el grito y el ruido que habían alarmado a Sandokán y Yáñez.

Simios y aves habían escapado de repente, desapareciendo en las profundidades de la selva.

— ¡Por Júpiter! —Exclamó Yáñez—. ¿Nos irán a ofrecer un concierto los dayakos?

—Sí, pero a base de escopetazos —respondió Sandokán, que observaba atentamente las dos orillas—. Esos bribones nos siguen, corriendo como babirusas.

— ¿Creerán que nos espantan con sus formidables sonos? Nosotros también hemos visto instrumentos musicales que arrancan gritos de dolor a quien los oye. ¿Y si probásemos a hacer cantar a tu ametralladora, hermano? Dispara en abanico: se podrían alcanzar las dos orillas.

— ¿Para masacrar inútilmente los rotang y los nepentes? No, Yáñez, no malgastemos las municiones.

—Sin embargo, estas señales me irritan.

—Antes eras más prudente.

—Entonces no era raja —respondió el portugués riendo.

— ¿Son, pues, tan fácilmente irritables los príncipes indios?

—Así parece, hermano. Es, probablemente, cuestión de ambiente.

—Trata de ser todavía un tigre de Mompracem y...

Sandokán se interrumpió bruscamente viendo al portugués alzarse, con un salto de pantera, hacia la borda de la proa de la barcaza.

— ¿Qué te pasa, hermano? —preguntó Sandokán, viendo a Yáñez arrojar rápidamente al río el cigarrillo que estaba fumando y empuñar el fusil.

—Quiere ofrecernos un asado de simio —dijo Tremal-Naik.

Yáñez no respondió. Parecía que con el cañón de su carabina seguía algo que se desliaba entre la vegetación de la orilla derecha.

— ¡Ha desaparecido! —Dijo con desánimo, bajando el arma—. ¡Qué astutos son estos dayakos! Serían capaces de competir con los cuadrúmanos en cuanto a agilidad.

— ¿Qué has visto, pues, Yáñez? —interrogó Sandokán, que había armado precipitadamente su carabina de dos cañones, mientras cuatro malayos se habían abalanzado hacia la ametralladora.

—Una sombra deslizarse a través de los rotang.

— ¿Una sombra humana?

— ¡Por Júpiter! ¡No tengo ojos de gato! El sol se ha ocultado ya y no es fácil distinguir lo que se mueve en las orillas del río.

—Entonces puedes haber confundido un maias con un hombre —dijo Sandokán.

— ¿Qué es un maias? —se mostró curioso Tremal-Naik.

—Un orangután, alto como una persona y peligrosísimo.

— ¡También él es músico! —dijo Yáñez—. Estos bosques son maravillosos. ¡Producen música las hojas, los frutos, los troncos e incluso las flores! Comienzo a hartarme de estos conciertos misteriosos.

—Y yo tanto como tú, Yáñez —se solidarizó Sandokán.

—Mientras se contenten con hacernos oír silbidos y golpes de tam-tam, dejémosles en paz —dijo Tremal-Naik—. No son peligrosos.

— ¿Y ese disparo? —inquirió Yáñez.

En la selva de la orilla izquierda había resonado un arcabuzazo y se había oído silbar una bala por encima de ellos.

Sandokán gritó:

—Fondead anclas y manteneos dispuestos a hacer tronar las espingardas y

la ametralladora.

La barcaza de vapor se detuvo inmediatamente describiendo una media virada a babor.

Los malayos y los assameses se habían lanzado a las bordas sobre las que se habían colocado los petates enrollados apretadamente.

Las anclas se habían fondeado con rapidez fulminante y se había hecho un profundo silencio a bordo de las embarcaciones inmovilizadas en medio del río.

Solamente se oía el murmullo de la corriente que espumeaba alegremente entre las plantas que crecían por sus orillas.

—Este silencio no me tranquiliza en absoluto —confesó Yáñez a Sandokán.

—Tienes razón, amigo. Se diría que esconde alguna traición.

—Y, sin embargo, no se ve avanzar ninguna barca o prao.

—Esperan el momento oportuno para echársenos encima.

—Estos condenados ríos de Borneo son siempre peligrosos. He pasado algunos momentos apurados cuando remontaba el Kabatuán para ir a libertar a Tremal-Naik y Darma; y también allí se sucedían las traiciones.

—Éste es el verdadero país de los traidores —respondió Sandokán.

— ¿Qué hacemos, pues?

—Esperemos.

—Esto es aburrido, Sandokán.

—No quiero arriesgar mi barcaza en esta oscuridad y correr el peligro de destrozarla contra cualquier roca.

— ¡Calla!

— ¿Otro grito?

—No: escucha atentamente. Son los ladridos de un perro.

— ¿Y qué es, pues, ese fragor?

Hacia el curso alto del río habían oído como una zambullida que parecía producida por la caída de algún árbol gigantesco.

— ¿Habéis oído? —preguntó Tremal-Naik aproximándose a los dos piratas.

—Puede que no signifique nada —comentó Sandokán—. En las grandes

selvas los árboles viejos caen con frecuencia.

— ¡Hum! —dudó Yáñez, moviendo la cabeza—. ¿Han de caer justamente en el río?

Estaba a punto de responder Sandokán cuando se oyeron otras dos o tres zambullidas.

— ¿Se están precipitando selvas enteras en el Malludu? —se preguntó Yáñez—. El asunto me parece bastante extraño.

— ¡Sapagar! —gritó Sandokán.

—Aquí estoy, capitán —respondió el malayo precipitándose a proa.

—Toma dos hombres y sondea atentamente el río.

— ¿Reanudamos la marcha? —apuntó Yáñez.

—Avanzaremos a marcha lenta —respondió el Tigre de Malasia—. No debemos permanecer aquí sin hacer nada mientras nuestros enemigos quizás están preparándonos alguna sorpresa. Esos árboles deben de ser cortados por los parang y los kampilang de los dayakos.

— ¿Con qué objeto? —se interesó Tremal-Naik.

—Quizás con la intención de cortarnos el paso o de construir balsas. ¡Maquinista, avanza lentamente! Y vosotros, malayos e indios, estad preparados para abrir fuego.

—Entonces podemos fumar otro cigarrillo —dijo Yáñez, sentándose en la borda con la carabina entre las rodillas—. ¿Quién sabe si luego no tendremos tiempo? La barcaza había reanudado su marcha remolcando a los praos. Sin embargo, avanzaba con extrema prudencia, mientras Sapagar y sus dos hombres sondeaban el fondo del curso de agua. Solamente resonaba a bordo la voz del lugarteniente del Tigre de Malasia.

—Siete pies... Nueve pies... Timonel, la barra a estribor..., bancos a babor... ¡adelante!

En la parte alta del río continuaban las zambullidas en un crescendo impresionante. Parecía que centenares de parang y de kampilang trabajaban rabiosamente contra los árboles de las dos orillas. De vez en cuando cesaban aquellos ruidos ensordecedores durante unos minutos y luego los grandes troncos Volvían a precipitarse en mayor número todavía.

— ¿Qué quieren hacer, pues, esos bribones? —preguntó Yáñez, que empezaba a perder su calma habitual—. Me gustaría saberlo.

—Tratan de impedirnos el paso: esa es mi opinión —adujo Tremal-Naik.

—El río es ancho, amigo, y se necesitarían demasiados árboles para hacer la navegación imposible a una barca de vapor. Pasaremos de todas formas y les daremos...

Una orden seca lanzada por Sapagar le cortó la palabra.

— ¡Maquinista, detente!

La hélice cesó inmediatamente de funcionar mientras la barcaza se desviaba a babor, amenazando con lanzarse contra los praos.

— ¡Abajo el ancla! —gritó Sandokán, quien, afortunadamente, se había dado cuenta del peligro.

Se fondeó a proa un ancla y sus uñas se sujetaron sólidamente en el lecho fangoso del río.

— ¡Eh, Sapagar!, ¿has visto al diablo? —preguntó Yáñez.

—Los troncos comienzan a descender en gran número, señor —explicó el malayo.

—Dejad los fusiles y tomad las pértigas y los remos —vociferó Sandokán—. ¡Atentos a los choques!

Las tripulaciones apoyaron las carabinas contra las bordas y se proveyeron de pértigas de madera y remos, para alejar los árboles que arrastraba la corriente, bastante fuerte en aquel lugar.

Un enorme tronco capitaneaba una veintena de otros menores amenazando hundir la barcaza y los pequeños veleros, los cuales también habían anclado.

Diez o doce malayos se habían precipitado a proa de la barcaza de vapor para rechazar aquellos peligrosísimos obstáculos, cuando una andanada de flechas pasó por encima de los puentes, seguida por algunos arcabuzazos.

— ¡Ah, los bergantes! —Gritó Yáñez, que se había protegido inmediatamente tras la borda—. ¡Este ataque no me lo esperaba!

Agarrados a las ramas de los árboles, con sus cuerpos sumergidos casi hasta la cintura, numerosos dayakos intentaban acercarse a los pequeños veleros y abordarlos por sorpresa.

Los malayos e indios, pasado el primer instante de estupor, se habían lanzado hacia sus carabinas, mientras la ametralladora, manejada con fulminante rapidez por el Tigre de Malasia, comenzaba a hacer oír sus secas detonaciones.

Por doquier resonaban gritos espantosos: en medio del río, en las orillas, bajo la selva, acompañados por disparos.

Era un ataque en plena regla el que intentaban los dayakos.

— ¡Levad anclas! —ordenó Sandokán, dominando con su voz metálica y resonante aquel griterío infernal—. ¡A todo vapor, maquinista! Sapagar, tú sigue con el sondeo.

—Comienza a hacer calor —afirmó Yáñez, armando su carabina—. ¡Malditos diablos!

Los troncos continuaban llegando en número extraordinario. Eran verdaderamente árboles completos, en su mayor parte pombo, Arengas saccharifera, mangostanes y cosnarinas de dimensiones colosales, y entre sus ramas se ocultaban los asaltantes, prontos para lanzarse al abordaje de la flotilla.

Mientras la barcaza continuaba el remolque, describiendo bruscos zigzags para evitar los choques de aquellos colosos y para mantener alejados a los dayakos, los indios malayos disparaban a mansalva y las espingardas tronaban lanzando nubes de clavos. Tampoco la ametralladora se estaba callada un solo instante y rompía las ramas de los árboles fulminando a los hombres que se escondían entre ellas.

La batalla se hacía cada vez más sangrienta y también eran muchos los indios y malayos que caían a bordo de la barcaza y de los pequeños veleros. Un enorme tronco que descendía justamente por el centro del río, guiado probablemente por dayakos que se mantenían medio sumergidos, en determinado momento fue a embestir a la chalupa de vapor, cerrándole completamente el paso.

Inmediatamente treinta o cuarenta diablos treparon por la embarcación y se asomaron amenazadoramente por las amuras de proa.

— ¡Eh, Sandokán! —llamó Yáñez, que no cesaba de hacer fuego con su calma habitual, abatiendo un hombre con cada disparo, valientemente imitado por Tremal-Naik y Kammamuri, dos tiradores verdaderamente maravillosos—. Hay carne en abundancia para tu ametralladora.

Una descarga formidable siguió a sus palabras. Los proyectiles, vomitados en gran cantidad por la terrible boca de fuego, fulminaron a los asaltantes a quemarropa e hicieron saltar al agua a los supervivientes.

Pero en aquel momento el enorme tronco embistió a la barcaza con gran ímpetu, haciendo resonar amenazadoramente su forro metálico.

El casco se inclinó rápidamente hacia proa y chorros de agua pasaron, con gran ruido, bajo la cubierta. Yáñez y Tremal-Naik palidieron. Si entraba el agua, significaba que el choque había producido alguna vía.

El portugués se lanzó hacia Sandokán, quien no cesaba de hacer funcionar

la ametralladora contra los altos troncos que descendían en gran cantidad por el río y tras los cuales gritaban los asaltantes, sin dejar de lanzar aludes de flechas, probablemente envenenadas, y de disparar bastantes arcabuzazos.

— ¡Nos hundimos! —gritó.

— ¿Quién? —preguntó el Tigre de Malasia.

— ¡La barcaza ha sido desfondada!

— ¡No es posible!

— ¡Una vía de agua!

Un grito resonó por debajo del convés:

— ¡La máquina se apaga!

Luego el maquinista y los dos fogoneros se precipitaron fuera de la bodega y se apresuraron hacia Sandokán.

— ¿Qué te pasa, Urpar? —preguntó el formidable pirata, con voz alterada.

—Ha cedido alguna chapa. Tigre de Malasia, y los fuegos se apagan — informó el maquinista.

— ¿Está inundada la bodega?

—Sí, capitán.

— ¡Y estos gusanos de la selva nos rodean por todos partes! Yáñez, te confío la ametralladora.

— ¿Qué quieres hacer, hermano?

—Sólo nos queda batirnos en retirada.

— ¿Hasta dónde?

—Hasta el islote que hemos rebasado hace media hora. Advierte a las tripulaciones de los praos que corten las amarras de remolque y que piensen en su propia salvación.

A continuación, gritó a toda voz:

— ¡Manteneos firmes, tigres de Mompracem! ¡Adelante con las espingardas y las carabinas! Yo respondo de todo. ¡A mí, Sapagar! Tráete los hombres del sondeo.

De un salto se precipitó en la bodega, cuya escotilla había quedado abierta, mientras sus hombres redoblaban el fuego e intentaban alejar los troncos que los dayakos, nadando furiosamente, se empeñaban en lanzar contra la barcaza.

En un abrir y cerrar de ojos atravesó la bodega llena de barriles y grandes

bultos que contenían provisiones y municiones y llegó a proa, seguido por Sapagar y los dos sondeadores, que habían encendido rápidamente sendas antorchas.

El agua escurría a través del tablazón en grandes cantidades, con un gorgoteo siniestro.

— ¡Es una verdadera vía de agua! —apreció Sandokán.

Arrebató a uno de sus hombres una antorcha y avanzó resueltamente, mientras en cubierta se alternaban las ráfagas, con los tiros de espingardas y carabinas, haciendo estremecerse a todo el casco, y los gritos eran ya espantosos.

Un gran chorro de agua irrumpió a babor de la roda. Una chapa había quedado hundida por el choque del colosal árbol y la barcaza amenazaba con llenarse rápidamente.

—Herida mortal —murmuró Sapagar—. Y no hay hospitales aquí, como en Labuan.

—Tratemos de remendarla como mejor podamos —respondió Sandokán—. Hay colchones en los cuatro camarotes de popa. Traédmelos en seguida.

—No se mantendrán por mucho tiempo, capitán.

—Me basta con un cuarto de hora. ¡Vamos! Date prisa.

El lugarteniente y los dos sondeadores atravesaron corriendo la bodega, se precipitaron a los camarotes de popa y un poco después volvieron llevando cada uno un colchón y mantas.

Sandokán tomó uno, lo enrolló rápidamente y lo introdujo a la fuerza en la vía de agua. Los tres hombres lo ayudaban como podían y acumularon tras el colchón bocoyes y fardos.

— ¿Lista? —preguntó Sandokán.

—El agua entra menos violentamente, capitán —informó Sapagar—. Podremos resistir algún tiempo.

—A cubierta, amigos: nuestra presencia es ahora más necesaria arriba que aquí. Corramos; ¡el combate arrecia!

7. El asalto de los gaviales

El combate arreciaba en verdad y amenazaba incluso con acabar no

demasiado bien para los tigres de Mompracem y para los assameses que Yáñez había traído de la India.

El ataque de los dayakos, muy bien logrado, contra aquellas embarcaciones que habían intentado abordar en la bahía de Kudat, continuaba con feroz ahínco por parte de los isleños, que parecían resueltos a vengar la derrota sufrida.

Los troncos continuaban descendiendo, chocando no solo contra la barcaza, sino también contra los praos, cuyo maderamen no podía ofrecer gran resistencia.

Centenares de hombres, protegidos por las tinieblas, los empujaban, tratando de desfondar los costados de los pequeños veleros. Y no pensaban únicamente en destruirlos, sino que disparaban de vez en cuando bastantes arcabuzazos y lanzaban gran número de dardos.

Los malayos e indios, que ya habían comprendido que la barcaza corría el peligro de hundirse, habían cortados los remolques; y como el viento faltaba en absoluto iban a la deriva, defendiéndose ferozmente.

No cesaban en absoluto de tronar las espingardas con un fragor ensordecedor, y las carabinas les hacían eco destruyendo a bastantes asaltantes.

Desgraciadamente, los troncos seguían descendiendo como si millares y millares de leñadores no cesasen de hacer caer al agua trozos de selva, y los choques se sucedían unos a otros.

La barcaza, ya medio llena de agua, con la máquina apagada, iba a la deriva como un cuerpo muerto. No obstante, la ametralladora no dejaba de tronar, porque Yáñez no había perdido todavía un ápice de su calma ni tampoco Tremal-Naik.

Cada tronco que intentaba acercarse era fulminado por una andanada de clavos y un buen número de enemigos se precipitaba al agua entre gritos que no parecían humanos.

¡El valor de los dayakos era en verdad extraordinario!, pese a las bajas sufridas, se encarnizaban ferozmente contra la pequeña flotilla, como si se hubieran jurado destruirla antes de que pudiera llegar a las fuentes del Malludu.

— ¿Cómo va eso, Yáñez? —se interesó Sandokán compareciendo en cubierta.

— ¡Por Júpiter! —Exclamó el portugués—. El raja del lago debe de haber embrujado a estos salvajes. Aunque en el Kabatuán me han hecho sudar de miedo, no ha sido de esta forma. ¿Qué habrá prometido ese bribón a esta

canalla?

—Probablemente, nuestras cabezas.

—Todavía no están encerradas en sus cestos.

—Y espero que tampoco lo estén mañana.

—Pero estamos completamente derrotados. Un prao tiene un costado desfondado.

— ¿Se ve el islote?

—Todavía no, Sandokán.

—Y, sin embargo, no debe de estar muy lejos. ¿No te parece?

—Espera un poco que ametralle a estos pillos; parece como si se hubieran prometido subir a bordo y bailar la danza de los kampilang con nuestras cabezas. ¡Para vosotros, bribones! ¡Esto calmará un poco vuestra furia sanguinaria!

La ametralladora reanudó su música infernal apoyada por cinco o seis disparos de espingardas y una descarga de carabinas.

Los dayakos se apresuraron a ocultarse tras los troncos gigantes que la corriente arrastraba contra la flotilla pero gran número de aquellos furibundos asaltantes des apareció para no volver jamás a flote.

Los gaviales del río tendrían una opípara cena, abundantísima.

— ¡Ahora gritan como monos rojos! —exclamó Yáñez—. La metralla escalda y también agujerea, queridos. No se bromea con las balas ni tampoco con los clavos.

Por un momento el ataque se detuvo. Parecía como si los dayakos comenzaran a cansarse de aquellas granizas de plomo y hierro y vacilaran.

Los troncos que estaban a punto de aplastar la flotilla guiados por los nadadores, se trasladaron lateralmente siguiendo el hilo de la corriente.

Pero sólo fue una breve pausa, porque aparecieron otros árboles también llenos de asaltantes, impacientes por entrar en la lid y probar la agudeza de los clavos.

—Sandokán, me parece que la cosa comienza a ponerse fea para nosotros —adujo Yáñez—. Estos bergantes son peores que las sanguijuelas.

—Sin embargo, no desespero de vencer más tarde o más temprano a estos piratas de agua dulce —afirmó Sandokán.

—La barcaza continúa haciendo agua, amigo.

—Haré poner en la vía otro colchón.

—Los praos se alejan de nosotros. Son más ligeros y derivan más rápidamente que nosotros.

—Las carabinas y las espingardas serán suficientes para cubrir la distancia. Ten la ametralladora: vuelvo a la bodega para reforzar el tapón que he puesto en la vía de agua. No hagas economías de plomo. Tenemos abajo cartuchos y pólvora para hacer saltar a toda la flotilla.

Los dayakos, como si hubieran comprendido que la presa se les escapaba, volvieron a la carga, empujando furiosamente los troncos.

Se enfrentaban con la muerte con un coraje admirable, en nada aterrorizados por las graves bajas que habían sufrido y que aún tenían que sufrir.

La mosquetería crepitaba incesantemente a bordo de la barcaza y de los pequeños veleros, y las espingardas no cesaban de lanzar terribles andanadas de metralla, que, por lo demás, no obtenían gran éxito, porque los astutos dayakos no se dejaban ver hasta que no se encontraban a tiro de cerbatana.

Ya comenzaban de nuevo a chocar formidablemente contra los costados de la flotilla cuando gritos agudísimos se elevaron a bordo del último prao, que ya estaba lleno de agua como la barcaza, puesto que había resultado con su tablazón desfondado.

— ¡Tierra! ¡El islote!

— ¡Por fin...! —exclamó con alivio Yáñez soltando otra andanada. ¡Con tal que no naufraguemos todos...!

—Lo que significaría nuestro fin —evidenció Tremal-Naik, quien, junto con Kammamuri, le ayudaba en el manejo de la ametralladora.

Sandokán reapareció en aquel momento en cubierta seguido por Sapagar y los sondeadores.

Habían metido otro colchón en la vía de agua, retirando el primero, ya totalmente empapado.

— ¿El islote? —preguntó.

—Sí —respondió Yáñez.

Se lanzó hacia popa y se inclinó sobre la borda, sin cuidarse de las flechas que de vez en cuando atravesaban silbando el puente. A cuatrocientos metros surgía el islote, un brazo de tierra que no tenía más de doscientas cuarenta brazas de longitud POR sesenta de anchura y que estaba cubierto por una densísima vegetación, muy oportuna para mantener una larga defensa.

El último prao había encallado ya en los bancos de arena que rodeaban el islote y se había tumbado sobre un costado desfondándose completamente.

Pero su tripulación había llevado las dos espingardas a la orilla del islote, junto con bastantes cajas de municiones, y había reanudado bravamente el fuego.

Los otros praos tuvieron peor suerte.

Arrastrados por la corriente, privados de dirección, fueron a su vez a embarrancar, chocando entre sí.

— ¡Desastre completo! —se lamentó Yáñez—. ¡Buen principio para conquistar un reino! ¡En Assam hemos sido más afortunados!

Sandokán había asistido impasible a la destrucción de su flotilla.

Le bastaba con que sus hombres se hubieran salvado y que al mismo tiempo hubieran puesto a salvo las armas y sobre todo las espingardas, con las que contaba para hacer frente a las bárbaras hordas del raja del lago.

A su vez, la barcaza, que había logrado con su ametralladora detener nuevamente a los dayakos, derivaba rápidamente, girando de vez en cuando sobre sí misma a causa de su peso excesivo.

Pese al colchón introducido en la vía de agua, ésta no había cesado de entrar en gran cantidad, anegando completamente las máquinas, que, como ya se ha dicho, habían cesado de funcionar.

Estaba a punto de chocar con los bancos, cerca de los praos naufragados tan miserablemente, cuando fue presa de un remolino, que la lanzó fuera de su ruta.

Sandokán profirió una imprecación.

La isla se les escapaba.

— ¡Saltad al agua! —ordenó—. ¡En seguida! ¡La corriente nos arrastra!

Los indios y los malayos, que formaban la tripulación en un abrir y cerrar de ojos se lanzaron por encima de las bordas a los bancos.

Sandokán, Yáñez, Tremal-Naik y Kammamuri estaban a punto de imitarlos, cuando un nuevo remolino alejó bruscamente la barcaza, lanzándola hacia la orilla izquierda.

— ¡Salta! ¡Salta! —apremió Tremal-Naik.

Yáñez, que estaba cerca de él, le detuvo rápidamente.

— ¡Mira! ¡Los gaviales!

Mandíbulas enormes, armadas de formidables dientes dispuestos en dos largas filas, habían hecho su aparición cerca de la barcaza, listas para agarrar a los imprudentes que osasen dejar aquel peligroso refugio. Eran veinte o treinta gaviales, parientes próximos de los cocodrilos y los caimanes, de una longitud de cinco a seis metros y dotados de una voracidad más que extraordinaria. En todos los ríos de las grandes islas malayas pululan estos feroces saurios, y ¡ay del desgraciado que llegue a probar sus dientes de acero! Tremal-Naik y Kammamuri, que ya se habían subido a las bordas, habían saltado hacia atrás, espantados por la imprevista aparición de aquellos monstruos.

— ¡Sólo nos faltaba esto! —exclamó el ex cazador de la jungla negra.

— ¡No te lamentes! —le dijo Sandokán—. Son nuestros aliados en este momento.

— ¿Por qué?

—Se lanzarán contra los dayakos y detendrán su asalto.

—Pero estamos a punto de hundirnos.

—Espero que nos mantengamos todavía a flote por algún tiempo.

— ¿Y adonde iremos a parar?

—Embarrancaremos en cualquier playa. Deja a los dayakos y probemos la resistencia de las escamas de los gaviales. Obliguémosles a remontar el río. Allí encontrarán presas más abundantes que aquí. Mientras se preparaban para disparar contra los saurios, las tripulaciones de los praos, una vez ganada la orilla del islote, se enfrentaban animosamente con los asaltantes.

Habían llevado a tierra todas las espingardas y, resguardados bajo los árboles y en medio de los matorrales, mantenían un fuego vivísimo, poniendo a prueba el coraje de los asaltantes.

Sapagar, el lugarteniente del Tigre de Malasia, que había tenido tiempo de ganar la costa con la tripulación de la barcaza, los había organizado rápidamente para hacer frente a los adversarios, en espera de la vuelta de sus jefes.

Pero esta vuelta era muy incierta, puesto que la barcaza, aunque estaba llena de agua hasta la cubierta, continuaba su camino siguiendo siempre el hilo de la corriente.

A veces parecía que de un momento a otro se hundiría, luego volvía a flote un poco, unas veces a proa y otras a popa, y después de algún que otro giro sobre sí misma reanudaba el descenso.

Sandokán, Yáñez y sus dos amigos, al no ver ya alrededor de las bordas medio sumergidas las feas cabezas de los gaviales, habían suspendido sus

disparos para no malgastar inútilmente sus municiones, aunque habían tenido la precaución de salvar de la inundación una caja de cartuchos y colocarla en lo alto del cabrestante de proa.

En pie sobre las bordas, escuchaban atentamente las descargas que resonaban en el islote, preguntándose con profunda angustia si los dayakos, batidos en su frente por las carabinas y las espingardas y asaltados en sus flancos por aquella tropa de saurios glotones, se habían decidido finalmente a abandonar la partida.

—Me parece que disminuyen los disparos —observó de repente Yáñez—. ¿Será por efecto de la distancia o porque los dayakos han recibido ya lo suyo?

—Las espingardas ya casi no disparan —manifestó Sandokán.

— ¿No será que han matado a nuestros hombres? —conjeturó Tremal-Naik.

—Mis malayos son de acero de Borneo, que es el mejor que existe —se enorgulleció el Tigre de Malasia—. Cuando tienen una carabina entre las manos y un parang, no se dejan matar ni por mil dayakos.

—Y también mis assameses son valientes —añadió Yáñez—. Han sido escogidos entre los montañeses.

—Entonces los dayakos están en retirada —predijo Kammamuri—. Ya no oigo más que algún tiro aislado.

—No temo por mis hombres —afirmó Sandokán—. Nadie podrá desalojarlos del islote. Por el contrario, somos nosotros los que nos encontramos navegando en pésimas aguas.

— ¡Puedes decir incluso que sumergidos en ellas! —Puntualizó Yáñez—. Me llegan hasta las rodillas. ¿Cuándo se decidirá a detenerse esta carcasa? ¿Y si echásemos el ancla?

—Han desaparecido ambas.

—Entonces acabaremos en la bahía.

—Esta barcaza no puede durar tanto, Yáñez.

—Y sin embargo continúa flotando, aunque esté tan llena de agua como para estallar.

—Son las cajas de los víveres y los barriles de municiones los que nos sostienen. Cuando se deshagan, lo que no tardará mucho en suceder, nos iremos a pique.

—Y los gaviales se comerán nuestras piernas —añadió Kammamuri.

—Por ahora no los veo a nuestro alrededor —dijo Yáñez—. Han corrido todos a roer los pies de los dayakos. ¡Eh...!

La barcaza había experimentado una brusca sacudida y se había elevado hacia popa, lanzando hacia proa el agua que cubría la cubierta, con el ímpetu de la riada que se desborda.

La corriente la había empujado en aquel momento hacia la orilla izquierda de la que ya no distaba más de una veintena de metros.

—Hemos chocado —dijo Sandokán—. Estad preparados para ganar la orilla.

— ¡Hay escollos a popa! —previno Kammamuri, que, manteniéndose en equilibrio sobre la borda de babor, había alcanzado la toldilla.

— ¿A flor de agua? —indagó Yáñez.

—Sí, patrón.

La barcaza permaneció un momento detenida, chocando y volviendo a chocar contra aquellos obstáculos, y luego por décima vez, giró sobre sí misma y escapó del abrazo de los escollos.

—Ni siquiera éstos nos quieren —ironizó Yáñez, que ya estaba dispuesto a saltar al agua antes de que desapareciese la embarcación.

— ¿Continuará todavía bastante tiempo esta carrera? —se preguntó Sandokán, que parecía bastante irritado—. Se aleja cada vez más del islote y, con ello, de nuestros hombres.

—Por lo menos nos debemos de haber alejado siete u ocho millas —calculó Yáñez.

— ¡Y no poseer ni un remo para empujar esta carcasa hacia la orilla...!

—Ha desaparecido con el timón. Apostaría que también la hélice está en el fondo del río.

—Para hacer correr más a los gaviales —añadió Kammamuri.

— ¡Y echármolos encima! —Exclamó Tremal-Naik, que avanzaba hacia la borda de popa—. ¡Llegan más y éstos no deben de haber probado aún los bistecs de los dayakos!

— ¡Atención a no poner el pie en cubierta! —previno Sandokán.

—Ni siquiera en las bordas nos encontraremos seguros hermanito —dijo Yáñez—. ¡Si empiezan a coletazos, estamos perdidos!

Siete u ocho gaviales, procedentes de las profundidades del río, habían rodeado la barcaza, intentando subir a la cubierta.

Debían de estar muy hambrientos para intentar semejante ataque, porque, por lo general, huyen cuando el hombre no los importuna.

No menos estúpidos que sus parientes africanos, giraban y volvían a girar alrededor de la barcaza mostrando sus formidables mandíbulas y chocando contra las bordas con sus escamas óseas. Habían pasado dos veces ante las aberturas de las amuras que se encontraban a mitad de la cubierta sin siquiera darse cuenta de ellas.

Pero de un momento a otro podían descubrirlas y subir fácilmente a bordo.

—Amigos —dijo Yáñez—, ya que no los tenemos todavía entre los pies, pongámonos a salvo.

— ¿Quieres saltar al agua? —Preguntó Sandokán—. Te advierto que yo no cometeré jamás semejante locura.

—Tampoco yo tengo ningún deseo de trabar conocimiento con estos gaviales. Sé lo que valen cuando están hambrientos.

—Entonces ¿qué quieres hacer?

—Fíjate qué imbéciles somos.

—Gracias.

—Tenemos la chimenea y las cuatro mangas de ventilación, que nos servirán magníficamente de apoyo y nos quedamos aquí en espera de que un coletazo nos arroje a las bocas de estos inmundos saurios.

— ¡Yáñez, eres un genio! —celebró Tremal-Naik.

—Lo sé desde hace mucho tiempo.

— ¡Arriba todos! —gritó Sandokán.

Los cuatro hombres saltaron a cubierta y se lanzaron hacia la chimenea del vapor, que se elevaba tres metros más, rodeada por cuatro mangas de ventilación y sujeta por cinco sólidos cables metálicos.

En un abrir y cerrar de ojos Sandokán y sus compañeros treparon a toda prisa poniéndose completamente a salvo de los coletazos de los gaviales. Bien a punto, porque un saurio había logrado descubrir finalmente el paso abierto en la borda central de babor y con un coletazo había subido a la cubierta. En el mismo instante otro subía por la parte opuesta.

—Buenas noches, señores —bromeó Yáñez quitándose cortésmente su sombrero de paja—. Sin embargo, os advierto que habéis llegado demasiado tarde para tomar parte en la cena, porque ya nuestras chuletas están a salvo en la despensa de la máquina.

Un estallido de risas siguió a estas palabras.

—Señor Yáñez —mantuvo el tono Kammamuri—, invítelo para otro día.

—Estás loco, maharata. Pienso ofrecerles un pisolabis a base de plomo y no tardaré ni medio minuto.

Las dos bestias se habían detenido una frente a otra como si estuvieran asombradas de encontrarse en aquella superficie oscilante y no hallar ya las presas que antes debían de haber advertido en pie sobre las bordas.

Mientras tanto, otras seis o siete se habían alzado hasta cubierta batiendo ruidosamente con sus formidables colas el puente metálico de la barcaza.

—Parecen de pésimo humor —dijo Yáñez—. ¡Ya lo creo Ver desaparecer de golpe chuletas de Europa, de Malasia y de la India! ¡Un antropófago también habría quedado muy desilusionado!

—Estás bromeando —observó Sandokán—, y no piensas que si la barcaza se va a pique caeremos entre sus mandíbulas.

— ¡Pero si continúa flotando magníficamente...!

—Y mientras tanto nos alejamos cada vez más de nuestros hombres.

—Son numerosos y por eso no tengo ninguna inquietud por ellos. En tierra, atrincherados en medio de los árboles y con las espingardas, harán frente a los dayakos sin experimentar grandes bajas. Cuando termine esta cómica aventura iremos a unirnos con ellos y reanudaremos nuestra marcha.

— ¿A través de las selvas? —inquirió Tremal-Naik.

—En lo que a mí respecta, son más seguras que los ríos —expresó el portugués, que, incluso en las más difíciles Circunstancias mantenía su inalterable buen humor—. Y además, ¿no contamos con una reserva en la costa? Sambigliong tiene una treintena de hombres y una fortaleza en su poder, ¿verdad, Sandokán?

—No temo nada por Sambigliong —afirmó el Tigre de Malasia—. La kotta es muy sólida y tiene consigo treinta malayos de probado valor.

—Entonces, todo va bien —concluyó Yáñez—. Regalemos algunas migajas a estas bestias, para calmarles un poco el hambre. Si resultan un poco indigestas, peor para ellos, Colocó sólidamente los pies en la manga de ventilación, se apoyó en el gran tubo, tomó la carabina de dos cañones que llevaba en bandolera y, después de haberse asegurado que los pistones estaban en su sitio, apuntó cuidadosamente al gavial mayor.

—Si no lo mato, me comprometo a comérmelo vivo y entero —bromeó.

—Entonces serás tú el que tendrá la indigestión —dijo Tremal-Naik, que

también se preparaba para disparar.

—Un raja de Assam no puede sufrir indigestiones —dijo Sandokán seriamente.

—Y entonces tampoco mi patrón que es su primer ministro —añadió Kammamuri.

— ¡Callaos, charlatanes! —Intervino Yáñez—. Si me hacéis reír no puedo apuntar a mi bestia.

—Destrózale un ojo y las migajas le entrarán en el cerebro —dijo el Tigre de Malasia.

— ¡Nada de eso! ¡Prefiero hacerle comer mi bala cónica! ¡Ya veréis qué salto da! ¡Me mira como si saborease de antemano mis chuletas! ¡Para ti, canalla!

El cabecilla de los saurios, un monstruo de más de cinco metros de longitud y probablemente más hambriento que los otros, dada su mole, se había aproximado a la manga de ventilación en la que se mantenía el portugués, y mostraba sus enormes mandíbulas, lanzando de vez en cuando roncros relinchos.

— ¡Qué feo eres! —Exclamó Yáñez—. No tienes derecho a vivir.

Bajó la carabina y le apuntó entre las fauces abiertas. Resonó una detonación seca, seguida de un «¡viva!».

El gavial, alcanzado en plena boca, se levantó de golpe sobre su cola monstruosa, llegando casi al nivel de la manga de ventilación, abriendo espantosamente sus formidables mandíbulas erizadas de dientes, y luego cayó sobre el puente de la barcaza, como si hubiera sido fulminado por una descarga eléctrica. Pero no estaba muerto, pues tales bestias, al igual que los cocodrilos, los caimanes e incluso los tiburones, gozan de una vitalidad extraordinaria.

Permaneció algunos minutos como atontado y estupefacto por aquella insólita comida, luego sé levado casi verticalmente sobre su cola y se puso a dar una serie de saltos tan extravagantes como para que estallase de risa incluso el hombre más serio y más grave de todo el orbe.

Tan pronto se desplomaba sobre la cubierta, desencajando sus enormes mandíbulas, como se volvía a levantar, contorsionándose como una monstruosa pitón, para volver a caer, permaneciendo algunos minutos inmóvil; y después de un instante de descanso, de nuevo se erguía, como si hubiera sido mordido por una tarántula, y reanudaba sus ridículas contorsiones.

— ¡Por Júpiter! —Profirió Yáñez, que se reía a mandíbula batiente, a pesar

de la gravedad de la situación—. No es capaz de digerir ese maldito pedazo de plomo que le he regalado. Si tuviese un poco de bicarbonato de sosa, se lo regalaría de buena gana, de la pena que me da verlo tan desasosegado. Desgraciadamente, los dayakos carecen absolutamente de boticarios.

—Probemos si este otro que está a su lado y lo mira como pasmado tiene el estómago más robusto —dijo Tremal-Naik—. Será un experimento interesantísimo.

—Estáis bromeando y no pensáis que, si la barcaza se hunde de un momento a otro, esas bestias probarán sus dientes en nuestras carnes en lugar de en el plomo —reprobó Sandokán, que era el único que no se reía, preocupado más que los otros por la suerte de sus hombres.

—Mientras flote todo irá bien —respondió el portugués—. ¿Qué quieres más, hombre descontentadizo?

—Si se abren las cajas y los barriles, esta masa de hierro irá a pique, y aquí el río debe de ser profundo.

—Todavía no se han abierto, hermanito. Te toca a ti, Tremal-Naik. Después probará Kammamuri.

El indio apuntó a su vez la carabina, una espléndida arma del Punjab, de dos cañones, con taracea de nácar en la culata, y apuntó atentamente al saurio que Yáñez le indicaba y que estaba observando, como aturdido y espantado, los saltos diabólicos de su compañero, preguntando quizás a su obtuso cerebro la explicación de aquellas sorprendentes contorsiones.

También él tenía las mandíbulas desencajadas en espera de alguna presa.

Resonaron dos disparos casi al mismo tiempo y dos balas cónicas se incrustaron en la garganta del saurio, junto con las estopas ardiendo.

El monstruo cerró de golpe las mandíbulas, agitó furiosamente la cola, pareció encogerse y luego permaneció inmóvil.

— ¡Un buen tiro! —Celebró Sandokán—. Lo has fulminado, querido Tremal-Naik.

—Yo y los cocodrilos nos conocemos —respondió el indio—. Así los trataba cuando era cazador en la jungla negra. Una bala en la garganta y otra en el paladar, de modo que penetre en el cerebro, y el asunto ha concluido.

—Después de un tiro tan maravilloso, deberíamos ofrecerte un gran cargo —dijo Yáñez.

— ¿Cuál? ¿El de matador de gaviales? Renuncio desde ahora —respondió Tremal-Naik riendo.

—Quizá sean buenos para los dayakos, pero no para nosotros.

— ¿Y entonces?

—Te nombramos gran cazador de nuestra caravana.

—Aceptado.

En aquel instante la barcaza experimentó un nuevo choque y volvió a girar sobre sí misma.

— ¡Eh! —se alarmó Yáñez—. ¿Nos hundimos?

—No lo parece —respondió Tremal-Naik.

—Sin embargo, sería un buen momento para detenernos —opinó Sandokán—. Estamos ya demasiado alejados de nuestros hombres. Ya hace cuatro horas que descendimos por el río.

—Con un paseo a través de los bosques sabremos alcanzarlos —observó Yáñez.

La barcaza volvía a girar sobre sí misma, balanceándose peligrosamente por causa también de los saltos de los gaviales.

Parecía que las malditas bestias habían enloquecido. Corrían por la cubierta, cayendo todas a la vez, unas veces a babor y otras a estribor, desequilibrando la embarcación.

— ¡Estos bergantes quieren echarnos a pique! —dijo Yáñez—. ¡Eh, Kammamuri, derrocha tú también algún cartucho!

—En seguida, capitán.

—Y tú también, Sandokán. En este momento son más peligrosos estos gaviales que todos los dayakos de Borneo tanto de tierra como de mar.

—Si ello te causa placer, estoy dispuesto.

— ¿Placer? Se trata de salvar nuestra piel, amigo mío. Vamos, abramos fuego antes de que la barcaza se destrozé y se hunda y nosotros caigamos entre las mandíbulas eternamente abiertas de estas bestias.

Después de haber chocado contra algún banco escondido bajo las aguas, la barcaza había reanudado su marcha aunque muy lenta, porque la corriente debía sufrir entonces la influencia de la marea alta, que a menudo se hacía sentir incluso a algunos centenares de millas, incluso más de la desembocadura de los cursos de agua, especialmente en las regiones ecuatoriales. Oscilaba siempre arriesgadamente, a causa de los formidables saltos de los gaviales, que parecían espantados de encontrarse encerrados entre las bordas de la embarcación. Estando casi totalmente privados de inteligencia,

como sus parientes de África y América, aunque corrían alrededor de la chimenea y de las campanas de ventilación, lo mismo que cuando habían subido a bordo, no lograban descubrir los dos pasos abiertos entre las bordas de babor y estribor.

Sandokán, Yáñez y sus compañeros, impacientados por desembarazarse de aquellos peligrosos vecinos que podían, en el momento del naufragio, que ya era inminente, echarse sobre ellos y devorarlos, habían abierto un fuego formidable.

Sin embargo, no todas las balas producían heridas mortales; por el contrario, a menudo rebotaban en las placas óseas y se perdían.

Tremal-Naik se llevaba siempre la palma, famoso cazador de tigres en la jungla negra. Esperaba pacientemente a que las bestias abriesen las mandíbulas y con una doble descarga las fulminaba.

Ya cuatro saurios más habían ido a hacer compañía a los primeros y a bordo no quedaban más que tres, cuando la barcaza, que se arrastraba por la orilla izquierda, se volcó bruscamente a estribor con un ruido formidable, deteniéndose de golpe.

— ¡Se ha desventrado contra una roca! —gritó Yáñez, que apenas había tenido tiempo para agarrarse al borde superior de la chimenea.

— ¡Y está a punto de hundirse! —Les alertó Sandokán—. Afortunadamente, el agua no parece profunda.

—Pero nos esperan los gaviales.

— ¡Pero aún estoy yo aquí! —alardeó Tremal-Naik—. No son más que tres. ¿Resiste la barcaza?

—Se hunde lentamente —informó Yáñez—. Sólo tienes un minuto de tiempo.

—Será suficiente.

Un gavial dedicaba sus esfuerzos a izarse sobre una manga de aire, con grandes coletazos, pero deslizándose continuamente por el hierro, que no ofrecía presa para sus zarpas.

Tremal-Naik le hizo engullir de un golpe las dos balas de su carabina, las estopas, las llamas y el humo.

La pobre bestia se revolcó dos o tres veces sobre su torso emitiendo una especie de ronco relincho, y luego ya no se movió.

— ¡Para ti, patrón; está cargada! —gritó Kammamuri ofreciéndole el arma que tenía en sus manos.

El ex cazador de la jungla negra hizo fuego sobre el segundo gavial, y lo fulminó, y luego, cogiendo la carabina de Yáñez, disparó contra el tercero con igual suerte.

— ¡Asunto concluido! —exclamó—. Podemos descender.

— ¡Eres un cazador maravilloso! —le dijo Yáñez.

— ¡Saltad! —Les instó en aquel momento Sandokán—. La barcaza está cansada de flotar.

8. La caza del «maias»

En efecto, se hundía la barcaza, si no rápidamente, al menos de manera continuada. Amenazaba de un momento a otro volcarse a estribor, donde gravitaban los grandes cuerpos de los saurios fulminados por las terribles descargas de los cuatro valientes aventureros.

Yáñez había sido el primero en saltar al puente, sobre el que ya había por lo menos un pie de agua, y se había apresurado a adueñarse de la caja llena de municiones depositada en lo alto del cabrestante de proa.

Los restantes no tardaron en seguirle.

— ¿No se hunde todavía? —se extrañó Yáñez—. Es una barcaza verdaderamente maravillosa.

—El agua continúa subiendo —observó Tremal-Naik.

—Aunque muy lentamente —añadió Sandokán—. Todavía no se han abierto los bocoyes, por lo que parece.

—Pero descendemos —evidenció Kammamuri—. Las bordas ya están bajo el agua.

—Sólo estamos a quince metros de la orilla —dijo Yáñez—. ¿Tienes miedo de atravesar un arroyuelo?

—Si estuviéramos en la otra parte no lo llamarías así, Yáñez.

— ¿No me llamas nunca raja, bergante? ¡Soy el príncipe Consorte de la rani de Assam!

Una risotada siguió a la respuesta.

— ¡Vaya, hermano; estás soberbio! —dijo Sandokán.

— ¡Por Júpiter! El general de la artillería assamesa me reclama.

Otro golpe, seguido de un crujido metálico, interrumpió su frase, indudablemente bromista.

—Su Majestad se hunde —gritó Kammamuri—. ¡Salvemos al rajá de Assam!

— ¡Que el diablo te lleve! —Vociferó Yáñez—. Un tigre de Mompracem no tiene necesidad de la ayuda de todos los indios del Indostán. Todavía no he olvidado que soy un pirata de la vieja escuela. ¿De acuerdo? Al agua, amigos.

—Espera un poco, Yáñez —le detuvo Sandokán—. Todavía no nos hemos ido al fondo.

La barcaza se elevó un momento hacia proa, osciló durante algunos instantes, dio una vuelta sobre sí misma, crujiendo siniestramente bajo el peso de las máquinas y las calderas, y luego las aguas invadieron su cubierta, corriendo sobre ella como un torrente y arrastrando los cadáveres de los gaviales.

La inmersión sólo tuvo una duración de pocos segundos, Había, sin duda, un banco bajo la barcaza y el casco se había detenido sobre el fondo arenoso, dejando sobresalir la mitad de las bordas.

—He aquí un magnífico naufragio —dijo Yáñez—. Si todos los buques que se hunden terminaran así se podría decir que los marineros son afortunados.

—Sí; cuando no hay tiburones ni gaviales —puntualizó Sandokán—. Tomemos las municiones y tratemos de ganar la costa. Hay bancos que se prolongan hacia estribor.

—Desalojemos —apremió Tremal-Naik—. Hemos permanecido demasiado tiempo a bordo de esta ruina.

—En una compañía poco alegre —añadió Yáñez—. Me parece incluso imposible haber salvado mis piernas. ¡Ah, estos ríos de Borneo...! ¡Los detesto!

—Pero estás vivo —dijo Tremal-Naik.

—Amigo, los tigres de Mompracem tienen la piel muy dura. ¿No sabes que nuestra piel ha estado sometida a prueba de cocodrilos, serpientes y gaviales?

—Parloteáis como tucanes —sentenció Sandokán.

—Te equivocas, hermano —respondió Yáñez, estallando en una ruidosa carcajada—. Los tucanes chirrían como las ruedas que jamás han sido engrasadas.

—Entonces, chirriáis como ruedas mal engrasadas y os mantenéis ociosos.

—Ya sabes que siempre he sido flemático como un inglés.

—Veamos si podemos alcanzar la orilla, sin mojar nuestras armas y la caja de municiones. Estoy impaciente por llegar junto a mis malayos.

—Y yo junto a mis súbditos —añadió Yáñez—. ¿Qué harían sin su raja?

Se habían aproximado a la borda de estribor, arrojando por encima de ella los cuerpos de los gaviales para abrirse paso.

La suerte protegía decididamente a los cuatro aventureros, porque una serie de pequeños bancos fangosos, apenas cubiertos por un pie de agua, se extendía desde el gran banco que había hecho naufragar a la barcaza.

—Podemos tomar tierra —dijo Kammamuri—. Pero ¿no habrá otros gaviales escondidos entre las cañas que cubren las riberas?

—A estas horas todos habrán escapado hacia el alto curso del río —le tranquilizó Sandokán—. Estas bestias huelen la comida a grandes distancias. No encontraríamos uno en un recorrido de veinte millas.

Esperaron a que Tremal-Naik recargase su carabina y luego descendieron al banco, que estaba formado por una espesa capa de arena que no cedía bajo el peso de un hombre.

Saltando por encima de los pequeños canales en los que el agua se precipitaba gorgoteando sordamente, los dos tigres de Mompracem y los dos indios lograron llegar felizmente a la orilla, la cual, después de una pequeña barrera de cañas, estaba cubierta por altísimos árboles que entrecruzaban estrechamente sus ramas y sus desmesuradas hojas.

Comenzaba a alborear.

Las estrellas se esfumaban rápidamente y las tinieblas, densas bajo la inmensa bóveda de vegetación, se desvanecían como por encanto, al tiempo que una luz rosácea se difundía por el cielo.

Comenzaban ya a despertarse los pájaros, y podían oírse mil gritos jocosos que saludaban la inminente aparición del astro diurno.

A través de las ramas pasaban, rápidas como saetas, las espléndidas palomas coronadas por plumas de un azul dorado; en medio de las hojas de los bananos circulaban bandas de papagayos, y bellísimas cacatúas de moño amarillo o carmesí hacían su tocado matutino; en la copa de los altísimos durion los tucanes rinocerontes, llamados por los indígenas calaos, agitaban briosamente sus monstruosos picos coronados por una ridícula excrecencia cartilaginosa en forma de una pera alargada, lanzando gritos estridentes que hacían sobresaltar a los dos indios.

Una vez llegados a los primeros árboles, Yáñez y Sandokán se habían detenido, poniéndose a escuchar.

—Parece que todo está tranquilo —dijo el primero, quien, sin embargo, había armado su carabina como precaución—. ¿Temías que los dayakos nos hubieran seguido?

—Sí —confesó Sandokán—. Ya sabes lo tozudos que son los dayakos, especialmente los de tierra. Con tal de añadir una cabeza a su colección no escatiman fatigas ni peligros.

— ¡Los conocemos ya hace tantos años!

—No nos conviene ponernos en seguida en marcha. Quiero asegurarme primeramente de que la selva está desierta.

—Apruebo totalmente tu prudencia, hermanito. En alguna ocasión te habrías lanzado con la cabeza baja, como un toro sediento de sangre, a través de estos árboles.

—Entonces era más joven —adujo Sandokán sonriendo.

—Señores —propuso Kammamuri—, ya que nos detenemos aquí, podríamos buscar comida. Los tucanes son excelentes. Los he comido a montones cuando mi patrón tenía su factoría en Kabatuán.

—No quiero disparos de fusil, amigo —argumentó Sandokán—. Sería peligroso atraer sobre nosotros la atención de los dayakos.

—Entonces nos contentaremos con hacer acopio de fruta, Voy a buscarla.

—No te alejes demasiado —recomendó Yáñez—. Aquí deben de abundar los tigres, las panteras blancas y las grandes serpientes.

—Conozco a esos señores y a esas señoras —respondió el maharata.

Mientras los dos tigres de Mompracem y Tremal-Naik improvisaban en la orilla del río un pequeño campamento, construyendo un pequeño attap, o sea un ligero cobertizo compuesto por unos pocos bastones y algunas monstruosas hojas de banano, el indio se adentró resueltamente en la selva, teniendo la carabina bajo el brazo, pronto a servirse de ella.

Los árboles frutales, más allá de la primera zona formada casi exclusivamente por bananos salvajes que extendían sus enormes hojas a seis e incluso siete metros por encima del tronco, abundaban de manera prodigiosa.

Había grupos de mangostanes, cargados de frutos exquisitos que se derriten en la boca como un helado y que parecen reunir el aroma de mil flores; grupos de durion cuyas ramas se curvan bajo el peso de sus frutos gruesos como la cabeza de un niño, pero erizados de terribles púas que

producen heridas dolorosísimas y a veces incluso mortales; pombo que ofrecen naranjas colosales y nepelium que producen frutos llenos de una pulpa blanca, casi transparente, agridulce, alrededor de una gruesa semilla.

El maharata estaba a punto de escoger la planta más bella, cuando al volverse le pareció que veía una sombra humana pasar rápidamente entre los troncos de los árboles y desaparecer, con fulminante velocidad, en medio de un enorme montón de piper nigrum.

— ¿Un dayako? —se preguntó, armando rápidamente su carabina—. El capitán tenía razón al detenerse.

Estaba a punto de avanzar unos pasos cuando oyó un silbido extraño. Instintivamente bajó la cabeza y se arrojó detrás del tronco de un glugo, creyendo que le habían lanzado alguna flecha.

No oyendo, al pasar algunos minutos, ningún rumor más, se separó del tronco protector y miró a su alrededor.

—Nada —dijo para sí—. Y, sin embargo, juraría por Siva y Brahma que ha pasado un dardo por encima de mi cabeza.

Observó atentamente los troncos cercanos y tuvo que convencerse de que no se había lanzado ninguna flecha.

— ¡Esto es muy extraño! —pensó—. Retirémonos y vayamos a avisar al capitán.

Comenzó a retroceder lentamente, teniendo siempre los ojos fijos en el enorme grupo de piper nigrum, temiendo ver salir de él, de un momento a otro, a algún grupo de aquellos famosos cortadores de cabezas; así llegó al margen de la selva.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik estaban sentados bajo el attap, fumando tranquilamente y charlando.

— ¿Has encontrado comida? —preguntó el portugués viendo aparecer antes de lo previsto al maharata.

—Vuelvo sin ni siquiera una banana —respondió Kammamuri.

—Sin embargo, en esta gran selva no debe de faltar la fruta.

—En efecto, abunda, señor; pero los dayakos no permiten recogerla.

— ¿Los dayakos? —inquirió Sandokán alzándose—. ¿Ya están aquí, Kammamuri?

—He visto una sombra humana que pasaba ante mí a menos de cincuenta pasos y fíe oído también el silbido de una flecha dirigida probablemente contra mí.

— ¿Dónde?

—Al otro lado de esa espesa vegetación.

— ¡Por Júpiter! —Se exaltó Yáñez, también puesto en pie—. ¿Habría algún espía de la tribu que nos ha hecho cara? Es preciso no dejarlo escapar.

— ¿Está lejos el lugar? —preguntó Sandokán.

—Apenas a quinientos metros.

—Recoge la caja de municiones y guíanos en seguida, Kammamuri. Si ese bribón va a dar la alarma, antes de la noche tendremos encima centenares de cortadores de cabezas.

Derribaron el attap para que no quedase ninguna huella de su parada, y se adentraron en la selva, deteniéndose di vez en cuando detrás de los troncos de los árboles para observar y escuchar.

Del suelo surgían raíces monstruosas, que culebreaban en todas las direcciones y, entrelazándose con los rotang Y los calamos, hacían difícil el avance.

De las hojas escapaban enjambres de dracos, bellos lagartos voladores, de no más de veinte centímetros de largo, con la cola aplastada, que infestan las selvas de Borneo.

Como están provistos en sus costados de una especie de paracaídas, formado por una membrana que extienden en el acto de comenzar el salto, pueden recorrer trayectos de veinticinco a treinta metros.

Sandokán, que iba a la cabeza del pequeño destacamento, observaba atentamente, además de los lagartos, también los pájaros, papagayos, cacatúas y argus gigantes, bellísimas aves de la familia de los faisanes, con una cola desmesurada, y parecía asombrado de verlos tan tranquilos.

—Si hubiera hombres emboscados, no se quedarían aquí a cantar —argumentó—. ¿Qué has visto, Kammamuri?

Avanzando lentamente, con infinitas precauciones, llegaron finalmente ante la gigantesca mancha de vegetación formada por piper nigrum dentro de la cual debía de haberse escondido el dayako divisado por el indio.

Esas plantas que producen la pimienta salvaje, no peor que la otra, son trepadoras como las viñas, a las que se asemejan, y forman agrupaciones enormes, ricas en racimos que tienen bayas rojas no más gruesas que un guisante, y son tan espesas que a veces es difícil atravesarlas.

— ¿Estaba ahí dentro ese hombre? —preguntó Sandokán a Kammamuri.

—Sí, capitán —afirmó el maharata.

—Rodeemos el grupo y hagámosle salir de su escondrijo... Tú, Yáñez, ve por la izquierda junto con Tremal-Naik; yo iré por la derecha con Kammamuri. Si el hombre intenta escapar, haced fuego sin misericordia.

—Preferiría hacerlo prisionero —manifestó Yáñez—. Podríamos hacerlo hablar y saber así si es el raja del lago el que nos lanza encima toda esta legión de demonios furibundos. Ven, Tremal-Naik, y pon atención para no recibir ninguna flecha. El upas no perdona y nadie puede salvar al hombre que recibe un dardo envenenado. Cinco minutos de agonía y luego la partida para el otro mundo.

Se separaron, tomando diversas direcciones.

La mancha de vegetación cubría un centenar de metros cuadrados de superficie y en su centro se erguían cuatro o cinco durion de enorme y altísimo tronco, cargados de frutos enormes y erizados de formidables pinchos, proyectiles peligrosísimos incluso para hombres que llevan sombreros de paja muy amplios y muy espesos.

Yáñez, después de haber recorrido treinta o cuarenta pasos, se detuvo en el borde de aquel enorme agrupamiento de sarmientos e intentó adentrarse en él.

De repente Tremal-Naik, que se había detenido algunos metros atrás, manteniendo la carabina en sus brazos para estar más dispuesto a protegerlo, lo vio retroceder bruscamente.

— ¿Qué has visto? —le pregunta.

— ¡Kammamuri no se ha engañado! —respondió el portugués, empuñando rápidamente el fusil.

— ¿Está ahí en medio el hombre?

—He visto cómo se agitaban los sarmientos en la proximidad de los durion.

— ¿Intentará huir ese dayako?

—Están Sandokán y Kammamuri al otro lado y no lo dejarán escapar sin saludarlo con un par de tiros.

— ¿Era un hombre?

—No he podido verlo.

— ¿Qué quieres hacer?

—Penetrar en el grupo de árboles —respondió Yáñez resueltamente— y alcanzarlo o abatirlo.

—No será fácil atravesar ese caos de vegetación. Una jungla india no es

tan espesa.

—Con un poco de paciencia lo lograremos. La guerra de emboscadas no es por cierto muy agradable ni fácil, pero aquí se combate de otra manera. Borneo es el país de las asechanzas y las sorpresas. Cuida bien dónde pones los pies: puede haber serpientes entre este follaje.

—Soy amigo de las serpientes —respondió el indio.

Yáñez pasó por debajo de las plantas sarmentosas manteniendo una mano en el gatillo de la carabina, para que ninguna rama pudiera dispararla, y avanzó cautelosamente en medio de aquella masa de intrincada vegetación.

Tremal-Naik lo seguía a dos pasos de distancia, mirando sin descanso a derecha e izquierda, para vigilar sus flancos y prevenir algún tiro de cerbatana.

De vez en cuando Yáñez se detenía, poniéndose a escuchar, y luego reanudaba la marcha sin hacer ruido.

Acostumbrado a las caminatas a través de los espesísimos bosques de la gran isla, que tantas veces había atravesado junto con Sandokán y los tigres de Mompracem, podía aventajar en ello incluso a los sanguinarios dayakos.

Cuando había recorrido cuatrocientos o quinientos metros se detuvo, reteniendo a duras penas una exclamación:

— ¡Qué gran chasco!

— ¿Qué has dicho? —preguntó Tremal-Naik.

—Que Kammamuri se ha equivocado.

— ¿Por qué?

—Estamos dando caza a un hombre de los bosques en lugar de a un dayako.

—No te comprendo.

—Es un maias lo que ha visto, y no un hombre.

— ¿Uno de esos feos orangutanes?

—Sí, Tremal-Naik.

—Es fácil confundirlos con auténticos salvajes.

—No digo lo contrario.

— ¿Lo has visto?

—Se ha refugiado en medio de ese grupo de durion que surge en el centro de la mancha de vegetación.

—Volvamos atrás y avisemos a Sandokán y Kammamuri —propuso el indio—. No tenemos tiempo que perder, ni tenemos que exponernos a peligros, especialmente en estos momentos.

—También yo lo creo así —respondió el portugués—. Que vaya a hacerse matar por los dayakos.

Estaban a punto de volver sobre sus propios pasos, no teniendo nada que ganar en una lucha contra aquellos formidables simios, cuando llegó un grito a sus oídos:

— ¡Socorro, capitán!

— ¡Kammamuri! —exclamaron a dúo el portugués y el indio, palideciendo.

Se oyó un disparo de carabina, luego otro, disparados desde la parte opuesta del gigantesco grupo de árboles, y luego nada. Sólo silencio.

— ¡Corramos, Tremal-Naik! —apremió Yáñez.

Intentaron lanzarse a la carrera, pero pronto se vieron obligados a menguar su furia, ya que los sarmientos, unidos con los robustísimos rotang, oponían una increíble resistencia y no cedían ante los choques.

Afortunadamente, en un sitio u otro existían pequeños pasos, que permitían a una persona poderse adentrar sin excesiva dificultad, a condición de que no tuviera demasiada prisa.

Luchando contra todos estos obstáculos, los dos aventureros en menos de un minuto pudieron llegar hasta el grupo de los durion.

A sus ojos se ofrecía un espectáculo terrorífico.

En una de las ramas bajas de aquellos árboles enormes estaba Kammamuri, blandiendo uno de esos cuchillos indios de hoja curva y alargada, llamados tarwar, y frente a él un monstruoso simio, de casi un metro y medio de altura, amplia faz, pecho enormemente desarrollado, cuello corto y rugoso provisto de un saco que la bestia puede hinchar a voluntad, ojos pequeños, hocico alargado y el cuerpo cubierto por un pelo más bien escaso, enmara* nado y de color rojizo oscuro.

El maharata, con las piernas estrechando la rama, amenazaba al monstruo, lanzando cuchilladas en todas las direcciones y gritándole en el morro:

— ¡Canalla! ¡Te mato!

El maias lanzaba agudos silbidos, que a veces se cambiaban en aullidos espantosos, semejantes a los de una ternera aterrorizada, y alargaba sus enormes brazos vellosos intentando aprehenderlo y clavarle en la cara sus

ñas. ¡Ay de él si hubiera logrado cogerlo! Porque los orangutanes de Borneo, igual que los gorilas del continente africano, poseen una fuerza tan prodigiosa que pueden luchar con ventaja contra veinte hombres y arrancar de un solo golpe las mandíbulas a los gaviales, que son sus enemigos mortales.

— ¡Aguanta, Kammamuri! —gritó Yáñez, que había sido el primero en llegar ante el grupo de los durion. Estaba a punto de levantar su carabina cuando a poca distancia resonaron dos disparos.

El maias, alcanzado, se irguió de repente aullando horriblemente, aullido que resonó por mucho tiempo bajo la bóveda de follaje, y luego se agarró al tronco del árbol y desapareció con la rapidez del rayo en medio de la espesa hojarasca.

— ¡Sandokán! —llamó Yáñez.

—Heme aquí —respondió el Tigre de Malasia deslizándose entre los piper nigrum y los rotang. Su carabina humeaba todavía.

— ¡Nada de dayakos! —Exclamó el jefe de los piratas de Mompracem—. Los prefiero a estas bestias. ¡Eh, Kammamuri! Puedes bajar.

El maharata había abandonado ya la rama y se deslizaba por un grupo de nepentes.

— ¡Ah, patrón! —murmuró el pobre diablo, que se había vuelto grisáceo, es decir, palidísimo—, ¡qué bestia tan fea...! Me he enfrentado varias veces con los tigres de la jungla negra, cocodrilos, pitones, incluso rubdira mandali, cuyo mordisco hace sudar sangre, pero jamás he experimentado una emoción semejante.

—Te había dicho que no te alejases de mí —le recordó Sandokán—. Sospechaba a medias que, en vez de un dayako, se trataba de un maias. Abunda en estas selvas.

— ¿Te ha subido al árbol? —preguntó Tremal-Naik.

—Me ha asido como si fuese una pluma, poniéndome bajo su axila derecha, pero no estaba solo.

— ¿Cómo? ¿Eran dos? —quiso saber Yáñez.

—Sí, capitán. He hecho fuego sobre ambos sin alcanzarlos, según parece; luego, mientras uno se llevaba la caja de municiones, el otro me transportó al árbol. Había perdido la carabina y menos mal que conservaba el tarwar indio, Al sentir que le pinchaba los brazos, el monstruo me soltó, así que pude refugiarme en esa rama donde me habéis encontrado.

— ¿Y el que ha cogido las municiones? —se interesó Sandokán.

—Se ha escapado por el durion y no lo he visto más.

— ¿Sería la hembra del maias, Sandokán? —preguntó Yáñez.

—Estoy seguro.

—No podemos dejarle la caja. Para nosotros ahora las municiones valen más que los diamantes.

—Así lo creo yo también —manifestó el Tigre de Malasia.

—Es necesario recuperarla.

—Y la recuperaremos, Yáñez. Somos cuatro y podemos disponer de ocho balas. Kammamuri, ve a buscar tu carabina.

—No debe de estar muy lejos, capitán —observó el indio.

—Cuida de no tener otro encuentro.

—Tengo mi tarwar.

Mientras el maharata se alejaba, Sandokán miró hacia el durion, en medio de cuyas frondas había desaparecido el orangután después de haber recibido aquellos dos disparos. Era un árbol de dimensiones más que extraordinarias, con un tronco derecho y liso, con poquísimas ramas en su base y muchísimas, por el contrario, en la copa, que formaba una especie de sombrilla.

Son árboles que se encuentran a menudo en las selvas de Borneo y, como hemos dicho, dan frutos gruesos como la cabeza de un niño y están erizados de pinchos agudísimos, duros como el acero, que producen heridas dolorosísimas y a veces incurables.

Generalmente tienen forma oblonga, con cáscara verde amarillenta, reticulada, que se separa fácilmente cuando el fruto ha llegado a su madurez, dividida en cinco segmentos, cada uno de los cuales contiene varias simientes desarrolladas en una pulpa blanca cubierta de película. Estas simientes son comestibles, pero los europeos que las prueban por primera vez experimentan una repugnancia invencible, ya que exhalan un insoportable olor a ajo y queso podrido. ¡Pero qué gusto se experimenta cuando se logra vencer tal repugnancia! El mejor helado no resiste la comparación.

Lo extraño es que los perros se muestran golosísimos ante estos frutos y tampoco las fieras los desdeñan.

—Estaba seguro de que no me engañaba —dijo Sandokán, después de haber rodeado el árbol, ampliando su investigación—. Los maias tienen el nido arriba.

— ¿Un nido? —se asombró Tremal-Naik.

—Y muy alto.

— ¿Se divisa?

—Sí, si te alejas. Se encuentra a unos veinte metros del suelo.

— ¿Lograremos sacarlos de su nido? —preguntó Yáñez.

—No dejaré en sus manos la caja de municiones —afirmó Sandokán.

En aquel momento reapareció Kammamuri.

— ¿Has encontrado tu carabina? —Se interesó Tremal-Naik.

—Hela aquí, patrón —contestó el maharata recogiéndola del suelo.

— ¿Está en buen estado?

El indio estaba a punto de responder cuando Yáñez dio un salto, gritando:

— ¡Fuera! ¡En guardia! Si nos alcanzan no iremos lejos.

9. La sorpresa nocturna

En la copa del gigantesco árbol se oían aullidos espantosos, acompañados por crujidos que crecían en intensidad y caía una verdadera tempestad de enormes frutos.

Los dos maias, macho y hembra, habiéndose percatado sin duda, de la presencia de los intrusos, se agitaron furiosamente, pateando las ramas cargadas de frutas con la esperanza de golpearles con ellas.

Yáñez, Sandokán y sus compañeros, dándose cuenta a tiempo de aquella granizada mortal, habían salido corriendo inmediatamente para ponerse a salvo bajo los espesísimos sarmientos de los *piper nigrum*.

— ¿Se habrán vuelto rabiosas esas bestias? —preguntó Kammamuri, que parecía un poco espantado después de su terrible aventura.

—No te desearía que te encontrases ante ellos en estos momentos —respondió Yáñez—. Si no se les molesta, por lo general huyen del hombre y se van por su propio camino. Pero cuando los maias se ven asaltados, se hacen extraordinariamente peligrosos. No dejes que te agarre por segunda vez, porque no respondería de tu vida.

—Intentemos dispararles a distancia —propuso Sandokán, que apuntaba hacia arriba con su carabina—. Si las hojas no escondiesen su nido, a estas horas alguno habría caído a nuestros pies con los miembros fracturados.

— ¿Has dicho nido? —se extrañó por segunda vez Tremal-Naik—. Me parece que los cuadrúmanos no son pájaros.

—Es verdad; pero son verdaderos nidos esas plataformas, de una solidez a toda prueba, que se construyen justamente en la copa de los árboles más altos, con ramas muy gruesas que no ceden fácilmente y que a veces son impenetrables incluso para las balas.

—Me parece que veo a uno de esos feos simios —dijo Yáñez, alzando la carabina.

—Dispárale —instó Sandokán.

—Despacio, hermano. Quiero estar bien seguro de mi tiro. Sabes que si sólo resultan heridos se vuelven furiosos, y entonces pueden incluso enfrentarse con diez hombres.

— ¿Lo ves todavía?

—No, ha desaparecido. Se divierten arrojándonos los durion. Bueno, más tarde tendremos una abundante comida... ¡Eh, los de arriba! ¿Os habéis vuelto locos?

— ¿No se habrá vuelto súbitamente celoso el macho a causa de la caja de municiones? —dijo Tremal-Naik.

—Nos la arrojaría y el asunto habría concluido —respondió Sandokán.

En efecto, parecía que los dos orangutanes se hubieran vuelto furiosos. Sacudían terriblemente las ramas, haciendo precipitarse al suelo una verdadera granizada de aquellos deliciosos y sin embargo peligrosos frutos; pateaban la alfombra que les servía de nido como si quisieran aplastarla, y soltaban silbidos estridentes y a veces aullidos formidables, que repercutían extrañamente bajo las infinitas bóvedas de follaje de la gran selva.

Los cuatro aventureros, en nada aterrorizados por todos aquellos clamores, se habían puesto a dar vueltas alrededor del gigantesco durion espiando el momento oportuno para hacer un buen disparo.

Sin embargo, se mantenían alejados, para no recibir en el cráneo algún fruto, porque los dos orangutanes, no contentos con sacudir las ramas, de vez en cuando los lanzaban con las manos intentando alcanzar a sus adversarios.

Pero el grupo de los piper nigrum era tan espeso que difícilmente aquellos proyectiles espinosos lograban tocar el suelo y rebotaban en todas direcciones, abriéndose y dejando caer las grandes castañas que contenían.

— ¡Eh, Sandokán! —Dijo Yáñez, que había dado ya más de veinte vueltas —, comienzo a estar cansado de estos paseos circulares, con el peligro de sentirme romper en cualquier momento la cabeza. ¿No habría algún modo de

arrojarlos de su nido?

—Invéntalo tú, que siempre has tenido espléndidas ideas —respondió el Tigre de Malasia.

— ¡Ya lo tengo!

—Me lo imaginaba.

—Ya que esos gigantescos bribones no se deciden a dejarse ver, iré yo a buscarlos.

— ¿Trepando por el durion?

—No soy tan loco, ¡por Júpiter! Me importa todavía conservar mi cabeza.

—Entonces, explícate mejor.

Yáñez, en lugar de responder, se dirigió hacia un buà nanghei, bellissimo árbol que crecía aislado a unos treinta metros del grupo de los durion, que produce frutos semejantes a los del árbol del pan, pero tan grandes que a menudo hacen falta dos hombres para que los lleven colgados de un bambú.

— ¿Quieres seguirme, Tremal-Naik? —preguntó—. Hay rotang y calamus que penden muy numerosos de las ramas y cuando llegemos a cierta altura podremos ajustar las cuentas a esos dos condenados orangutanes que se obstinan en no devolver lo robado. Tú que eres un tirador maravilloso los pondrías en seguida fuera de combate.

—Y si descienden, les esperaremos nosotros, ¿verdad, Kammamuri? —dijo Sandokán—. Con cuatro balas bien colocadas se puede echar por tierra incluso a un elefante.

El portugués, seguido por Tremal-Naik, se agarró a un grupo de rotang que pendía de una rama del buà nanghei y comenzó a izarse con la agilidad de un gaviero, mientras Sandokán y Kammamuri se escondían tras el tronco, dispuestos a disparar contra los dos gigantescos monos.

El alboroto no parecía cesar en la copa del durion.

Los dos orangutanes continuaban aullando a voz en cuello, golpeándose de vez en cuando el tórax, que resonaba como un tambor de madera.

No cesaban de caer los frutos y algunos lanzados por los dos monos llegaban incluso a las cercanías del bua, pero sin que ello detuviese la ascensión del portugués y del indio, que procuraban mantenerse al otro costado del tronco.

Cuando hubieron alcanzado una gran rama que se extendía horizontalmente a más de treinta metros del suelo, Yáñez miró hacia la copa del durion.

Los dos maias eran perfectamente visibles, a aquella altura.

En la plataforma, formada por gruesas ramas puestas en cruz con cierta habilidad, saltaban como si hubieran sido presa de un imprevisto acceso de locura, sin parar de silbar y aullar.

De vez en cuando se adelantaban, con furioso ímpetu, en medio de las ramas del árbol y las sacudían para hacer caer los frutos que todavía permanecían en ellas.

Tenían el pelo rojizo encrespado, fulgurantes los ojos y el papo enormemente hinchado.

— ¡Mira que son feos! —exclamó el indio, que se había unido al portugués.

— ¡Y muy peligrosos! —añadió éste.

— ¿Podremos derribarlos con un tiro de carabina?

—Sí y no.

— ¿Están, pues, acorazadas estas bestias?

—En verdad, no, pero pueden resistir bastantes balas. Un día vi huir a uno, a pesar de que había sido saludado con más de diez tiros disparados a muy corta distancia.

— ¡Veamos! —dijo Tremal-Naik.

El macho, reconocible por su mayor corpulencia, se había lanzado a las ramas del durion y no cesaba de sacudirlas, intentando romperlas, para arrojarlas después a la cabeza de los asaltantes.

Aullaba espantosamente e hinchaba el papo para hacer más agudos los sonidos.

Tremal-Naik se acomodó en la rama, alzó la carabina apoyándola en otra rama que se prolongaba por encima de él y apuntó con mucho cuidado.

Un instante después se oyeron dos disparos.

El maima lanzó un aullido ronco, que parecía el rugido de un león, y luego realizó un gran salto cayendo entre las ramas de un durion que se alzaba a cinco o seis metros de distancia de la plataforma, desde donde se puso a descender por el tronco con una velocidad asombrosa sirviéndose de manos y pies.

— ¡Sandokán, atención! —alertaron a dúo Yáñez y Tremal-Naik.

— ¡Lo esperamos! —respondió el Tigre de Malasia.

— ¡Abajo, Tremal-Naik! —ordenó el portugués.

Los dos hombres se agarraron al manojito de rotang y se dejaron deslizar hasta tierra. Casi en el mismo instante saltaba también el orangután en medio de los piper nigrum.

Era espantoso verle. Tenía todo el pecho empapado de sangre, erizada la pelambre, los ojuelos fulgurantes como si tuviera en lugar de las pupilas carbones ardientes.

Alzó los formidables brazos, al tiempo que lanzaba un aullido cavernoso, y luego se lanzó contra los cuatro aventureros que lo esperaban a pie firme con las carabinas a punto.

Con un salto gigantesco cayó cerca de Tremal-Naik, que no había tenido tiempo de recargar el arma, e intentó agarrarlo como comprendiendo que le debía a él las heridas.

Con un movimiento fulminante Sandokán le cerró el paso y le disparó, casi a quemarropa, sus dos tiros.

El orangután, nuevamente herido, dio dos o tres vueltas sobre sí mismo con rapidez vertiginosa, escapando a los tiros de Kammamuri y luego, viendo a Yáñez que se encontraba sólo a tres o cuatro pasos de distancia, se le echó encima rabiosamente.

Pero había encontrado la horma de su zapato.

El portugués, que lo mismo que el Tigre de Malasia no hacía sus primeras armas en aquel tipo de caza peligrosísima, se lanzó inmediatamente detrás de un tronco de durion para evitar el choque.

El orangután, loco a causa de las heridas recibidas, se lanzó tras él, persiguiéndolo, pero se encontró con que el cazador tenía su carabina apuntada contra él.

Abrió las mandíbulas y agarró los dos cañones creyendo que los trituraría como si fueran cañas de azúcar.

En seguida retumbaron dos detonaciones.

El maías se había tragado las dos cargas y su gran cabeza había estallado como una calabaza.

Permaneció un momento derecho, mirando a su asesino con sus ojuelos relampagueantes, agarrando todavía los cañones de la carabina, y luego bajó la cabeza sobre el pecho, dejó caer inertes sus larguísimos brazos y se derrumbó sobre sí mismo.

Las dos balas le habían atravesado el cerebro y destruido completamente la

laringe.

— ¡Un golpe maestro! —Celebró Sandokán, que estaba recargando precipitadamente su carabina, imitado por Tremal-Naik y Kammamuri—. Hermano, tienes una sangre fría verdaderamente excepcional.

— ¡Se trataba de salvar la piel! —Respondió el portugués—. Si me llega a alcanzar con sus zarpas me arranca la nariz, los ojos, la boca y quizá hasta las orejas.

— ¡Se escapa! —gritó en aquel momento Kammamuri.

— ¿Quién? —preguntaron todos al unísono.

— ¡La maias! ¡Y escapa con nuestra caja!

— ¡Por Júpiter!

— ¡Por Siva!

La hembra del orangután, aprovechando el momento en que ninguno le prestaba atención, se había dejado deslizar a lo largo del tronco del durion y escapaba a todo correr a través de los piper nigrum.

No tendría importancia si hubiera huido sola, pero, por el contrario, por capricho o por una simpatía inexplicable, llevaba consigo la caja de los cartuchos que Sandokán tanto apreciaba, y no sin motivo.

A los cuatro hombres se les escapó un grito:

— ¡Vamos, cacémosla!

Se lanzaron a través de la vegetación, disparando algunos tiros de carabina, que sólo lograron aumentar la carrera de la maias.

— ¡Se nos escapa! —gritaba Yáñez, que hacía esfuerzos sobrehumanos para romper los rotang y los calamus que le cerraban el paso.

— ¡No la perdáis de vista! —Recomendaba Sandokán—. No debemos perder nuestra provisión de municiones.

— ¡Corta las lianas, Kammamuri! —vociferaba Tremal-Naik—. Golpea con tu tarwar. ¡Ábrenos paso!

El maharata hacía lo que podía para formar un sendero a través de la vegetación, sacudiendo golpes formidables a los sarmientos intrincadísimos de los piper nigrum, los rotang, los calamus y las ramas de los matorrales que crecían por doquier bajo los racimos rojizos, pero no lograba su intento.

Se hubiera necesitado el hacha de un titán para romper aquella muralla vegetal que oponía por todas partes una resistencia muy tenaz.

Mientras tanto, la maia había huido rápidamente sin abandonar su preciosa carga.

Subía con rapidez increíble por los árboles, saltaba de sarmiento en sarmiento, como si fuese una pelota de goma, pasaba por encima de las madejas de plantas parásitas como si fueran puentes volantes y ganaba cada vez más terreno. Sandokán, Yáñez e incluso Tremal-Naik le habían disparado bastantes tiros, sin lograr alcanzarla.

La agilísima simia se movía con tal rapidez que desafiaba la puntería de los mejores cazadores del mundo.

— ¡Detente, bestia maldita! —tronaba Yáñez.

— ¡Ladrona! ¡Devuélvenos la caja que nos has robado! —gritaba Kammamuri, exasperado.

Era malgastar el aliento. La maia continuaba su rapidísima fuga sin abandonar la caja de municiones.

Una vez que hubo llegado al borde de la mancha de vegetación, se subió a un árbol y desapareció de la vista de sus perseguidores.

— ¡Es nuestra! —alborotó Kammamuri.

— ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Sandokán, que se afanaba también en cortar sarmientos y fibras vegetales a golpes de cimitarra.

—Conozco el árbol en que se ha refugiado.

— ¿Y crees encontrarla allí arriba? Hay millares y millares detrás de ése. A estas horas la bestia ha alcanzado la selva y ya no será fácil sacarla de su guarida. Los maia saltan de un árbol a otro mejor que los monos más ágiles y quién sabe qué ventaja tendrá ya sobre nosotros.

— ¿Y la dejaremos marchar?

— ¡Eso ya lo veremos!

Ellos también habían logrado llegar al borde de la mancha de vegetación y se habían detenido bajo el árbol en el que se había refugiado la maia.

Era un magnífico pombo, muy alto, de follaje verde oscuro y bastante tupido.

Sandokán dio dos o tres vueltas alrededor del tronco mirando hacia arriba y no vio nada.

—Me lo había imaginado —dijo.

A pocos metros del árbol comenzaba la gran selva. El orangután debía de haberse subido a otro árbol y alejado sin dejar ninguna huella.

— ¡Vaya pejiguera! —exclamó Yáñez, que parecía muy contrariado—. ¿Debemos dejarla escapar, Sandokán?

— ¿Cuántas balas tienes?

—Media docena.

— ¿Y tú, Tremal-Naik?

—Llevo mis dos últimos cartuchos en la carabina.

—Lo mismo que yo —dijo Kammamuri.

—Y yo no poseo más que vosotros. ¿Quién osaría con una docena de cartuchos atravesar esta selva infestada de bestias feroces y muy probablemente de dayakos? Esa caja nos es absolutamente necesaria, amigos.

—Nuestros hombres deben de tener abundantes municiones —observó Tremal-Naik.

—Así lo espero, pero están por lo menos unas veinte millas lejos de nosotros —respondió Sandokán—. Nos llevará tiempo el poder llegar hasta ellos. Tú no conoces nuestras selvas.

— ¡Y las sorpresas que esconden! —añadió Yáñez.

— ¿Lograremos hacernos con esa ladrona? —preguntó Kammamuri.

—No desespero —dijo Sandokán—. Estoy seguro de que esta noche la maias volverá a su nido.

—Y perderemos diez o doce preciosísimas horas —apreció Tremal-Naik.

—No te preocupes por nuestros hombres. Hasta que nos vean volver no dejarán el islote.

—Y además, son numerosos y han podido desembarcar las espingardas —añadió Yáñez—. Los dayakos tienen bastante miedo ante esas armas.

—Y los dirige uno de mis más valientes piratas. Sapagar vale tanto como Sambigliong. Marchémonos o la maias no volverá.

—Vayamos a acampar en la orilla del río —propuso Yáñez—. Allí tendremos por lo menos alguna probabilidad de procurarnos comida.

Después de haber permanecido algunos minutos todavía a la escucha, rodearon la mancha de vegetación por el exterior y se dirigieron hacia el río, que no estaba muy lejos. Un calor sofocante reinaba bajo las infinitas bóvedas de vegetación, sin un solo soplo de viento. Parecía que del suelo surgían llamas.

Las aves habían desaparecido. Sólo cantaban entre el follaje los lagartos,

los gekko, así llamados por sus gritos, y en los charcos dormitaban, medio sumergidos, los beroá, otra especie de lagartos que a menudo alcanzan la longitud de dos metros y que son absolutamente inofensivos, pese a su tamaño.

Al cabo de un cuarto de hora, los cuatro aventureros llegaron a la orilla del curso de agua, casi frente al lugar donde se encontraba, medio sumergida, la barcaza.

— ¿Se ve a alguien? —preguntó Sandokán a Yáñez, que había llegado antes que los demás.

—Todo está tranquilo aquí —contestó el portugués.

—Parece que los dayakos han renunciado a seguirnos.

—Se habrán detenido cerca del islote. Busquemos comida.

—Es lo que estaba a punto de proponerte, señor Yáñez —afirmó Kammamuri.

Pero la comida fue muy parca, porque se compuso sólo de enormes naranjas, de búa mamplan, mangos de mala calidad que tenían un mal sabor de resina, y de durion.

Una vez apagada su sed en el río, levantaron otro attap y se refugiaron debajo para descabezar un pequeño sueño, vigilados por Kammamuri, que había declarado que no tenía en absoluto necesidad de cerrar los ojos y divertirse oyendo cantar a los gekko, que se encontraban en gran número por los alrededores.

El sueño de los tres aventureros, que no truncó ningún acontecimiento, se prolongó casi hasta el ocaso del sol. Pero el maharata no había permanecido inactivo durante todas aquellas horas y había preparado una cena inesperada para todos, que consistía en una soberbia tortuga que había sorprendido entre los cañaverales del río y que había asado sabiamente.

—Es el momento de ir a apostarnos —dijo Yáñez, cuando la tortuga hubo desaparecido en sus estómagos—. La maias puede haber vuelto ya a su nido.

—Avanzad con la mayor cautela —aconsejó Sandokán—. Si se nos escapa, no la volveremos a encontrar.

Derribaron por segunda vez el attap, arrojando los bastones y las hojas al río, y se pusieron en marcha en el momento en que el sol desaparecía detrás de los grandes árboles y comenzaban a hacerse densas las tinieblas bajo el bosque.

Sandokán se había puesto en cabeza y avanzaba lentamente, pasando entre enjambres de grandes luciérnagas, especie de lampyris, que las mujeres

dayakas y malayas suelen encerrar dentro de campanas de un vidrio muy delgado para utilizarlas como lamparillas.

Reinaba un profundo silencio en la gran selva, roto sólo de vez en cuando por el grito ronco lanzado por algún kubang, bestia que cuenta con dos amplias membranas en los costados, unidas con las patas anteriores y posteriores, que le permiten hacer vuelos de veinticinco o treinta metros.

Era todavía demasiado pronto para los animales feroces.

La pequeña expedición atravesó paso a paso la distancia que separaba la mancha de vegetación del río y finalmente llegó a los piper nigrum.

— ¿Estará? —preguntó Tremal-Naik en voz baja.

—Estoy seguro de que sí —respondió Sandokán.

— ¿Cómo podremos saberlo?

—Esperemos a que salga la luna; no debe de tardar.

— ¿Tomaremos posiciones en el pombo? —preguntó Yáñez.

—Desde allí arriba haremos fuego —repuso Sandokán.

—Patrón —intervino Kammamuri—, ¿quieres que vaya a asegurarme de que esa bestia se encuentra realmente arriba? ¿No es verdad que roncan fuertemente?

—Muy fuerte.

—Hay calamus que penden alrededor del durion y yo todavía estoy muy ágil.

— ¿Te sientes con valor?

—No llegaré hasta el nido.

—Con tal de que la maias no se percate y te lance encima algún fruto.

—Nos los han lanzado ya todos, señor.

—Ve, si quieres, y nosotros estaremos listos para hacer fuego —aceptó Sandokán.

Kammamuri se desembarazó de la carabina, colocó el tarwar entre sus dientes y se agarró a un haz de calamus que pendían de las ramas más altas del durion.

Los calamus desempeñan el papel, en Borneo y en todas las otras islas de Malasia, de las lianas, aunque pertenecen a la familia de las palmas.

Sólo tienen unos pocos centímetros de diámetro, pero alcanzan longitudes verdaderamente extraordinarias. Las hay que llegan hasta los trescientos

metros.

Son, además, de una solidez a toda prueba y sostienen incluso a bastantes hombres sin ceder.

Como todos los indios, Kammamuri era insuperable trepando y podía dar ventaja al mejor gaviero de los mares de Malasia. En pocos momentos llegó a la rama de la que pendían los calamus y se izó sobre ella, moviendo las hojas poco a poco para no atraer la atención de la peligrosa bestia.

El nido se encontraba diez metros más arriba. Como hemos dicho era una especie de plataforma de tres o cuatro metros cuadrados, compuesta de robustísimas ramas dispuestas con cierto arte.

Kammamuri esperó algunos instantes, aguzando el oído, y luego, tranquilizado por el profundo silencio que reinaba en la copa del durion, se agarró a otro haz de lianas y reanudó su ascensión.

Debajo, al pie del gigantesco árbol, Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik vigilaban atentamente, con las carabinas apuntadas al aire.

Cuando el maharata había ascendido cuatro o cinco metros llegó a sus oídos un sordo murmullo.

— ¡Está allá arriba! —murmuró—. Con esto me basta.

Estaba a punto de dejarse deslizar, ya que había averiguado lo que quería, cuando oyó crujir las ramas de la plataforma.

El maharata se quedó rígido, apretado contra el tronco del árbol, no osando moverse ya. Estaba espantado, temiendo que la bestia de un instante a otro se le echase encima y le lanzase al vacío.

Las ramas continuaban crujendo como si la maias se moviese en uno y otro sentido. Los murmullos no cesaban tampoco: quizá la bestia había olfateado la presencia del enemigo y comenzaba a inquietarse.

Kammamuri mantenía sus ojos fijos en los bordes de la plataforma y casi no osaba ni respirar.

De repente le pareció ver asomar una cabeza entre el follaje que se extendía por debajo del nido, pero fue una visión rapidísima.

Las ramas gimieron todavía unos instantes y luego volvió el silencio.

— ¡Creía que había llegado mi última hora! —Susurró el pobre maharata—. De muy poco me hubiera servido el tarwar.

Se dejó deslizar poco a poco, procurando no sacudir la rama, y llegó felizmente al segundo haz de calamus.

Ya no tenía nada que temer, pues se encontraba bastante cerca del suelo. Se deslizó un poco más y cayó entre sus tres compañeros que le esperaban ansiosamente.

— ¿Está? —inquirió Sandokán.

—Sí, patrón; está allá arriba —informó Kammamuri.

—Estaba seguro de que había vuelto a su nido. Quizás habrá subido con ella el cadáver del macho. Intentemos ver si desciende.

— ¿No vamos a tomar posiciones en el pombo? —demandó Yáñez.

—Más tarde, en el caso de que no logremos sacarla de su nido. Kammamuri, para ti el honor del primer disparo, ya que has sido el primero en desafiar el peligro. ¿Ves la plataforma?

—Sé dónde se halla, señor. Bastará disparar a lo largo del tronco.

—Tira.

El maharata alzó la carabina e hizo fuego en dirección a la plataforma.

Aún no se habían apagado los ecos de la detonación cuando se oyó allí arriba un grito agudísimo y luego el aplastamiento de ramas.

Parecía como si una masa enorme se precipitase a través del follaje del gigantesco árbol.

— ¡Atrás! —gritó Sandokán.

Apenas se habían alejado cuando cayó un cuerpo, con siniestro fragor, ante el árbol, y permaneció inmóvil.

— ¡La hemos matado! —gritó alborozado Kammamuri.

— ¡Estás loco! —Dijo Sandokán—. Todavía está allí arriba. ¿No oyes cómo ruge?

— ¿Qué es, pues, lo que ha caído? —preguntó Tremal-Naik.

—Ha lanzado el cadáver de su compañero —explicó Yáñez—. Ahora descenderá: ¡Estad en guardia! ¡Estará loca de rabia!

Allá arriba se oyeron una serie de mugidos espantosos y luego una gran sombra apareció en el borde de la plataforma.

— ¡No disparéis! —Recomendó Sandokán viendo a Tremal-Naik y Kammamuri alzar precipitadamente las carabinas—. ¡Haced fuego sólo a quemarropa!

La maias debía de haber divisado a sus adversarios a la luz de la luna que empezaba en aquel momento a aparecer.

Saltó a una rama más baja y luego se puso a descender aprovechando las madejas de los gomuti y los calamus con rapidez fulminante.

— ¡Tiene la caja! —observó Kammamuri.

—Dejadla llegar a tierra —ordenó Sandokán—. Si la suelta, perderemos la mitad de nuestras municiones. Apretaos en torno a mí.

La maias continuaba su descenso, unas veces aullando y otras mugiendo. A unos diez metros del suelo se soltó y cayó de pie.

Había levantado la caja para servirse de ella como un proyectil, pero no tuvo tiempo de poner en práctica su amenaza.

Partieron cuatro disparos, seguidos inmediatamente de otros tres.

Acribillada a balazos, porque los aventureros habían disparado casi a quemarropa, la pobre bestia cayó de rodillas llevándose las manos a la cabeza.

No obstante, intentó levantarse de nuevo, pero le traicionaron las fuerzas y se desplomó al lado del cadáver aplastado de su compañero.

—Esta sí que es una caza verdaderamente emocionante —se entusiasmó Tremal-Naik, mientras Kammamuri se apoderaba de la preciosa caja—. La caza de tigres ataca menos los nervios.

—Es verdad —respondió Yáñez—. Estos hombres de los bosques son más terribles incluso que los rinocerontes. Sandokán y yo, durante nuestras caminatas a través de las selvas del sultanato de Varauni, nos hemos encontrado más de una vez frente a estos orangutanes y, sin embargo, jamás he logrado mantenerme tranquilo en el momento de hacer fuego.

—Amigos —dijo el Tigre de Malasia—, ahora que hemos recuperado nuestras municiones pensemos en unirnos lo más pronto posible a nuestros hombres. La noche es bastante clara y realizaremos una magnífica marcha.

—Si las fieras nos dejan tranquilos —rezongó Kammamuri—. Creo que aquí hay más que en las selvas indias.

—Hay cuatrocientos cartuchos en la caja —respondió Sandokán—. Más que suficientes para batir en retirada a elefantes, rinocerontes, tigres y panteras negras... ¡Ábrela y surtámonos!

El indio, ayudándose con el tarwar, forzó la tapa; todos se proveyeron abundantemente de municiones y volvieron la espalda a la mancha de los piper nigrum, dirigiéndose al río, decididos a bordearlo hasta el islote.

10. Los búfalos salvajes

La noche era magnífica.

Había surgido ya la luna y proyectaba, en aquella inmensa masa de vegetación, torrentes de luz azulada, formando bajo los huecos de las gigantescas bóvedas grandes manchas centelleantes.

De la parte del río soplaba una fresca brisa, que hacía susurrar a las enormes hojas de las palmas, los cocos y los bananos silvestres.

En aquel océano de luz revoloteaban, como cegados por tanto esplendor, grandísimos murciélagos de alas extraordinariamente desarrolladas, hocico de zorra y el cuerpo peludo. A lo lejos mugía sordamente el Malludu, rompiéndose contra las orillas y en medio de los cañaverales que cubrían los islotes.

Sandokán, habituado a recorrer las selvas desde niño, se había orientado rápidamente y guiaba a sus compañeros hacia levante.

No había transcurrido media hora cuando se encontraron nuevamente a la orilla del Malludu, unas millas más arriba del lugar donde había naufragado la barcaza.

El río centelleaba como un gigantesco curso líquido de bronce fundido y tenía resplandores soberbios, que de vez en cuando quedaban rotos por la brusca aparición de alguna banda de gaviales hambrientos.

—Todo está tranquilo —observó Sandokán—. Intentaremos seguir el río mientras podamos.

Descansaron unos minutos y después reanudaron la marcha, bordeando la inmensa selva.

Ya no reinaba el silencio bajo los grandes árboles. Las fieras habían dejado sus guaridas y se aprestaban a la caza.

De vez en cuando un grito agudo resonaba siniestramente en la profundidad de la inmensa vegetación, propagándose bajo las bóvedas de follaje, seguido por sonidos extraños e impresionantes.

Tan pronto eran silbidos estridentes, que se sucedían con rapidez prodigiosa, como ladridos, al igual que si legiones de perros correteasen bajo los árboles; a veces eran barritos fortísimos que anunciaban la presencia de alguna banda de elefantes.

Sandokán y Yáñez, habituados ya a estos ruidos, no se preocupaban en absoluto; por el contrario, Tremal-Naik y Kammamuri, aunque habían vivido algunos años en las orillas del Kabatuán, no podían disimular que estaban algo impresionados y a cada momento armaban sus carabinas, temiendo

probablemente un imprevisto ataque.

—Dejad en paz vuestras armas —recomendaba Yáñez—. Mientras gritan o hacen ruido no asaltan. Si hubiera aquí alguna pantera negra o algún tigre no anunciaría su presencia; os lo aseguro.

Habían recorrido ya algunas millas, siempre siguiendo la orilla del río, cuando Sandokán, que se encontraba en cabeza, se detuvo de golpe asiendo rápidamente la carabina que llevaba en bandolera.

A breve distancia se oían gritos estridentes y zambullidas como si un enorme corpachón se debatiese entre las aguas del Malludu.

— ¡Eh, Yáñez! —Llamó Tremal-Naik—, parece como si hubiera alguna bestia poco tranquila en la vecindad.

—Que me coma un cocodrilo una pierna si ese animal que silba de esa forma no es un rinoceronte. ¿Qué piensas, Sandokán? ¿Tengo razón o no?

—Sí, no puede ser más que un rinoceronte —respondió el Tigre de Malasia—. Avanzad despacio y en silencio. Esas bestias son muy peligrosas cuando están rabiosas.

— ¡Yo lo sé bien! —Adujo Yáñez—. Poco faltó en Assam para que uno de ellos me destripase.

Los silbidos continuaban cada vez más estridentes, acompañados de ciertas notas agudísimas que sonaban algo así como «¡niff, niff!».

No había duda de que un drama se desarrollaba en la orilla del Malludu.

Sandokán había frenado su marcha y se había acercado al borde de la selva, para ponerse a salvo en los árboles en caso de que algún peligro amenazase a sus compañeros.

Conocía demasiado bien la brutalidad feroz de aquellos gigantescos animales para no tomar sus correspondientes precauciones.

Recorridos otros ciento cincuenta pasos, por segunda vez se detuvo el pirata ante el tronco de un durion, que extendía sus enormes ramas hasta la orilla del río.

— ¡Aquí está! —dijo—. No se encuentra ciertamente en una situación agradable.

— ¿Quién? —preguntó Yáñez.

—El rinoceronte.

— ¿Entonces no me había engañado?

—No, Yáñez.

Un enorme animal de toscas formas, con un larguísimo cuerno encima del hocico, todo él embadurnado de fango, se debatía desesperadamente en medio de las cañas que cubrían los bajos fondos del río.

Alrededor de él tenía ocho o diez monstruosos gaviales, que trataban de morderle las patas hundidas en la arena.

— ¡Pobre bestia! —Condoliose Kammamuri—. Está inmovilizada por el fango.

—Arenas movedizas —dijo Sandokán—. No podrá salir del río. Se hunde lenta y continuamente.

— ¿Lo permitiremos? —preguntó el maharata.

—Prueba a levantarlo —respondió Tremal-Naik riendo—. Se precisarían dos elefantes.

—Abreviémosle por lo menos la muerte.

—Alto ahí, Kammamuri —intervino Yáñez—. Los cartuchos son demasiado valiosos en este momento.

El pobre rinoceronte había caído justamente en un banco de arena sin fondo y los gaviales, percatándose de su crítica situación, lo habían asaltado furiosamente para devorar algo de su carne antes de que desapareciera definitivamente.

Las voraces bestias le arrancaban tiras de piel, que engullían de golpe, a pesar de su enorme espesor, y metían sus hocicos en los costados ensangrentados, sin preocuparse de las terribles cornadas que el pobre mutilado lanzaba en todas direcciones. Lo devoraban vivo, poco a poco, para arrancarlo de la tumba de arena.

— ¡Que el diablo se lo lleve! —Exclamó Yáñez—. No perdamos nuestro tiempo asistiendo a la agonía de ese bruto. No vale más que los tigres y las panteras negras.

—Que se las apañe como pueda, si es capaz —dijo Sandokán—. Tampoco a mí me gustan esas feas bestias. Adelante, amigos; y abrid bien los ojos. Los dayakos de tierra no deben de estar lejos.

Dejaron al desgraciado rinoceronte luchando con los glotones gaviales, que redoblaban sus asaltos, y reanudaron la marcha siguiendo siempre la orilla del río.

Los árboles se sucedían cada vez más numerosos y espesos, obligando al pequeño destacamento a alejarse, de vez en cuando, del Malludu.

En la selva resonaban aullidos. Parecía que centenares de fieras se

hubieran puesto a cazar y que combatiesen furiosamente entre sí.

Tan pronto eran aullidos espantosos que resonaban siniestramente bajo las infinitas bóvedas de follaje como eran silbidos estridentes junto con poderosos bramidos, o bien silbidos y extraños gorgoteos.

Los insectos, sin duda, tenían también su papel en aquel concierto ensordecedor.

Ya habían recorrido los cuatro aventureros algunas millas más, manteniéndose siempre en el borde de la selva, cuando Sandokán se detuvo de nuevo.

— ¿Otro rinoceronte devorado vivo? —bromeó Tremal-Naik.

El Tigre de Malasia, en lugar de responder, se inclinó hacia tierra y se puso a escuchar.

— ¿No oyes tú nada, Yáñez? —preguntó, después de unos instantes de silencio.

—Se diría que cae desde lo alto una masa de agua —opinó el portugués, que también escuchaba atentamente.

—Y, sin embargo, no hemos visto ninguna catarata en el Malludu —observó Sandokán.

—Es verdad —confirmó Kammamuri.

— ¿Quién puede producir este extraño fragor? —se preguntó el Tigre de Malasia.

—No puede ser un salto de agua —puntualizó Yáñez—. Por el contrario, me parece que avanza a través de la selva una multitud de animales.

— ¿Elefantes?

— ¡Yo qué sé!

También Tremal-Naik y Kammamuri se habían puesto a escuchar, intercambiando en voz baja algunas palabras.

— ¿Qué decís vosotros, los indios? —Les interpeló Yáñez—. Veamos si sois más astutos que nosotros.

—Hay animales marchando a través de la selva —respondió Tremal-Naik.

— ¿Cuáles? —preguntó Sandokán.

—Seguro que no se trata de elefantes. El paso es más ligero.

— ¿Serán entonces simios?

—No bromees, amigo —rogó Tremal-Naik—. Existe un peligro y quizá

gravísimo. No serán sólo diez o quince animales los que avanzan.

—Mejor así: tendremos una comida más abundante.

— ¡Diablo de hombre! ¡Siempre se está riendo!

— ¿Quieres que lllore, cuando tengo en mis manos una buena carabina?

—Busquemos un árbol —dijo en aquel momento Sandokán—. Si no sabemos qué animales están acercándose a través de la selva, es conveniente que tomemos a tiempo nuestras precauciones. Supongo que no serán ratones voladores.

En el borde de la selva no había, por desgracia, plantas robustas. Todo aquel trecho estaba cubierto por giunta wan, especie de plantas trepadoras que se retuercen unas alrededor de las otras, de modo que forman grupos colosales, pero de poca consistencia.

— ¡Bah! —Exclamó Sandokán—. ¡No creo que se trate de paquidermos! ¡De todas formas, amigos, vamos arriba!

El sordo fragor se aproximaba lenta y continuamente, parecía en verdad, como había afirmado Yáñez, que una multitud de animales marchase a través de la inmensa selva.

De vez en cuando los cuatro aventureros oían extraños ruidos, como los de las olas cuando se estrellan contra una playa.

— ¿Y bien, Yáñez? —consultó Sandokán, que se mostraba un poco preocupado.

—Es indudable que son animales los que avanzan —respondió el portugués—. Pero tampoco creo yo que sean elefantes, aunque tales gigantescos paquidermos sean bastante numerosos en las selvas de Borneo.

—Me asalta una duda.

— ¿Cuál?

—En cierta ocasión asistí a una enorme emigración de búfalos.

— ¿Son tan peligrosos como los búfalos indios? —preguntó Tremal-Naik.

—Más salvajes todavía, si es posible —respondió Sandokán—. Los búfalos de esta isla no tienen miedo ni siquiera a una columna de guerreros.

—De eso sé yo algo —afirmó Yáñez—. Lo he experimentado en las selvas de Labuan.

— ¡Arriba! —ordenó Sandokán.

Se agarraron a las plantas trepadoras, que se enredaban entre sí, y

ascendiendo unos cuantos metros se pusieron a salvo.

La mancha de vegetación se extendía por más de cien metros cuadrados, con abundancia de los usuales rotang y nepentes, que mostraban sus maravillosos vasos multicolores que albergaban agua, más o menos limpia, pero siempre potable. Lo malo es que no podían ofrecer resistencia a la invasión de grandes animales.

—Esperemos que no se den cuenta de nuestra presencia —arguyó Yáñez—. ¡Si los animales que avanzan fuesen elefantes, pobres de nuestras costillas!

— ¿Crees, pues, que sean verdaderamente paquidermos? —preguntó por segunda vez Tremal-Naik.

—Te lo diré cuando aparezcan —respondió el portugués—. Por ahora ten dispuestos los cartuchos.

—Si puedo me los ahorraré.

— ¡Callad! —Dijo en aquel momento Sandokán—. Están forzando su paso por la selva.

El fragor aumentaba rápidamente. Se oía cómo caían matorrales y eran aplastadas las ramas bajo unas presiones potentísimas.

Masas enormes debían de atravesar la tupida vegetación. De repente, Yáñez gritó:

— ¡Ya lo tengo!

— ¿Qué? —se interesó Sandokán.

—He oído un mugido.

— ¿Dónde?

— ¡Y otro! Sí, son búfalos salvajes los que avanzan.

—Peligrosos animales —dijo Sandokán—. Si se dan cuenta de nuestra presencia, nos asaltarán tan furiosamente que destrozarán de golpe todo este gigantesco agrupamiento de árboles. Que nadie haga fuego: os lo recomiendo. Va en ello nuestro pellejo.

— ¿Son, pues, más terribles que los indios? —volvió a preguntar Tremal-Naik.

—Indudablemente no son mejores —respondió Yáñez—. Los dayakos los temen más que a los rinocerontes.

— ¿Emigran a menudo?

—Sí, y en manadas enormes. ¡Y ay de las caravanas que encuentran a su

paso! Las asaltan con furia increíble y no dejan vivo ni un solo hombre.

—Ya están aquí —anunció en aquel instante Sandokán—. Manteneos bien agarrados a las plantas, porque, sin duda, recibiremos sacudidas poderosas.

Una manada de animales, formada por unos cincuenta gigantescos búfalos, de formas mastodónticas, con el hocico corto y amplia frente, armada con dos cuernos que se curvaban hacia atrás, avanzaba lentamente a través de la floresta abriéndose paso a testarazos.

Debía de ser la vanguardia, porque a lo lejos se sentían resonar mugidos y también caer árboles, aplastados ciertamente por los solidísimos cuernos de unos animales tan pesados y robustos.

—Son casi tan grandes como rinocerontes —observó Tremal-Naik—. Los de la India no tienen esta mole.

Una vez ante el conglomerado de plantas trepadoras, la vanguardia se detuvo un momento para buscar un paso y luego, al no encontrarlo, retrocedieron para tomar impulso.

— ¡Manteneos firmes! —dijo Sandokán—. No respondo de la vida del que caiga.

— ¡Tampoco de ésta teníamos que librarnos! —farfulló Yáñez—. ¿Cuándo podremos llegar al lado de nuestros hombres y caminar hasta el lago?

En aquel momento cargaban los búfalos salvajes con furia increíble, la cabeza baja y los cuernos por delante.

Pareció que pasase a través de la vegetación un ciclón espantoso.

Aquellas enormes masas, lanzadas como gigantescos arietes, derribaron las plantas trepadoras, trazando un enorme surco y destrozando todo lo que encontraban a su paso.

Giunta wan, calamus, rotang y nepentes caían por todas partes, enrollándose como monstruosas serpientes.

La carga había sido dirigida hacia el lugar donde se habían refugiado los cuatro aventureros.

¡Fue un momento terrible! Los cuatro hombres, aunque sólidamente agarrados, se sintieron volar por los aires como si hubiera estallado una mina bajo ellos.

Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik volvieron a caer entre las espesas redes formadas por las plantas trepadoras: pero el pobre Kammamuri no tuvo tiempo de agarrarse nuevamente a los sarmientos y fue a caer a horcajadas de un gigantesco toro de pelambre negrísimo.

Se oyó resonar un grito, confundido entre los mugidos de las bestias.

— ¡Patrón! ¡Socorro!

— ¡Ha caído el maharata! —gritó Yáñez.

— ¿Dónde? —se interesaron Sandokán y Tremal-Naik.

— ¡Allí...! ¡Mirad!

Llegó hasta ellos la misma voz de antes.

— ¡Patrón! ¡Socorro!

En medio de la manada vieron en aquel momento al pobre maharata, a horcajadas sobre el toro, agarrado desesperadamente a los larguísimos cuernos.

— ¡Kammamuri! —gritaron—. ¡Kammamuri!

El indio no tuvo tiempo de responder. El toro, sorprendido al sentirse encima aquel peso insólito y creyendo quizá que algún tigre o alguna pantera le habían agredido, se había lanzado en una carrera desesperada a través de la selva, seguido por toda la vanguardia.

Atravesaron en un momento aquel grupo de plantas trepadoras y desaparecieron en las tinieblas con un fragor formidable.

— ¡Está perdido! —Exclamó Yáñez—. ¡Bajemos!

Pero Sandokán le retuvo rápidamente.

— ¡No cometamos locuras! —recomendó—. Viene avanzando el grueso de la horda. ¿Quieres que te machaquen?

— ¿Y ese desgraciado?

—Dejémosle galopar, por ahora —respondió Sandokán—. Kammamuri no es lerdo y sabrá, en el momento oportuno, salir del lío sin contar con nosotros. ¿Qué dices tú, Tremal-Naik?

—Que no siento demasiada inquietud por mi maharata —agregó el indio que, en efecto, aparecía bastante tranquilo—. Estoy seguro de que no se dejará llevar muy lejos.

—Con tal de que los camaradas del toro no lo maten a cornadas —dijo Yáñez, más bien inquieto.

—El animal en estos momentos los habrá dejado atrás. ¡Galopaba como si tuviera fuego bajo el vientre! —Observó Sandokán—. Dejemos pasar el grueso ahora; más tarde nos ocuparemos de Kammamuri.

El grueso de la manada, formado por lo menos por dos centenares de

hembras, con unos cincuenta terneros, surgía en aquel momento de la floresta dirigiéndose hacia la mancha de vegetación, en la que ya les habían abierto camino.

Eran magníficas bestias, de pelambre negro con algunas manchas blancas, de aspecto salvaje y armadas también con cuernos formidables.

Eran menos corpulentas que los machos que formaban la vanguardia, pero, no obstante, de mayor longitud y altura que nuestras vacas.

Desfilaban en grupos a través del gran surco abierto entre las plantas trepadoras, deteniéndose algunos instantes para mordisquear las hojas y las hierbas, y luego a su vez desaparecieron en las lúgubres profundidades del inmenso follaje, haciendo resonar en el aire sus sordos mugidos.

—La emigración debe de haber acabado —dijo Sandokán, después de haber escuchado atentamente durante unos minutos—. Podemos descender y buscar a Kammamuri.

— ¿Lograremos encontrarlo? —se inquietó Yáñez.

—Tan sólo tendremos que seguir el camino abierto por los toros de vanguardia y no nos equivocaremos.

— ¿Y si ese maldito toro hubiera tomado otra dirección?

—Volverá, tarde o temprano, a reunirse con los demás. Estos animales saben como nosotros que no es prudente ir en solitario a través de estas selvas, que sirven de refugio a panteras negras y a bastantes tigres... Vamos, amigos; por ahora no tenemos nada que temer.

Abandonaron su refugio aéreo y se dispusieron a seguir las huellas dejadas por los búfalos.

En su carga impetuosa, la vanguardia había abierto un cómodo sendero que se alejaba del río. Estaba atestado de jóvenes árboles destrozados, ramas, hojas descomunales y festones de plantas parásitas, pero, a pesar de todo, muy practicable y que permitía a los tres aventureros avanzar con cierta velocidad.

Sin embargo, temiendo la vuelta de los animales emigrados, prudentemente de cuando en cuando hacían paradas y se ponían a escuchar.

Llevaban ya caminando una buena media hora, apresurando cada vez más el paso, cuando oyeron de improviso un disparo, seguido casi inmediatamente por otro.

— ¡La carabina de Kammamuri! —exclamó Tremal-Naik deteniéndose de repente.

—Sí, no te equivocas —añadió Yáñez—. Es tu maharata quien ha hecho

fuego.

—Habrá matado al búfalo —dijo Sandokán— para impedirle que le llevase demasiado lejos.

—Vamos a avisarle de nuestra presencia —indicó Tremal-Naik—.  Desde qué distancia puede haber disparado?

—Desde no más de media milla —respondió Y n ez—. Cont stale en seguida.

El indio levantó su carabina y disparó un tiro; luego otro tras un intervalo de veinticinco o treinta segundos.

Un momento después, ante su estupor, oyeron cinco disparos, uno tras otro, mucho más débiles.

—  Cinco disparos! —Exclamó Sandokán—.  Qu  significan?  Qui n puede haberlos disparado?

—Yo apostaría que son tiros de pistola y no de carabina —apreció Y n ez, que parecía extraordinariamente inquieto.

—Y Kammamuri no tenía ninguna arma corta —a nadi  Tremal-Naik.

—Prueba a disparar también t  un tiro, Y n ez —observó Sandokán—. Veamos si responden todavía; y t , Tremal-Naik, vuelve a cargar a toda prisa tu arma. En esto hay algún misterio.

Obedeció el portugués, pero aquel tercer disparo de carabina quedó sin respuesta.

—  Qu  habrá sucedido? —se preguntó Tremal-Naik con voz angustiada—.  Habr n sorprendido a Kammamuri los dayakos?

—Los de tierra no poseen armas de fuego —informó Sandokán—. Prefieren sus cerbatanas y sus flechas envenenadas con el jugo del upas.

—No discutamos más, amigos —dijo Y n ez—. Ahora sabemos ya aproximadamente de dónde han partido los disparos. Corramos.

—No con tanta furia, hermano. Pueden estar por aquí los dayakos y hacernos caer en una emboscada. Tomemos nuestras precauciones y sobre todo intentemos no hacer ningún ruido.

—Tienes razón, Sandokán —respondió Tremal-Naik—. Esta inmensa selva se presta demasiado bien a las asechanzas.

Reanudaron su marcha, siguiendo aún el camino practicado por los búfalos, porque se dirigió precisamente en dirección al punto donde se habían disparado los siete tiros.

Sandokán miraba hacia adelante, Yáñez y Tremal-Naik vigilaban los dos bordes de la floresta, el uno a la derecha y el otro a la izquierda.

Había vuelto a reinar el silencio bajo los grandes árboles. Solamente de vez en cuando un aullido lo rompía, y era a gran distancia.

Los tres hombres caminaban bastante rápidos, con la vista y el oído alerta, y los dedos en el gatillo de sus carabinas, temiendo en cualquier instante ver surgir ante ellos algún destacamento de aquellos terribles habitantes de los bosques, temibles coleccionistas de cabezas humanas.

Una gran preocupación turbaba su espíritu, aunque fueran hombres ya avezados a todas las aventuras y a todas las sorpresas.

¿Quién podía haber disparado aquellos cinco pistoletazos? Los dayakos, ciertamente, no podían haber sido, ya que se servían de sus espingardas, sus mirim y los lilá instalados en sus praos, armas que los javaneses y los de Sumatra, sus vecinos, usaban desde hacía ya trescientos años.

¿Había sido quizás algún europeo perdido en medio de la infinita selva y que había acudido en socorro del maharato?

Sandokán había comenzado a refrenar su paso. Por instinto, presentía que le esperaba alguna emboscada, quizá tendida con habilidad.

—Despacio, Yáñez —dijo—. ¿Qué te parece si comenzamos una de aquellas famosas marchas aéreas con que se la pegábamos tan bien a los ingleses de Labuan? Ahora ya somos prácticos en tales audacias; ¿no es verdad? Y creo que Tremal-Naik, habituado a atravesar las espesas junglas de las Sunderbunds, no encontrará dificultad en seguirnos.

— ¿Se trata de asirse a los calamus? —preguntó el indio, mirando alrededor con aire dubitativo.

—Y de pasar a través de la selva sin atraer la atención de los enemigos, si los hay.

—Ya no soy joven; sin embargo, creo que estoy todavía bastante ágil.

—Sobre todo, nada de apresuramientos ni ruidos.

—Seguiré vuestros movimientos.

—Arriba, Yáñez —dijo Sandokán—. Es el único modo de eludir las emboscadas. Acuérdate de nuestras marchas aéreas en Labuan.

—Déjame hacer.

La selva en aquel lugar estaba formada en su mayor parte por plantas trepadoras y plantas parásitas, entrelazadas de modo que componían redes gigantescas que hubieran sido sin duda la delicia de una banda de muchachos.

Primero Sandokán y luego los otros dos subieron rápidamente y comenzaron su marcha aérea en el mayor silencio.

Antes de avanzar probaban, con pequeños golpes, la solidez de las ramas y de las plantas parásitas, y luego se lanzaban para asirse a las más próximas.

Algunos mugidos, que provenían de cualquier punto de la densísima mancha de vegetación, les advirtieron que finalmente habían dado alcance a los búfalos emigrantes.

— ¿Estará el toro que ha raptado a Kammamuri todavía junto a la manada? —Se preguntó Sandokán—. Por lo que parece, el misterio se complica.

—Si los búfalos se han detenido, quiere decir que no hay dayakos —argumentó Yáñez.

— ¡Sin embargo, esos cinco pistoletazos no los habrán disparado los árboles!

—Eso es precisamente lo que me da qué pensar, querido Sandokán.

—Continuemos nuestra marcha. Si los dayakos estuvieran aquí, los búfalos salvajes, que son extraordinariamente suspicaces, no se hubieran detenido.

—Eso es lo que pienso yo también —dijo Tremal-Naik.

Sandokán se agarró a una madeja de rotang y reanudó su avance, deslizándose de liana en liana.

Había recorrido otros cien metros cuando se le escapó un ligero grito.

— ¡Está aquí!

— ¿Quién? —preguntaron a la vez Yáñez y Tremal-Naik.

—El toro.

— ¿Dónde?

—Aquí, justamente bajo nosotros.

— ¿Es posible?

—Mira hacia el hueco que ha abierto la vanguardia. ¡No soy ciego!

Yáñez y Tremal-Naik se inclinaron a través de una madeja de sólidos calamus y divisaron en efecto una enorme masa oscura tumbada cerca de un grupo de plantas gumíferas.

— ¿Es ese toro el que ha raptado a Kammamuri? —preguntó el portugués.

—Estoy seguro de no equivocarme —dijo Sandokán.

— ¿Lo habrá matado Kammamuri?

—Eso es lo que ahora comprobaremos —replicó el Tigre de Malasia—. Las balas de carabina producen heridas mucho más profundas que las de pistola, y nosotros, gente de guerra, sabemos mucho de ello.

— ¿Debemos bajar? —inquirió Tremal-Naik.

Sandokán estaba a punto de contestarle cuando le puso una mano en el hombro al Indio y susurró rápidamente:

— ¡Alto! ¡No te muevas!

— ¿Qué ocurre ahora? —preguntó Yáñez en voz baja.

— ¿Veis como hemos hecho bien en preferir el camino aéreo? Viene alguien.

— ¿Quiénes?

—Exploradores dayakos. Que nadie se mueva y que nadie haga fuego sin órdenes mías.

Dos sombras humanas avanzaban, casi arrastrándose bajo aquellas gigantescas moles de vegetación, deslizándose entre las raíces que culebreaban, como serpientes colosales, por el suelo.

No se necesitaba mucho para reconocer que eran dos hijos de los bosques, dos terribles coleccionistas de cabezas humanas, porque estaban casi completamente desnudos y armados con esos largos tubos de bambú llamados sumpitan, soplando en los cuales lanzan flechas envenenadas con el upas.

Avanzaban con infinitas precauciones, deteniéndose de vez en cuando para aplicar el oído a tierra a fin de recoger mejor los rumores más débiles.

Se habían detenido nuevamente bajo los calamus y los nepentes que ocultaban a los tres aventureros, quizás para descansar un poco.

— ¡Nada todavía! —había exclamado uno, plantando rabiosamente en tierra la cerbatana, que estaba provista en su extremo superior de una punta de lanza—. Y sin embargo, tienen que pasar por aquí.

— ¡Con tal de que no hayan pasado ya! —respondió el otro—. ¿Eran tres?

—Sí, porque a uno lo hemos capturado nosotros.

— ¿Habrán seguido la marcha de los búfalos salvajes?

— ¿Con qué objeto?

—Para procurarse carne.

—No hemos oído otros tiros de fusil.

—Dirijámonos hacia el río. Su meta debe de ser el islote en que se han

refugiado sus hombres. En cualquier lugar los sorprenderemos y los alcanzaremos con nuestras flechas.

—Ten cuidado de no matar al hombre blanco.

—Ya me han advertido. No perdamos tiempo.

Los dos dayakos, después de haber mirado a derecha e izquierda, se adentraron de nuevo en la selva, abandonando el hueco abierto por los búfalos salvajes.

— ¡Ha sido hecho prisionero! —Se lamentó Tremal-Naik, cuando cesaron todos los ruidos—. ¡Mi pobre Kammamuri!

—Me lo había imaginado —dijo Yáñez.

— ¿Qué haremos ahora?

— ¿Qué? ¿Y lo preguntas? —Exclamó el Tigre de Malasia con estupor—. Ya que nuestros hombres se encuentran todavía en el islote, nos ocuparemos de tu fidelísimo servidor, Tremal-Naik. No tenemos la costumbre de abandonar a los amigos.

— ¿Dónde lo habrán conducido?

—Esos dos dayakos han dejado huellas. Las seguiremos y veremos dónde acaban. Descendamos y vayamos a ver con qué arma han matado a este toro. Quiero sobre todo aclarar el misterio de estos cinco pistoletazos.

—Yo también —dijo Yáñez.

Se mantuvieron todavía algún tiempo a la escucha y luego, tranquilizados por el profundo silencio que reinaba en la inmensa selva, se dejaron deslizar por los calamus para llegar felizmente a tierra.

El búfalo yacía sobre su costado derecho, casi apoyado en un grupo de plantas. Le sobresalía la lengua y un reguero de sangre había salido de su boca.

—Debe de ser éste —observó Yáñez—. Es totalmente negro, con una mancha blanca en el dorso.

—Observemos las heridas —respondió Sandokán—. Dos, cuatro, cinco orificios y todos en el flanco izquierdo, uno junto a otro. Son heridas producidas por balas redondas de pistola y no proyectiles cónicos de carabina. ¿Quién puede haberlo matado?

— ¿No hay heridas producidas por la carabina de Kammamuri? —preguntó Tremal-Naik.

—No veo ninguna.

— ¿Contra quién habrá hecho fuego?

—Probablemente contra los dayakos que le perseguían.

—Pero no veo a ningún muerto.

—Esos salvajes tienen la costumbre de llevarse consigo a sus muertos, para sepultarlos en sus kotta —aclaró Yáñez.

— ¿Habrán decapitado a mi pobre servidor?

—No lo creo, Tremal-Naik —dijo Sandokán, que parecía reflexionar intensamente—. ¿Sabéis, queridos amigos, qué pienso yo en estos momentos?

— ¡Habla! —apremiaron al unísono el portugués y el indio.

—Que con los dayakos había algún hombre blanco.

— ¡Es imposible! —exclamó Yáñez.

— ¿Por qué, hermano? Me han dicho que el raja del lago tiene dos hijos y uno de ellos podría haber llegado aquí para interferir a tiempo en nuestro avance. Sigamos las huellas de estos dos espías y veamos adónde van a parar. No las dejaremos hasta que hayamos sabido qué le ha ocurrido al bravo Kammamuri.

— ¿Y nuestros hombres? —preguntó Tremal-Naik.

—Hasta que no nos vean volver no dejarán el islote, te lo aseguro —afirmó el Tigre de Malasia—. Tienen armas y municiones: pueden defenderse y matar. ¡Vamos, en marcha!

11. La reaparición del «Griego»

Como ya hemos dicho, Kammamuri, lanzado al aire por el choque formidable de la vanguardia de los toros, no había tenido la suerte de sus compañeros de asirse en seguida a los rotang y nepentes.

Habiendo caído a través de un gran hueco de la red vegetal, se había desplomado desde una altura de media docena de metros y caído afortunadamente, después de un par de piruetas sobre sí mismo, justamente a horcajadas de una magnífica bestia.

Como no había perdido su sangre fría y había comprendido que no saldría ciertamente vivo si se dejaba deslizar hasta el suelo, rápidamente se había agarrado a los cuernos con toda su energía.

El animal, creyendo sin duda que había sido asaltado por algún tigre o

alguna pantera negra, se había precipitado en una carrera vertiginosa mugiendo desesperadamente, seguido por toda la vanguardia.

Aquella fuga constituía, por lo menos por el momento, la salvación del indio. Como tenía la carabina en bandolera y las municiones bien seguras, se había echado a lo largo del lomo del toro y se dejaba transportar en aquella carrera desenfrenada. El animal corría furiosamente, desarraigando con ímpetu irresistible los matorrales que le impedían el paso y haciendo saltar de golpe rotang y nepentes.

Las ramas, arrancadas con violencia, flagelaban cruelmente al pobre indio, pero aquel valiente se guardaba mucho de abandonar su extraña cabalgadura.

Saltar, lanzado a aquella carrera, le habría sido ciertamente fatal.

—Se cansará de correr —murmuraba el indio—. No tiene una máquina de vapor en el vientre.

La vanguardia se había quedado ya retrasada y quizá se había desviado, abandonando a su compañero a su destino.

Kammamuri ya no oía los mugidos de todos aquellos animales galopantes; sólo oía el aplastamiento de ramas y arbolillos, tronchados o, mejor, casi segados por el furibundo animal.

Ya llevaba más de media hora de duración aquella carrera, siempre al mismo ritmo y Kammamuri, asustado, comenzaba a preguntarse dónde acabaría y cómo podría detenerla, cuando el toro se precipitó en un amplio estanque de agua, que formaba una especie de charca unida quizás al Malludu por algún canal.

— ¿Dónde me lleva ahora este infernal animal? —Se preguntó el indio—. Si no lo fulmino con dos tiros, quién sabe dónde iremos a rompernos el cuello.

Estaba a punto de empuñar el fusil cuando se dio cuenta de que el toro se había puesto a nadar.

— ¡Oh! —murmuró—, el agua es aquí profunda y quizás debajo haya arenas movedizas. Es mejor esperar a que llegue a la orilla.

El búfalo avanzaba ligero, con renovado vigor a causa del baño. Pero seguía siendo presa de una vivísima inquietud y, de vez en cuando, sacudía sus lomos para desembarazarse de aquel caballero, aunque todavía no había recibido de él ningún zarpazo.

De repente, Kammamuri lo vio detenerse y lanzar un prolongado mugido.

— ¿Estará a punto de hundirse? —se preguntó.

Alzó la cabeza y miró alrededor con cierta angustia porque le había

asaltado la sospecha de que en aquella charca se encontrasen los gaviales glotones que había visto en el Malludu, lo que no era improbable, porque estos congéneres de los cocodrilos africanos habitan también los estanques fangosos además de los grandes ríos.

Se tranquilizó en seguida al no ver emerger a ninguno de aquellos largos y sutiles hocicos armados de formidables dientes.

— ¡Y sin embargo este toro debe de haber olfateado algún peligro! — murmuró—. Me basta con que me lleve a tierra, y luego que se vaya con Siva o con Visnú, poco me importa.

En efecto, el búfalo no parecía tranquilo. Tan pronto se apresuraba a nadar con furia, llevando la cabeza alzada para no tragar el agua fangosa de la charca, como, por el contrario, se detenía bruscamente, lanzando coces en todas direcciones y emitiendo mugidos cada vez más roncós.

Algunas manchas de sangre ascendían a intervalos a la superficie a lo largo de los flancos del pobre animal, tiñendo el agua de un rosa pálido.

— ¡Ahora lo comprendo! —Pensó de repente Kammamuri, que procuraba por todos sus medios no dejar las piernas colgando—. Son las sanguijuelas las que lo martirizan. ¡Arre, moreno, adelante si quieres salvar tu piel! Nada puedo hacer por calmar tus dolores. ¡Arre, vamos, llévame pronto a tierra!

Sacó de su cintura el tarwar, y pinchó un poco al animal cerca de las orejas.

El búfalo sacudió la testuz, emitiendo un mugido ronco, y apresuró su carrera, es decir, su nado.

Cinco minutos después llegaba a la orilla opuesta y se lanzaba nuevamente a una carrera desenfundada a través de la vegetación.

De sus costados sangrantes caían puñados de sanguijuelas gordísimas, las cuales iban en seguida a aplastarse en medio de las altas yerbas en espera de una nueva presa, ya que las de Borneo están acostumbradas a vivir indiferentemente en el fondo de los pantanos o en los bosques.

El búfalo, recuperado su vigor por aquel largo baño, había reanudado su carrera más endiablada que antes, como si sus fuerzas hubieran aumentado considerablemente pese a la sangría.

Había encontrado ante él un sendero, abierto por algún rinoceronte o algún elefante, y corría por él como una tromba marina.

Ya llevaba una veintena de minutos de galope cuando Kammamuri, que ya se disponía a fulminar con una descarga de carabina a aquel terrible corredor, que no mostraba intenciones de detenerse, oyó gritar una voz en purísima

lengua india.

— ¡Alto!

Se volvió rápidamente y vio a bastantes individuos lanzarse fuera de la selva armados de kampilang, cerbatanas y parang.

— ¡Los dayakos! —gritó.

Como tenía ya la carabina en sus manos, la apuntó rápidamente contra aquellos salvajes que acudían aullando e hizo fuego, sin ni siquiera tomarse la molestia de apuntar.

Oyó dos gritos, y luego cinco disparos, uno tras otro.

El búfalo salvaje, acribillado de balas, se encabritó para caer luego de costado, golpeándose la cabeza contra un grueso árbol.

Kammamuri, lanzado por los aires, realizó dos saltos de campana hacia adelante y cayó al suelo, donde quedó sin conocimiento.

Cuando el desgraciado volvió en sí, ya no se encontraba al lado del toro.

Siete u ocho hombres lo llevaban en una especie de angarillas formadas por ramas de árbol y hojas entrelazadas.

Tenía las piernas y brazos estrechamente atados con cuerdas vegetales y alrededor del cuerpo una especie de red de fibras de coco, que le envolvía por completo, impidiéndole cualquier movimiento.

Detrás de las angarillas trotaban unos treinta dayakos, que llevaban enormes aros de cobre en las orejas y faldas de un tejido azul turquesa.

Todos iban armados con cerbatanas y parang pesadísimos, con las puntas acanaladas.

Kammamuri, que conocía muy bien la lengua de aquellos salvajes, ya que había permanecido mucho tiempo en el Kabatuán junto con Tremal-Naik, que había fundado allí una gran hacienda, destruida luego por aquellos feroces hijos de la selva, alzó la cabeza y preguntó a uno de los portadores de las angarillas:

— ¿Adónde me lleváis?

El dayako sacudió la cabeza, esbozó una ligera sonrisa y no respondió nada.

— ¿Estás sordo? —gritó Kammamuri exasperado—. Te he preguntado dónde me lleváis.

—Pregúntaselo al orang-kaja (señor) —respondió el salvaje.

— ¿Quién es ese señor?

—Un hombre blanco.

— ¿El raja del lago?

—No: aquel está demasiado viejo para moverse.

— ¿Dónde está ese orang-kaja?

—Sigue a la retaguardia.

—Ve a llamarlo.

—Tenemos demasiada prisa en este momento —adujo el salvaje.

— ¿Y tendré que permanecer así mucho tiempo?

—No sé nada.

—Eres un estúpido.

—Ve a decírselo al orang-kaja.

—Más bien será un orangután. Vuestros jefes se parecen a los maias.

El dayako se encogió de hombros y no respondió. Verdaderamente, Kammamuri mentía, porque los dayakos son los hombres más guapos y mejor constituidos que se encuentran en las grandes islas del archipiélago malayo.

De elevada estatura y facciones bellísimas, formas casi siempre hercúleas, tez apenas bronceada, compiten victoriosamente con los malayos, los buguises, los macassarenses y, sobre todo, los negritos y los eta.

Los salvajes aceleraban cada vez más su carrera, adentrándose en la gran selva. Parecía que se mantenían alejados del río, o así al menos lo suponía el prisionero.

Comenzaba a rayar el día cuando llegaron ante un pequeño poblado fortificado, una kotta rodeada de altísimas empalizadas y defendida por profundos fosos llenos de sarmientos espinosos, obstáculos casi invencibles para quienes tienen la pésima costumbre de caminar con los pies descalzos.

Pasaron por un puente volante lanzado sobre aquellas peligrosas aberturas y entraron, siempre a la carrera, en la fortaleza, donde se detuvieron ante una amplia cabaña que se erguía en la gran plaza, circundada por viviendas de menor tamaño.

Le quitaron a Kammamuri la red, le soltaron las ataduras que le apretaban las piernas y lo lanzaron brutalmente al interior de la vivienda, gritándole:

— ¡Date prisa, gandul! Ya te hemos llevado bastante; pero tu cabeza lucirá más tarde en nuestra colección.

— ¡Que antu y Buan (genios malos de los dayakos) os lleven al infierno!
—respondió el desgraciado indio.

La cabaña estaba casi vacía, ya que en ella sólo había algunas esteras multicolores y alguna pieza de cerámica, pero Kammamuri percibió en seguida, no sin una profunda angustia, una especie de palco en el que se mostraban tres o cuatro docenas de cabezas humanas, sabiamente disecadas.

— ¡Buen lugar! —dijo—. ¿Querrán asustarme simplemente, o mi cabeza tendrá que ir, tarde o temprano, a hacer compañía a esos cráneos? Como soy indio, seguramente sería envidiada por las restantes tribus.

Estaba contemplando aquella horrible colección cuando oyó detrás de él una voz que decía en pura lengua assamesa:

— ¿Podemos hablar un poco, señor secretario del generalísimo de Assam? Estaréis asombrado de encontrarme aquí, ¿verdad?

Kammamuri dio un salto hacia atrás, al haber reconocido en seguida a quien así le hablaba.

— ¡Por Siva! —exclamó, volviéndosele gris la tez; es decir, palidísima—. ¡El favorito del ex raja de Assam!

—Sí, el griego Teotokris.

El estupor de Kammamuri era tal que durante algunos minutos no fue capaz de articular palabra.

El griego lo miraba, sonriendo irónicamente, contento por el espanto que se traslucía de las facciones alteradas del maharata, manteniendo sus manos sobre las culatas de dos espléndidas pistolas, de cañón doble, con taraceas de nácar.

— ¡Vos! —murmuró finalmente con voz entrecortada.

— ¿Os sorprende encontrarme en Borneo?

— ¿Cómo habéis llegado aquí?

—Esto es un secreto que sólo me pertenece a mí.

— ¿No me estaré equivocando?

—No lo creo, porque soy realmente el griego Teotokris, el ex favorito del raja de Assam.

—Sin embargo, todavía creo estar soñando.

—Dentro de poco lo veremos.

— ¿Qué queréis decir?

En lugar de responder, el griego se fue a un ángulo de la cabaña, tomó un enorme caparazón de tortuga, le dio la vuelta y se sentó encima, diciendo:

—Ahora podemos hablar, señor secretario del generalísimo de Assam. ¿Queréis también tomar asiento?

—No tengo necesidad de él —respondió el maharata.

— ¿Dónde habéis dejado a vuestro patrón y señor?

—En la desembocadura del río.

—No comencéis a mentir, señor secretario —dijo el griego, siempre irónico—. Aunque es verdad que vuestra barcaza de vapor ha escapado al asalto de mis dayakos y que la corriente se la ha llevado, no es menos verdad que yo no creo que haya llegado a la barra del Malludu. No os habría sorprendido aquí, en plena selva, señor secretario del generalísimo.

Kammamuri miró al griego, que continuaba sonriendo irónicamente, y luego le dijo con voz airada:

—Parece que os place mucho bromear, ¿verdad, señor Teotokris?

— ¿No era acaso el favorito de aquel desgraciado raja que tanto se complacía con las personas alegres? Pero no intentéis cambiar de conversación, señor secretario del generalísimo. Os había preguntado dónde se encuentra vuestro patrón.

— ¿Tanto os interesa saberlo?

— ¡Bah, me importa muy poco! Quien me interesa es el otro.

— ¿Quién?

—El nuevo raja, ese bribón portugués, ese miserable aventurero que ha querido luchar contra mí. Ese perro no conoce todavía a los griegos del archipiélago y no sabe lo vengativos que somos. Podemos morir, pero antes dejamos siempre un terrible recuerdo.

—Lo habéis llamado miserable aventurero —dijo Kammamuri, que había recuperado poco a poco su sangre fría—. Ignoráis, pues, la fuerza que posee ese hombre y en cuántas batallas ha combatido, junto con su compañero, aquí en la India.

— ¡Ah! ¿Estáis hablando, secretario del generalísimo, del que se hace llamar pomposamente el Tigre de Malasia? También arreglaré cuentas con ese canalla; ¡no lo dudéis!

—Si esos dos valientes estuvieran aquí, no osaríais hablar de esta forma.

— ¡Oh, no tengo miedo de esos dos aventureros!

— ¡Ya lo probasteis el día en que el señor Yáñez, en la corte del raja de Assam, os metió tres buenas pulgadas de acero en el pecho! —Recordó Kammamuri—. ¿Os acordáis, señor Teotokris?

Los ojos del vengativo hijo del archipiélago griego brillaron como una llama siniestra y sus facciones se alteraron espantosamente.

Con un rápido gesto se abrió el jubón, desgarró rabiosamente su camisa y puso al descubierto su pecho.

— ¡Aquí está la cicatriz! —Dijo luego con voz entrecortada por la ira, mostrando una señal blanquecina que se destacaba en su piel morena de pescador de esponjas—. Sólo desaparecerá con mi muerte; pero con mi muerte tendrá que desaparecer también el hombre a quien se la debo.

—Será un poco difícil —observó Kammamuri—. El señor Yáñez y el Tigre de Malasia son hombres capaces de volver el mundo al revés.

El griego estalló en una risotada.

— ¿Lo creéis así, señor secretario del generalísimo?

—Llamadme simplemente Kammamuri —respondió el maharata, fastidiado por aquella continua ironía—. También podéis dejar de lado el tratamiento, porque todos me han tuteado siempre, ya que jamás he sido raja, ni de Assam ni de Bengala y mucho menos de las grandes islas malayas.

—Tienes razón: hablaremos así más de prisa. Las florituras estropean a veces las conversaciones.

Sacó de un bolsillo una magnífica pitillera de oro, con iniciales de brillantes y esmeraldas, regalo del ex raja de Assam, tomó un cigarrillo y lo encendió con toda calma.

—Hablemos —dijo luego, echando al aire una bocanada de humo perfumado.

—Llevamos ya media hora haciéndolo, señor Teotokris, sin llegar a ninguna conclusión.

—Porque tú no has querido —respondió el griego—. Por lo demás, yo no tengo prisa.

— ¿Qué queréis, pues, de mí?

—Saber dónde está escondido el nuevo raja de Assam y por qué motivo ha dejado el reino y ha venido a meterse en estas selvas.

—Ya os he dicho que se encuentra justamente aquí.

—No me basta —dijo el griego—. Quiero saber dónde se han refugiado.

Sé que ya solamente son tres.

—Que valen por trescientos.

—Aunque valiesen por tres mil, no me interesaría, porque puedo disponer con un simple gesto de diez mil dayakos.

— ¿Quién os los facilitará? —preguntó Kammamuri, irónicamente.

—El raja blanco del lago de Kin-Ballu.

— ¿Os habéis convertido en su generalísimo?

—Pudiera ser —admitió Teotokris—. Pero esto no te concierne a ti. Hoy soy el más fuerte, y basta.

— ¡Podríais engañaros, señor! El raja de Assam, mi patrón, y el Tigre de Malasia tienen todavía un buen número de guerreros que se ríen de vuestros famosos dayakos.

— ¡Que salgan del islote si son capaces! Un día u otro el hambre les obligará a pasar a una u otra orilla, y allí encontrarán su tumba.

—Corréis demasiado, señor Teotokris. El río abunda en gaviales y en tortugas, y no se morirán de hambre, os lo aseguro. Son hombres capaces incluso de nutrirse sólo con hojas de árbol.

— ¿Quiénes sois vosotros? —gritó el griego furibundo.

—Hombres capaces de todo.

— ¡Por mi muerte! Veremos si en la cabaña aérea sabrás tú alimentarte con las hojas que cubren el techo.

—Probaremos, en cuanto sepa a qué os referís, señor ex favorito del raja de Assam.

— ¡Mil demonios del infierno! Ahora eres tú el que tratas de bromear y reírte de mí.

— ¿Yo? —Exclamó Kammamuri—. De ninguna manera, señor. Soy un pobre siervo y nada más, y no tengo la costumbre de bromear con los peces gordos, sean indios o europeos.

— ¿Quieres acabar ya? —aulló el griego.

— ¿Acabar qué, señor Teotokris?

—De cambiar de conversación.

—No sé qué queréis decir, señor mío.

— ¡Por la muerte de todos los rinocerontes de la Tierra! Quiero saber dónde se encuentra el raja de Assam.

—Pregúntaselo al búfalo que me ha traído. ¿Sé yo adonde me ha conducido? Me encontraba en un árbol; caí encima de una bestia que derrumbaba a cornadas la selva y no sé adónde he ido a parar.

— ¿Y tus compañeros?

—Se han cuidado muy bien de dejarse caer —respondió Kammamuri—. Han sido más astutos o más afortunados que yo, señor. No os estoy contando cuentos.

—Te creo, porque he sido yo quien ha matado al búfalo salvaje junto con Nasumbata. Ha caído como una pera madura bajo los disparos de nuestras pistolas. Por lo demás, me hubiera gustado traerlo aquí y arrancarle una buena chuleta para mi comida. Se la comerá algún otro, pero al hacerlo caerá en la trampa.

— ¿Quién? —preguntó Kammamuri.

— ¡Basta, señor mío! Los griegos del archipiélago no tienen la costumbre de revelar todos sus pensamientos al primero que pasa. ¿Tú no sabes, pues, dónde se han refugiado el raja de Assam y sus compañeros?

—No; ya os lo he dicho.

Teotokris arrojó la colilla del cigarrillo, encendió otro y luego, después de un breve silencio, volvió a hablar:

—Te crees fuerte, y no lo eres en absoluto. Dentro de algunos días nos volveremos a ver, queridísimo amigo. Te advierto que las hojas de banano y de arenga saccharifera que cubren el techo de la cabaña aérea serán un poco duras, incluso para tus dientes.

Dio una palmada; cuatro dayakos, que probablemente estaban en el exterior en espera de una llamada, entraron empuñando terribles parang de acero, centelleantes como espejos.

El griego se limitó a hacer un ademán.

Los cuatro guerreros agarraron brutalmente a Kammamuri y lo empujaron afuera, gritando amenazadoramente.

— ¡No sois nada amables, pedazos de arguilak! —dijo el indio, intentando rebelarse.

Le asieron, le arrojaron sobre las angarillas, le envolvieron en la red y se lo llevaron fuera de la kotta, entre los gritos amenazadores de las mujeres y los muchachos que se agolpaban en los reductos de la pequeña fortaleza.

— ¿Me hará cortar la cabeza ese perro griego? —Pensó Kammamuri—. Esperemos que no sea tan feroz conmigo, ya que mi único delito es ser siervo

de mi patrón.

Cuatro dayakos llevaban las angarillas, seguidos por otros dos, que llevaban sobre sus hombros dos horcas, de mango larguísimo, que terminaban en una especie de «V» formada por rotang y ramas espinosas.

Eran brandil, las terribles horcas que ponen en el cuello de los prisioneros o de los locos para impedirles que hagan ningún movimiento.

En todas las grandes islas de Malasia abundan los locos, a consecuencia del abuso que hacen del opio, lo que desencadena en aquellos desgraciados una verdadera furia sanguinaria que se denomina amok. Para reducirlos, los indígenas han inventado esta extraña horca.

Las rústicas angarillas giraron alrededor de la empalizada de la kotta y se detuvieron ante una extraña construcción que bien se hubiera podido llamar observatorio o, por lo menos, una casa aérea.

Encima de una triple columna de bambúes de no menos de quince metros de alto, entrelazados y atados entre sí mediante rotang y sólidamente plantados en el terreno, se erguía una cabaña formada por esteras y hojas de banano con el techo muy saliente.

Cacatúas de moño amarillo y rosado causaban estrépito, encaramadas en unos bastones plantados en los cuatro ángulos de la cabaña, retenidas quizá por delgadas lianas.

Un dayako libró a Kammamuri de la red, le desató los brazos y luego le dijo brevemente:

—Sube.

— ¿Dónde? —preguntó el maharata, asombrado.

—Allí arriba.

— ¿A esa jaula?

—Debes obedecer.

—No soy un mono.

—No importa: es la orden.

— ¿Qué debo hacer allí arriba?

—No lo sé.

— ¿Domesticar quizás a esas cacatúas?

—Eso no me concierne —respondió el dayako.

— ¿Así que tengo que subir?

—Y rápido, si no quieres que probemos nuestros brandil en tu cuello.

—Dime, por lo menos, dónde se encuentra la escalera, porque no la veo.

El salvaje le mostró dos grandísimos y gruesos bambúes, con profundas muescas a una distancia de dos palmos entre sí.

—He comprendido —dijo Kammamuri—. A estos salvajes les gusta la gimnasia de los orangutanes. Vamos a ver que hay en esa jaula. Allá arriba no faltará una buena vista, y la experiencia debe de ser ciertamente interesante.

El maharata se agarró a los bambúes y comenzó a subir, mientras los dayakos lo seguían con la mirada, agitando sus relucientes parang-ilang y los brandil de modo poco tranquilizador.

Quizás les disgustaba no cortar allí mismo aquella cabeza, que, dada su tez, tan distinta de la amarillenta de sus compatriotas, no dejaría de producir un bello contraste en sus colecciones.

En un par de minutos Kammamuri llegó a una especie de plataforma que se extendía bajo la cabaña aérea, formada por sutiles bambúes estrechamente entrelazados y que servían como de base, y luego de un salto se encaramó a la pequeña galería que giraba alrededor de aquella extraña construcción.

— ¿Qué clase de prisión es ésta? —se preguntó—. He pasado dos años en las orillas del Kabatuán con mi patrón, pero jamás he visto estas jaulas suspendidas entre el cielo y la tierra. Servirían estupendamente para la cría de pájaros.

Recorrió toda la galería y, habiendo encontrado una pequeña puerta, entró no sin cierta aprensión.

El suelo de la cabaña aérea estaba lleno de hojas secas, que formaban verdaderos montículos. Faltaban totalmente los muebles; no había siquiera un vaso de barro para el agua.

— ¿Querrá ese griego bribón dejarme morir de hambre y sed? —se preguntó el desgraciado, estremeciéndose.

Apenas había dado unos pasos cuando vio levantarse uno de aquellos montones y un hombre que tenía la piel casi negra apareció, diciendo en lengua dayaka un poco torpe:

— ¿Tuan-uropa?

Con esta denominación todos los salvajes de las grandes islas malayas designan a los hombres que no pertenecen a su raza. Kammamuri no respondió: miraba atentamente a aquel hombre, que parecía como si se hubiera despertado en aquel momento, preguntándose con qué clase de individuo tendría que habérselas.

No debía de ser un dayako, porque en lugar de ser de alta estatura, era muy bajo, apenas de un metro y medio, y en vez de tener la piel amarillenta la tenía oscurísima.

Además, las facciones eran completamente distintas. Tenía la cabeza grande, envuelta en vendas ensangrentadas, que dejaban ver en algunos sitios mechones de cabellos negros y crespos, la nariz corta, con los orificios muy anchos, grande la boca, labios gruesos sin ser abultados, pequeño mentón y el cuerpo frágil con los hombros casi curvados.

No era necesario un gran conocimiento de las razas malayas para reconocer en aquel feo homúnculo uno de los salvajes que viven en el interior de las grandes islas malayas, en medio de las selvas más espesas, y a los que se denomina comúnmente negritos o negritos etas.

Difieren completamente, tanto por el tipo como por sus costumbres, de los battiasis de Sumatra, los tagalos de las Filipinas, los dayakos de Borneo y los malayos; y, sin embargo, su raza está bastante difundida, porque se los encuentra incluso en África meridional y central y en las islas andamanesas que tan cercanas están de la India. ¿Cómo se han dispersado por el mundo estos pigmeos, que no se parecen a ninguna otra raza? Misterio. Ningún científico ha podido hasta ahora explicar cómo se encuentran simultáneamente en las grandes islas malayas y en el continente negro, que está tan lejano.

Kammamuri, como ya hemos dicho, no había contestado en seguida, tan sorprendido había quedado de encontrar en aquella jaula aérea a personaje tan extraño surgido de uno de aquellos montones de hojas secas.

— ¿No Tuan-uropa? —preguntó el negrito viendo que el indio no se decidía a abrir la boca.

—Nada de uropa —respondió Kammamuri—. ¿Qué haces aquí?

—Espero a estar curado —dijo el negrito, que parecía no tener muchas dificultades respondiendo en lengua dayaka.

— ¿Para irte?

El negrito esbozó una mueca e hizo tintinear rabiosamente los aros de latón que adornaban sus flacos brazos.

—Me han roto la cabeza de un golpe de parang-ilang —respondió luego—. Una cabeza partida no puede hacer buen papel en la cabaña del jefe de los dayakos. Cuando me haya curado me decapitarán.

— ¿Quién?

—Los dayakos.

— ¡Ah, canallas! —se indignó Kammamuri—. No creía que llegasen en su

ferocidad hasta tal punto. ¿Dónde te han capturado?

—En la selva, mientras perseguía a un tapir.

— ¿Cuándo?

El salvaje alzó las manos, contó los dedos varias veces y luego sacudió la cabeza como si quisiera renunciar a aquel cálculo demasiado difícil para las razas primitivas.

—No sé —dijo después.

«Estos pobres no tienen siquiera noción del tiempo —pensó Kammamuri—. Además, no me interesa en absoluto».

Recorrió la cabaña y luego, dirigiéndose hacia el negrito, que le seguía atentamente con su mirada, le preguntó:

— ¿Te traen de comer?

—No.

— ¿Y de beber? —Nunca.

— ¿Y cómo has podido resistir tantos días?

El negrito alzó los hombros y no respondió.

«Ahora comprendo —pensó Kammamuri—. El griego no bromeaba cuando me dijo que devorase las hojas que cubren el techo de la cabaña. ¡Por Siva, Brahma y Visnú! He visto cacatúas sobre los bastones. Al menos durante algunos días la comida está asegurada... ¿Y el patrón? ¿Y el señor Yáñez? ¿Y el Tigre de Malasia? ¿Qué pensarán de mí? ¡Por la muerte de Kali, yo no quiero morir de hambre y de sed en este palomar! Este mono no me parece nada estúpido. Si a mí me interesa mi piel, a él le interesará poner a salvo su cabeza y me ayudará. Sólo hace falta bajar; cosa facilísima cuando los guardianes duermen; si es que duermen».

Salió de nuevo, mientras el negrito arrancaba de las paredes de la cabaña fibras de nueces de coco que formaban aquellas esteras rústicas, pero de una solidez a toda prueba.

En la kotta algunos indígenas y muchas mujeres, acompañados de grupos de muchachos, iban y venían por los estrechos senderos del poblado; en el lado opuesto, a una distancia de quinientos o seiscientos metros, serpenteaba el río, interrumpido de vez en cuando por islotes boscosos.

Kammamuri miró bajo la cabaña aérea y distinguió a cuatro guerreros sentados en tierra, alrededor de una gigantesca olla circundada por algunos tizones.

«Parece que hacen bien la guardia —murmuró el maharata—. ¿Serán peores estos bribones que los thugs de las Sunderbunds? ¡Ya veremos! Mientras tanto, podríamos pensar en la comida. Hace ya diez horas que estoy en ayunas y quién sabe cuántos días lleva así ese pobre salvaje».

Recorrió nuevamente la pequeña galería y luego, habiendo encontrado un bambú más alto que los otros y que sobresalía del techo, se puso a trepar por él.

En unos bastones plantados en las hojas secas de banano que formaban el techo estaban encaramadas ocho espléndidas cacatúas de plumas blanquísimas con moños amarillo-anaranjados o delicadamente rosados, con las patas atadas con delgadísimos rotang.

«¿Serán divinidades? —Se preguntó el maharata—. ¡Bah, no será tanto! Quizá se encuentren mejor en nuestro estómago. ¡Perro griego, no seré yo quien coma hojas secas del techo! No comeré asados, pero por algunos días no reventaré de hambre como tú esperabas».

12. La fuga milagrosa

El maharata había trepado por el techo, arriesgándose a realizar un espantoso salto mortal, y manteniéndose bien sujeto a las traviesas y a las ligaduras de las gruesas hojas de arengas saccharifera y de bananos, amontonadas en capas, había logrado llegar hasta los volátiles.

—Queridos pájaros —dijo—, lo lamento por vosotros; pero el hambre no razona y además os han creado para llenarnos el vientre.

Las cacatúas protestaron estrepitosamente, aleteando y tratando de picotear al hambriento. Pero el maharata no era hombre que se espantase por tan poco. Alargó las manos, agarró al volátil más grande y lo estranguló.

—Por hoy bastará —dijo luego, retrocediendo con prudencia—. No consumamos de una sola vez nuestras provisiones. Y el salvaje que me hace compañía deberá contentarse con la cabeza y las tripas. ¡No se ha expuesto en absoluto al peligro de romperse el cuello!

Llegó al borde del techo y se dejó caer suavemente en la pequeña galería, manteniendo bien agarrado al desgraciado volátil.

Estaba a punto de entrar en la cabaña cuando oyó en tierra golpes sonoros, que repercutían en los bambúes entrecruzados que formaban el soporte.

Kammamuri se inclinó sobre el pequeño parapeto de la galería y vio a los

cuatro dayakos de guardia cortar con grandes golpes de parang las dos larguísimas pértigas que servían de escalera.

— ¡Nos quitan los medios de descenso! —Murmuró, haciendo una mueca—. Se ve que el griego tiene intención de retenerme aquí arriba hasta que el hambre me lleve al kailasson de Siva. Pero son estúpidos estos dayakos. Todavía se puede bajar dejándose deslizar a lo largo de los bambúes y saltando de traviesa en traviesa. Será un ejercicio muy peligroso, pero lo acometeré sin vacilaciones apenas llegue el momento oportuno. Es absolutamente necesario que me reúna con mis patronos y que les advierta de la presencia de este maldito griego.

Entró en la cabaña y se quedó muy sorprendido al ver al negrito extraer de una hendidura de, un grueso bambú que hacía como de viga maestra de la casa, pequeños insectos blancuzcos, y comérselos con envidiable apetito.

— ¿Qué haces? —le preguntó.

—Mi comida —respondió el salvaje riendo.

— ¿Qué es?

—Son laron.

El maharata no pudo retener un estallido de risa.

— ¿Es con estas larvas con lo que te alimentas?

—Los cuatro gruesos bambúes están llenos de ellas.

— ¿Cómo han podido poner las termitas sus huevos ahí adentro?

— ¿Habrán sido las hormigas? —preguntó el negrito.

— ¿Quién quieres que haya sido, pues?

—Los dayakos.

— ¿Para que no te faltase comida?

—Las larvas se desarrollan muy rápido y cuando son grandes devoran vivos a hombres y animales. Ciertamente, las han puesto ahí adentro para que me arranquen la carne, y obtener, sin ninguna preparación posterior, mi cráneo perfectamente vacío.

— ¡Ah, canallas! —Gritó Kammamuri.

—Pero yo no las dejaré desarrollarse —añadió el negrito, quien al tiempo de hablar no cesaba de engullir puñados de larvas. Ya que las he descubierto, las consumo. ¿Quieres, orang (señor)?

—Prefiero mi pájaro —rehusó el maharata, haciendo un gesto de asco.

—Y yo mis laron —declaró el negrito.

Las laron, que, como hemos dicho, no son otra cosa que las larvas de las termitas, constituyen para los malayos y los dayakos un plato óptimo y ambos pueblos hacen un enorme consumo de ellas.

Para ellos es una especie de arroz animal que comen casi siempre crudo. A veces lo aderezan con una mezcla de gambas saladas y machacadas.

Mientras el negrito, con un pedazo de madera, forzaba las hendiduras de los grandes bambúes, ya hechas anteriormente por los dayakos, y hacía caer en una hoja puñados de larvas, Kammamuri se había puesto a desplumar la cacatúa, que era de carnes abundantes. Si hubiera podido encender fuego, ¡qué magnífica comida habría hecho! Desgraciadamente no disponía de eslabón ni de yesca; y además no habría osado exponerse a peligro tan grave.

Una sola chispa habría bastado para destruir en pocos instantes aquella cabaña, formada por hojas secas y ramas no menos secas.

—Si quieres, te ofrezco la cabeza y las tripas —dijo, cuando hubo limpiado bien el volátil.

El negrito hizo una mueca de repugnancia, e incluso de espanto.

— ¿Cómo? ¿No comen cacatúas en tu país? —se extrañó Kammamuri.

—Sí, pero no éstas —respondió el negrito—. Estas son antu.

—Espíritus malvados, quieres decir. ¿Por qué las han atado aquí arriba?

—Para que se lleven consigo nuestras almas, supongo.

—En espera de que ésta coja la mía, yo devoraré su cuerpo —respondió el maharata.

Aunque le repugnaba algo, impulsado por el hambre mordió el volátil y se puso a devorarlo; pero dejó un poco para la cena, ya que no había gran abundancia de cacatúas en lo alto de la cabaña.

—Ahora —añadió dirigiéndose al negrito, que también había terminado su comida— se podría buscar el medio de irnos. ¿Vigilan también de noche los dayakos?

—Siempre.

— ¿Cuántos?

—Cuatro.

— ¿Tienen encendido el fuego?

—Sí, orang.

— ¿No has intentado nunca huir?

—Es demasiado pronto.

— ¿Qué quieres decir?

El negrito miró al maharata con cierta desconfianza.

—Se diría que me ocultas algo —insinuó el maharata, que se había dado cuenta—. ¿No soy también un prisionero como tú, condenado a morir de hambre?

—Es verdad, orang —admitió el negrito.

Se aproximó a un montón de hojas secas, hundió en él sus manos y mostró al maharata, asombrado, una cuerda blanca, no más gruesa que un dedo, hilada magníficamente y extraordinariamente larga.

— ¿Quién la ha hecho? —preguntó Kammamuri.

—Yo.

— ¿Tú has llevado a cabo esta labor? ¡Pero esto es algodón!

—Areng —puntualizó el negrito.

Para el indio esto constituyó una revelación. Las planta que los dayakos y también los malayos llaman areng son las más preciosas que crecen en aquellos climas, después de las del coco y el árbol del pan.

Son palmas soberbias, rematadas por elegantes plumas, apreciadas sobre todo porque, practicando una incisión en el tronco, se obtiene un licor azucarado llamado toddy claro y límpido, del que se extrae un jarabe muy apreciado que aventaja bien al azúcar y que, fermentado, produce un licor embriagador, conocido con el nombre de twak.

Estas preciosas plantas no se limitan a producir un litro de líquido cada día, sino que rinden otros servicios a los malayos y a los dayakos, porque su tronco, igual que el del sagú, contiene una sustancia harinosa que puede servir para fabricar una especie de pan, mientras que de sus hojas se extraen unas fibras muy resistentes que se emplean en la fabricación de cuerdas.

El maharata no tuvo necesidad de preguntar al negrito cómo había podido procurarse todo aquel material ya que todas las hojas secas que atestaban la cabaña aérea e incluso las del techo eran restos de hojas de areng, ya privadas de sus fibras. ¿Cuánto tiempo había empleado el prisionero en trenzar aquella cuerda? ¿Y cuánta paciencia había necesitado? Kammamuri, demasiado contento al sentir en sus manos aquel cordel, no se preocupó de preguntárselo.

— ¿Llega hasta tierra? —preguntó al negrito, que parecía orgulloso de su trabajo.

—La he probado ya dos veces durante la noche pasada.

— ¿No te han visto los guardianes?

—Hubieran subido para llevársela.

— ¡A veces soy tonto! —Se recriminó Kammamuri—. Esperemos a la noche. Si tienes sueño, puedes acostarte. No te necesito.

Colgó su medio volátil de una rama que sobresalía de la pared y se asomó a la pequeña baranda.

El pobre hombre parecía bastante preocupado y no cesaba de preguntarse, con viva angustia, qué les habría ocurrido a sus patronos.

¿Habrían logrado escapar del choque de los búfalos y de los dayakos aguijoneados por el griego en su persecución?

Este pensamiento no dejaba de atormentarle, aunque sabía de qué cosas eran capaces aquellos tres formidables hombres que habían subvertido un reino, destruido la terrible federación de los thugs indios y hecho temblar incluso a las flotas inglesas de los mares de Malasia.

Miró hacia la kotta y no distinguió a nadie. Se hubiera dicho que antes de amanecer toda la población se había lanzado a la selva, quizás a la caza de Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik.

Incluso las mujeres y los niños habían desaparecido. Solamente bajo la cabaña aérea vigilaban cuatro hombres, sentados debajo de un pequeño attap construido con unos pocos bastones y tres o cuatro enormes hojas de banano.

«¿Habrán sido sorprendidos mis amos? —Se preguntó con ansiedad—. No; no es posible —continuó poco después moviendo la cabeza—. No son hombres que caigan estúpidamente en una asechanza y más sin consumir por lo menos sus municiones. Si no he oído ningún disparo de carabina, eso quiere decir que se encuentran todavía libres... ¡Desgraciada expedición! La de Assam comenzó mejor».

Se acodó en la baranda, esperando pacientemente que la jornada transcurriese, temiendo siempre oír de un momento a otro cualquier descarga de fusil.

El negrito, atiborrado de larvas de termitas, roncaba con beatitud, sin preocuparse de su cabeza, que figuraría en cualquier palco si la fuga no resultaba.

No ocurrió nada durante aquellas diez horas. Los cuatro guardianes no habían cesado de charlar bajo el attap, lanzando sólo de vez en cuando alguna mirada hacia aquella especie de altísima jaula; en el poblado no había vuelto a aparecer nadie.

—Que aguanten algunas horas más e intentaremos la fuga —dijo Kammamuri—. No me volveré a adentrar en la floresta sin armas.

El sol se había ocultado ya y aumentaba la oscuridad. De la parte del río soplaba una fresca brisa cargada de mil deliciosos perfumes y detrás de los cañaverales gorgoteaba la corriente.

Kammamuri entró en la cabaña y encontró al negrito ocupado en atracarse otra vez de larvas.

—Abandona tus laron —le dijo—. Es hora de actuar.

— ¿Nos vamos?

—Dame la cuerda. ¿Será bastante resistente?

—La he tejido yo y basta, orang —respondió el negrito.

— ¡Ah, comprendido! Tú eres el cordelero de la tribu, según parece.

— ¿Duermen los dayakos, orang?

—Tres de ellos, sí: el cuarto está encendiendo el fuego.

Tomó la cuerda, probó su solidez durante bastante tiempo y luego, satisfecho del examen, anudó sólidamente un cabo a uno de los cuatro gruesos bambúes que formaban los cuatro ángulos de la cabaña.

— ¿Y las armas? —dijo—. Tendremos necesidad por lo menos de un garrote. ¡Ah!, en el techo hay uno; arrancaré esos sobre los que están encaramadas las cacatúas. Mientras tanto, tú vigila al guardián, amigo.

—Sí, orang —asintió el negrito.

Kammamuri salió de nuevo, se agarró a los bambúes de la baranda y se encaramó en el techo. Se disponía a avanzar cuando oyó que los volátiles cacareaban y los vio, en la semioscuridad, aletear furiosamente.

— ¿Qué sucede ahora? ¿No habrán sido puestos aquí estos pajarracos de mal agüero para dar la alarma a los hombres de guardia? ¡Por Siva y Visnú! ¡Quisiera estrangularlos a todos!

Se había acercado ya a las cacatúas cuando sintió un mordisco doloroso en una rodilla y luego otro en el extremo de un dedo.

Se detuvo de súbito mirando entre las hojas enormes que cubrían el techo, pero la oscuridad era, si no muy profunda, bastante intensa para poder descubrir en seguida un animal o un insecto de pequeñas dimensiones. De pronto sintió su frente cubrirse de un sudor helado.

— ¡Las termitas! ¡Devoran a las pobres cacatúas, antes de quitarnos a nosotros la piel y la carne a jirones! Si no tuviéramos la cuerda, mañana nadie

quedaría aquí vivo. ¡Miserables! Las han introducido en los bambúes.

Arrancó rabiosamente dos bastones, y a golpes abatió a los volátiles para que con sus gritos no atrajeran la atención de los guardianes y luego descendió rápidamente.

— ¡Escapemos! —Apremió al negrito, que lo esperaba con la cuerda en la mano—. Nuestra habitación está a punto de ser invadida por las termitas.

— ¡Feas y malas bestias! —comentó el negrito—. Siempre hambrientas.

— ¿Qué hace el guardián?

—Está preparándose el siri.

— ¿Dónde?

—Cerca del fuego.

—Veamos: quiero estar seguro de mis cálculos antes de intentar la evasión. ¿Ha regresado alguien a la kotta?

—Nadie, orang.

—Magnífico.

Se asomó al pequeño parapeto de la baranda. Tres de los cuatro guardianes dormían bajo el attap; el cuarto estaba en cuclillas ante una hoguera, muy ocupado en prepararse un buen bocado de siri.

El siri es una especie de coca boliviana, compuesta por una hoja aromática de piper betel, nuez de pinang, o sea de trecha chatecu, un poco de jugo concentrado de la araucaria gambir y una pizca de cal viva.

Como los isleños de las grandes tierras malayas no tienen la costumbre de fumar, mastican esa mezcla fortísima, que no tiene más propiedades que las de estropear los dientes y enrojecer la saliva.

El dayako estaba tan ocupado en la preparación de su siri, que no pensaba en dar, por lo menos de vez en cuando, una ojeada a la cabaña aérea. Probablemente estaba completamente seguro de la imposibilidad de una evasión después de haber cortado las dos pértigas que servían de escalera.

— ¡Éste es el momento! —Determinó Kammamuri—. Si dejamos perder esta ocasión no volveremos a encontrar otra igual. La kotta está todavía desierta y tres de los guardias dormidos. Les daremos una tunda de garrotazos.

Dejó descender la cuerda, por la parte contraria de la cabaña aérea, para evitar que los descubriesen y les asaltasen con golpes de cerbatana o de parang-ilang.

—Bajo yo primero —exclamó, volviéndose al negrito—. Soy mucho más

robusto que tú, si no más ágil.

Remetió el bambú en la amplia faja que le ceñía los costados, se asió a la cuerda y se dejó deslizar silenciosamente, tratando de evitar las traviesas de bambú que se cruzaban por debajo de la casa aérea.

Sin embargo, se vio obligado a detenerse a la mitad del descenso, porque había una especie de plataforma formada por un entrelazado de nerviaduras de hojas que mantenía unidos todos los bambúes de la construcción.

El dayako de guardia, ocupado en prepararse su mezcla, no se había percatado de nada, tal era la prudencia que había empleado el indio al realizar su primer descenso.

Ya se sabe que los hindúes son famosos por sus escaladas, sus descensos, así como por los hurtos que cometen. Ningún ladrón podría competir con ellos, porque son capaces incluso de robar el colchón sobre el que duerme un hombre, sin despertarlo.

Kammamuri, como maharata, no valía menos que sus demás compatriotas.

Permaneció unos pocos segundos en el entrelazado, y luego, después de haberse asegurado de que el dayako no había advertido ningún ruido, reemprendió el descenso.

Un cuarto de minuto después tocaba el suelo y se lanzaba rápidamente detrás de un matorral que crecía a poca distancia.

Había agarrado un bastón con las dos manos, resuelto emprender la lucha contra los cuatro vigilantes.

Alzó sus ojos hacia la casa aérea y distinguió confusamente una forma humana que descendía también por la cuerda.

Era el negrito que realizaba su descenso, no menos resuelto también él a entablar una lucha feroz para salvar su cráneo de la colección del jefe de la kotta, sin duda interesantísima, pero nada agradable para el pobre salvaje.

Kammamuri, escondido entre los bambúes que se entrecruzaban estrechamente en la base de la cabaña aérea, vigilaba al guardián que parecía que no se había dado cuenta de nada, ya que continuaba preparando bocados de siri para ofrecerlos probablemente a sus compañeros.

Finalmente, el negrito llegó a tierra a su vez y dijo en voz baja a Kammamuri:

— ¡Huyamos, orang!

— ¿Así, armados sólo con bastones? ¡Estás loco! ¿Quién se aventuraría a adentrarse inerme por la noche en la gran selva llena de animales feroces?

¡Ven y golpea fuerte...!

Se metieron en medio de la gigantesca maraña de bambúes, avanzando sobre la punta de los pies y, deslizándose entre las traviesas, llegaron a pocos pasos de la hoguera.

El dayako les daba la espalda y estaba cortando en pedazos nueces de areca. Cerca de él tenía el parang-ilang, espléndido sable de acero con la punta acanalada, y una cerbatana con un haz de flechas probablemente envenenadas con el upas o con el jugo del cetting, que es aún más mortal que el primero, porque, una vez introducido en la sangre, interrumpe al instante la circulación y causa la muerte en unos pocos instantes.

—Para mí el parang —susurró Kammamuri al negrito—, y para ti la cerbatana.

Empuñó con fuerza el bambú, cayó sobre el guardián y le propinó tal golpe en la cabeza que lo derribó, sin que hubiese emitido el menor grito.

Recoger las armas y las flechas y huir en dirección al río, seguido por el negrito, fue cuestión de un momento.

Llegado ante los primeros árboles que formaban como una faja a lo largo de las orillas del Malludu, bastante profunda y muy intrincada, se detuvo un instante para cerciorarse de si los otros tres dayakos que dormían bajo el attap se habían lanzado en su persecución.

En efecto, se habían despertado, pero en lugar de ponerse en seguida a la búsqueda de los fugitivos, estaban trepando, con agilidad de monos, por los bambúes que sostenían la cabaña aérea, saltando de vez en cuando de traviesa en traviesa. Querían asegurarse, sin duda, de si los prisioneros se encontraban todavía allí arriba antes de comenzar su búsqueda.

—Salud en mi nombre a las cacatúas —dijo el indio—. ¡Dale a las piernas, negrito!

— ¿Dónde quieres ir?

—Quiero ganar el río, sobre todo. Sé adónde se han dirigido mis compañeros y es más probable que los encuentre en el Malludu que en medio de la gran selva. Además, debo llegar al islote.

Se habían puesto a correr, uno empuñando el parang-ilang y el otro la cerbatana, a cuyo interior ya había hecho pasar una flecha formada por una delgadita cañita de bambú, de veinte centímetros de longitud, provista en su extremo de una espina y que con un poderoso soplo podía lanzar hasta la no despreciable distancia de cuarenta metros.

La carrera precipitada a través de aquella maraña de espesísima selva duró

un cuarto de hora y luego el maharata se detuvo.

El río discurría, rumoreando quedamente, a sólo unos pasos, estrechado entre dos orillas atestadas de gigantescas cañas palustres.

—Orang —dijo el negrito—, no te detengas aquí.

— ¿Por qué?

—Los dayakos deben de haberse puesto a la caza tras nuestras huellas.

— ¿Las habrán descubierto?

—Estoy bien seguro.

— ¿Sabes emplear tu sumpitam (cerbatana)?

—Soy un jefe de tribu.

— ¡Anda! Había creído que eras fabricante de cuerdas.

—Yo no marro nunca cuando apunto con la sumpitam.

— ¿Qué me aconsejas hacer?

El negrito le indicó los cañaverales y dijo:

— ¡Allí!

— ¿Y los gaviales?

—El agua es demasiado baja y el fango profundo; por eso no podrán venir a comerse nuestras piernas.

—Estos salvajes son más astutos que los kateri (demonios indios) —murmuró Kammamuri.

Descendieron por la orilla, abriéndose paso por entre los matorrales que la invadían, y se detuvieron frente a los cañaverales. El negrito arrancó un bambú, tanteó primeramente el fondo para asegurarse de la resistencia del fango y luego, satisfecho de aquella exploración, hizo señas a Kammamuri para que se adentrara entre las cañas.

— ¿Y tú no vienes? —preguntó el indio viendo que el negrito no le seguía.

—Te alcanzaré más tarde, orang. Es necesario vigilar los movimientos de los dayakos. Conozco las selvas y sé pasar a dos pasos del enemigo sin que me descubra.

—Si ves entre los dayakos a un hombre blanco, lánzale una flecha a él antes que a ningún otro.

— ¿Un Tuan-uropa?

—Sí.

—La primera será la suya.

Dicho esto, el negrito volvió a ascender por la orilla y desapareció entre los matorrales, sin producir el menor ruido. Kammamuri continuó avanzando a través de las inmensas cañas, tanteando el fondo con la punta del parang-ilang. A medida que se alejaba de la orilla, el espesor del fango y el nivel del agua aumentaban, de modo que, llegado cierto momento, se encontró sumergido hasta la cintura.

—Bastará —dijo.

Con unos pocos sablazos hizo caer una media docena de cañas para que le sirvieran de apoyo y se sentó en aquella especie de balsa, teniendo los ojos fijos en la orilla y manteniendo bien alerta los oídos. A sus espaldas el río gorgoteaba filtrándose entre los cañaverales; más lejos, por el contrario, la corriente libre no cesaba de rumorear.

Aquellos eran los únicos ruidos que se oían entre las tinieblas, porque también toda la gran vegetación estaba silenciosa como si todos los animales nocturnos, por alguna causa misteriosa, hubieran huido mucho más lejos para buscar sus presas. Pero Kammamuri, que conocía por su gran experiencia las sorpresas que esperan al hombre en los márgenes de las grandes selvas y sobre todo en las orillas de los ríos, no estaba muy tranquilo ante aquel silencio. Continuaba con los oídos alerta y abría los ojos todo lo que podía, como si temiese un asalto imprevisto. De repente se estremeció.

Olfateando el aire había recogido un agudo olor salvaje, ese olor especial que emanan las bestias feroces y que jamás se les escapa a los viejos cazadores de las regiones ecuatoriales. Le había llegado a la nariz en alas de la ligera brisa que soplaba de la otra parte del río.

—Este no es el olor de los dayakos —murmuró, descendiendo precipitadamente de la pequeña balsa y apoyando los pies en el fondo fangoso del río—. He cazado demasiados años en las Sunderbunds indias del Ganges y no puedo engañarme. A breve distancia de mí hay algún tigre o alguna pantera manchada o negra que busca su cena entre el cañaveral. ¡Si por lo menos estuviera aquí el negrito para ayudarme! Sus flechas envenenadas podrían servir mejor que mi parang-ilang.

Escrutó en todas direcciones empuñando el pesado sable con las dos manos, y no distinguió nada.

— ¡Sin embargo, algún animal intenta sorprenderme! —Murmuró de nuevo—. Mi nariz ha estado siempre en buen estado y ha recogido a menudo ese olor que conozco tan bien.

Se mantuvo inmóvil durante algunos minutos, presa de una ansiedad

fácilmente comprensible, no sabiendo de qué parte le podía llegar el peligro; luego comenzó a retroceder lenta y silenciosamente para buscar un refugio entre los matorrales de la orilla.

Había ya dado tres o cuatro pasos cuando oyó un aleteo y vio pasar sobre su cabeza, con velocidad fulminante, una de esas grandes pelargopsis acuáticas, provistas de enorme pico rojo, que desapareció hacia la selva.

— ¡Mala señal! —Auguró Kammamuri, cuya inquietud iba en aumento—. Ese pajarraco no habría alzado su vuelo a estas horas si no hubiera sido molestado. ¡Y el negrito sin llegar! ¿Habrá sido ya decapitado por los dayakos o devorado por algún tigre?

Hizo de nuevo un breve alto, aguzando cuanto podía los oídos y percibió, ante sí, un ligero roce. Parecía como si algún animal intentase abrirse paso en el cañaveral con las máximas precauciones.

La orilla estaba todavía demasiado lejos para poderla alcanzar y además al indio no le convenía volver la espalda al peligro. Si tenía ante él, como suponía, un tigre o una pantera, lo mismo daba permanecer en el agua, porque no lo dejaría escapar sin intentar un vigoroso asalto.

Buscó con los pies un fondo más sólido para no correr el peligro, en el momento supremo, de resbalar; hundió bien sus piernas para asegurarse el equilibrio y esperó intrépidamente la aparición de su misterioso, y probablemente muy hambriento, adversario.

El roce, siempre ligerísimo, continuaba y no venía siempre de la misma dirección. El animal no podía, ciertamente, avanzar a sus anchas e intentaba encontrar los pasos más fáciles.

Kammamuri, recogido sobre sí mismo para ofrecer menos blanco en el caso de un asalto fulminante, mantenía el parang derecho ante sí, empuñándolo con las dos manos, para que le sirviese mejor como arma defensiva y ofensiva.

Había transcurrido otro minuto cuando distinguió, a través de las altas cañas, dos puntos luminosos, de una fosforescencia verdosa que en seguida se fijaron en él.

— ¡Ojos de pantera! —murmuró—. ¡Los conozco!

En aquel mismo instante se oyó hacia la orilla como un estrépito de ramas rotas y luego una zambullida, como si se hubiera arrojado al agua un hombre.

Los dos puntos luminosos desaparecieron de inmediato y Kammamuri vio muy claramente cimbrarse las cañas con rapidez detrás de ellos.

¿Espantada por aquel rumor la pantera se batía en retirada hacia el curso

libre del Malludu? Por lo menos, así lo parecía.

Seguro de no ser inminentemente asaltado, Kammamuri retrocedió a su vez rápidamente, saliendo del cañaveral, y se encontró frente a frente con el negrito, quien le dijo con voz jadeante:

—Vienen.

— ¿Los dayakos? —preguntó el indio.

—Sí; han descubierto nuestras huellas y las siguen.

— ¿Cuántos son?

—Tres.

— ¿Los que dormían bajo el attap?

—Deben de ser ellos.

— ¿Crees que nos descubrirán?

—El cañaveral es espeso y no podrán seguir nuestras huellas en el agua.

—Pero el cañaveral ya no es seguro.

— ¿Por qué? —preguntó el negrito asombrado.

—Si hubieras tardado un poco más en llegar, me habría asaltado una pantera.

El salvaje permaneció un momento silencioso y luego, mirando su cerbatana, dijo:

—Prefiero las fieras a los cortadores de cabezas. Y además, ¿no tengo la sumpitan? Las flechas están envenenadas y matarán a la una y a los otros. Rápido, orang, al cañaveral.

13. La caverna de las pitones

No había un momento que perder. Aunque una pantera, manchada o negra, discurriera en medio de los cañaverales en busca de alguna presa, era ciertamente menos peligrosa que aquellos tres dayakos, que pronto podían ser diez, quince e incluso muchos más.

Los dientes de las fieras son indudablemente peligrosísimos, pero más lo son aún las flechas mojadas en el jugo del upas o del cetting, contra las que no hay ningún antídoto. El indio y el hijo de la selva atravesaron rápidamente el cañaveral y se lanzaron hacia el gran curso del río.

El negrito precedía al maharata, manteniendo la cerbatana a la altura de su boca, listo para lanzar contra la terrible y hambrienta fiera la flecha mortal.

Pero no podían avanzar a sus anchas. Cada dos o tres pasos se detenía para escuchar, luego abría con delicadeza las cañas y no daba un paso adelante si no estaba bien seguro de no distinguir ningún punto luminoso. Llegados cerca de la gran corriente del Malludu, el negrito, que no había cesado de investigar el fondo fangoso, se volvió a Kammamuri preguntándole:

—Orang, ¿sabes nadar?

— ¿Por qué me lo preguntas? —preguntó el indio.

—Si los dayakos exploran el cañaveral, nos veremos obligados a abandonarnos a la corriente y atravesar el río.

—Un curso de agua, aunque sea ancho, jamás me ha dado miedo. Sin embargo, preferiría permanecer en esta orilla.

—Ya veremos, orang —respondió el hijo de la selva—. En el agua se borran las huellas. Tratemos de no dejarnos ver.

—Y de no dejarnos comer por la pantera.

—Ya te he dicho que eso es cosa mía, orang.

Formaron un lecho de cañas, rompiéndolas en varios trozos, y se sentaron uno cerca del otro esperando la aparición de los dayakos o de la fiera. La luna comenzaba a surgir, proyectando su luz azulada en el río, y se alzaba sobre los grandes árboles parpadeando extrañamente entre las ramas.

Las aguas centelleaban cada vez más vivamente y de la orilla opuesta continuaban llegando a intervalos soplos de aire fuertemente impregnados del agudo perfume de las flores de la «bella de noche», o sea la sunda matune, que también quiere decir «árbol triste», porque sus flores sólo se cierran tras el ocaso del sol.

Transcurrieron quince o veinte minutos sin que nada ocurriese; luego, de repente, el negrito le dio con el codo a Kammamuri, diciéndole:

— ¿Los ves, orang?

— ¿A quiénes?

—A los dayakos.

— ¿Dónde están?

—Descendiendo por la orilla.

—Tienes una vista prodigiosa. Yo no distingo nada.

—Se arrastran entre los matorrales e intentan no dejarse ver, orang.

El indio se irguió y miró atentamente hacia la orilla. Vio, en efecto, surgir tres hombres de improviso en medio de los últimos grupos de vegetales y avanzar cautamente hacia el cañaveral.

— ¡Bribones! —murmuró—. No han perdido nuestro rastro, ni siquiera durante la travesía del bosque. Veremos si saben encontrarlo también en el fondo del río.

Los dayakos se habían detenido y parecía que deliberaban sobre lo que debían hacer. Finalmente, uno descendió al río, mientras los otros mantenían sus cerbatanas a la altura del mentón a fin de estar más a punto de lanzar sus flechas mortales.

El que había descendido al agua comenzó en seguida a explorar el fondo, realizando frecuentes zambullidas.

— ¿A que logra encontrar nuestras huellas? —dijo Kammamuri al negrito, que había abandonado la balsa sumergiéndose hasta el pecho.

—No lo sé —respondió el salvaje, que parecía bastante preocupado—. Será necesario perder una flecha.

—Explícate mejor.

—Matarlo en el momento en que esté emergiendo. Sus compañeros podrán creer muy bien que se lo ha llevado un gavial.

— ¿Estás seguro de tu puntería?

—Te he dicho que soy un jefe, orang —insistió el negrito.

Estaba a punto de cambiar de posición para hacer más fácil su tiro, cuando a sus oídos llegó el leve rumor que venía de la parte del río y no ya de la orilla ocupada por los dayakos.

— ¿Has oído? —preguntó a Kammamuri.

—Se han movido las cañas, ¿no es verdad?

—Sí, orang.

—Es la pantera, estoy seguro. Esta maldita bestia vendrá a estropearnos el asunto.

—Dejaré al hombre para ocuparme de la pantera —resolvió el negrito—. Por el momento es la más peligrosa.

— ¿No traicionará nuestra presencia?

—Las flechas de las sumpitan son silenciosas. Agáchate todo lo que

puedas, orang.

Kammamuri se arrodilló en el fondo, de manera que sólo emergía la cabeza y el cuello.

El negrito le imitó en seguida.

Continuaba el rumor. Al parecer, la pantera no quería marcharse del río sin su cena.

El negrito mantenía una inmovilidad absoluta. Esperaba el momento oportuno para lanzar su proyectil antes de que sobreviniese el ataque. Era precisamente éste el que quería prevenir, ya que el impulso de las panteras es casi siempre inevitable.

Kammamuri estaba listo para prestarle ayuda con su pesado y afiladísimo parang, que empuñaba con fuerza.

De improviso cesó el roce y los dos puntos luminosos reaparecieron a menos de quince pasos.

— ¡Ahí está! —susurró el indio.

—La veo —respondió el negrito.

Aproximó rápidamente a sus labios la cerbatana, apuntó unos instantes y luego se oyó un silbido apenas perceptible.

La flecha envenenada había partido.

Transcurrieron algunos momentos y luego un aullido ronco, furioso, interrumpió el silencio que reinaba en el cañaveral. La pantera comenzaba a experimentar los terribles efectos del cetting, veneno mucho más rápido y más seguro que el producido por el upas.

— ¡Alcanzada! —susurró aliviado Kammamuri.

—Ya te he dicho que yo era un jefe —repitió el negrito.

La pantera se debatía furiosamente, respirando con estertores y destrozando ferozmente las altas cañas que se encontraban al alcance de sus zarpas.

Durante unos quince segundos los aullidos se sucedieron sin interrupción, y luego se oyó una zambullida. El animal debía de haberse arrojado al río, quizás con la esperanza de que el agua calmase sus atroces sufrimientos.

— ¡Ya no saldrá! —dijo el negrito riendo—. Ocupémonos ahora de los dayakos.

— ¡Eres un valiente! —Exclamó Kammamuri—. Jamás hubiera creído que una flecha tan pequeña pudiese poner fuera de combate a tan formidable fiera.

Ambos se habían vuelto, dirigiendo sus miradas hacia la orilla.

Los dos dayakos de guardia estaban todavía en su lugar; por el contrario, el tercero, el que exploraba el fondo, había desaparecido.

— ¿No lo ves tú? —preguntó Kammamuri mirando a su alrededor.

—No, orang.

— ¿Se lo habrá llevado consigo algún gavial mientras nos enfrentábamos con la pantera?

—Habríamos oído algún grito.

— ¿Estará ya en el cañaveral e intentará sorprendernos por la espalda?

— ¡Mira! —dijo el negrito.

— ¿Qué?

—También los dos dayakos bajan al río y no están solos.

— ¿Van acompañados?

—Hay otros hombres que se arrastran entre los matorrales, orang, huyamos o nos apresarán.

— ¿Atravesaremos el río?

—No tenemos otra escapatoria.

— ¿Y los gaviales?

—Quizá duerman todavía. Sígueme, orang, si te importa salvar la cabeza.

Se habían puesto en movimiento a través del cañaveral para llegar a su borde y precipitarse en la corriente.

Ya estaban a punto de abrirse paso en medio de las últimas filas cuando el negrito detuvo bruscamente a Kammamuri y alzó la sumpitam.

— ¿Otra pantera? —preguntó con un hilo de voz el indio.

—No, el dayako que exploraba el cañaveral —informó el negrito.

— ¿Cómo ha hecho para llegar a nuestras espaldas mientras hace poco estaba frente a nosotros?

—Silencio, está avanzando. Agáchate y déjame actuar.

Kammamuri, que ya tenía plena confianza en la habilidad maravillosa de su pequeño compañero, obedeció.

Se oía, de vez en cuando, gorgotear el agua a través de los enormes grupos de cañas, pero de una manera distinta del rumor que produce la comente al

romperse.

Era, sin duda, el dayako quien producía aquel rumor.

El negrito, escondido entre las cañas, parecía una fiera al acecho. Había pasado a través de dos tallos la terrible y silenciosa arma y sólo esperaba la aparición del odiado enemigo para actuar resueltamente.

Todos sus miembros estaban encogidos, como si se preparase a dar un salto, y sus ojos brillaban como carbones encendidos.

Ya tenía en la boca la cerbatana e inflaba lentamente los carrillos. Otro debilísimo silbido hendió los aires, seguido por dos gritos desesperados:

— ¡Apang! ¡Apang! (¡Padre! ¡Padre!).

El desgraciado debía de haber sido alcanzado y en el espasmo supremo invocaba a su padre, que quizá permanecía en la otra orilla junto con el otro guardián de la casa aérea.

Un aullido hizo eco a la desesperada invocación del moribundo.

— ¡Al agua, orang! —apremió el negrito—. El hombre está tocado y dentro de poco habrá acabado.

— ¿Vienen los demás?

—Avanzan entre las cañas.

—Brilla la luna y nos delatará, amigo.

—No importa: saltemos.

Los dos hombres atravesaron como un relámpago las últimas filas de cañas y se lanzaron al río poniéndose a nadar vigorosamente.

—No pierdas el sable, orang —recomendó el negrito al aparecer a flote.

—Me lo he cruzado en la cintura. Cuida de tu sumpitan, que es más precisa que mi parang-ilang.

— ¡Antes perderé la vida que mi arma!

En aquel momento gritos feroces estallaron entre el cañaveral que acababan de dejar.

— ¡Ahí están!

— ¡Echad mano a las sumpitan!

— ¡Venguémoslo!

— ¡Cortémosles las cabezas!

Kammamuri y el negrito, casi instintivamente, se habían metido bajo el

agua para no recibir media docena de flechas envenenadas.

Siendo ambos valientes nadadores, recorrieron un trayecto de cincuenta o sesenta metros manteniéndose bajo el agua, escapando así a las andanadas de dardos, envenenados, tomaron una rápida bocanada de aire y volvieron a sumergirse. El agua era profunda en medio del Malludu, de modo que pudieron realizar otro largo recorrido y llegar a un islote de arena, que les había cerrado el paso.

—Orang —dijo el negrito—, no te detengas aquí. Los dayakos están en el agua y nos persiguen.

—Ya los oigo bracear —respondió Kammamuri, respirando a pleno pulmón—. Esos bergantes harán todo lo que puedan para adueñarse de nuestras cabezas.

—Corre, orang.

Atravesaron en un abrir y cerrar de ojos el banco de arena, pasando por encima de la cola de un monstruoso gavial adormecido, que ni siquiera se había dignado abrir los ojos, y volvieron a lanzarse a la corriente.

Sólo cien metros los separaban de la orilla opuesta, que aparecía también cubierta por un inmenso bosque.

—Apresúrate, orang —dijo el negrito volviendo a la superficie—. Continúan persiguiéndonos.

—Les llevamos ya una notable ventaja.

Se pusieron de nuevo a nadar rabiosamente, haciendo esfuerzos prodigiosos para llegar a la orilla antes de que la alcanzasen los dayakos.

La segunda travesía del último brazo del Malludu se realizó con rapidez fulminante y los dos fugitivos, atravesando una triple línea de cañas, treparon apresuradamente por la orilla, para lanzarse sin pensarlo en medio de la selva.

— ¿Adónde vamos? —preguntó Kammamuri.

—Tú sígueme, orang —respondió el negrito, que corría como un gamo—. Sé dónde se encuentra un refugio seguro.

— ¿Está lejos?

— ¡Sígueme! —se limitó a responder el hijo de los bosques.

A lo lejos resonaban los gritos de los perseguidores, pero después de algunos minutos cesaron bruscamente.

Los dayakos debían de haber atravesado también el río y haberse lanzado bajo los árboles. Habría sido una imprudencia señalar su presencia.

Kammamuri y el negrito continuaron su carrera precipitada durante una veintena de minutos, y luego el primero se detuvo diciendo:

—Yo no puedo continuar de este modo. Ya no puedo más, amigo.

—Estamos ya en el refugio.

— ¿Qué es? ¿Una cabaña?

—Una inmensa caverna.

— ¿Estaremos por lo menos seguros ahí adentro?

—Sí, pero cuando me haya fabricado un angilung.

— ¿Qué es?

—Una bestia que suena —respondió el negrito.

— ¿Y qué harás con ese angilung?

—Sin ese instrumento no se puede entrar en la caverna.

— ¿Hay genios maléficos, kateri, como los llamamos nosotros los indios?

—No te comprendo, orang. Sígueme y no digas una palabra más. Los dayakos ya deben estar en plena carrera.

—Vosotros tenéis las piernas de acero, pero también los indios son famosos corredores.

—Dame tu parang-ilang —dijo el negrito—. Lo necesito.

A pocos pasos había un enorme grupo de bambúes gigantes. El hijo de los bosques cortó uno, lo examinó durante algunos instantes y luego lo partió nuevamente.

— ¡Hecho! —Dijo recogiendo un pedazo de unos treinta centímetros de longitud—. He aquí un bellissimo angilung. Corramos, orang: ¡los dayakos no deben de estar lejos!

Se habían puesto a correr furiosamente a través de la selva, arrojándose en medio de los calamus y los rotangs.

El negrito, que parecía conocer de maravilla la floresta, no se desviaba jamás.

Kammamuri hacía esfuerzos prodigiosos para mantenerse tras él y no cesaba de decir al hombrecillo:

— ¿Quieres hacerme reventar? ¡Aminora un poco la marcha, condenado salvaje!

Eran palabras desperdiciadas, porque el negrito continuaba su carrera

endiablada, saltando por encima de los árboles abatidos por los huracanes o por encima de los matorrales, con la agilidad de un tigre. De repente se detuvo.

—Ya estamos —dijo.

— ¿Dónde? —preguntó Kammamuri con voz entrecortada.

—En el refugio.

—No veo más que árboles ante nosotros.

En lugar de responder, el negrito le tomó el parang y se puso a hacer incisiones en el trozo de bambú que no había abandonado, cortándolo primero por un extremo y luego haciendo bastantes muescas profundas en toda su longitud.

— ¿Qué haces? —preguntó Kammamuri, que no lograba comprender nada.

Estaba a punto de restituirle el parang el negrito cuando dos disparos de fusil resonaron a corta distancia, seguidos de un clamor ensordecedor.

Kammamuri dio un salto.

— ¡Disparos de carabina...! —exclamó—. ¡Los tigres de Mompracem!

—Huyamos, orang —propuso el negrito—, mi angilung está listo y adormecerá a las grandes pitones.

—Escapa tú si quieres, pero yo no lo haré —respondió el indio—. Los hombres que han hecho fuego son amigos míos. Los dayakos no tienen «cañas que truenan».

Los gritos habían cesado bruscamente, lo mismo que los disparos.

Kammamuri, presa de una fortísima emoción, escuchaba atentamente. También el negrito se había puesto a la escucha, pero el pobre diablo temblaba como si hubiera sido víctima de una fortísima fiebre.

Aquellas detonaciones debían de haberlo asustado mucho.

Llevaban ya unos minutos esperando cuando otro tiro se dejó oír a una distancia de trescientos o cuatrocientos metros y luego, después de un brevísimo intervalo, siguieron otros dos disparos.

— ¡Son ellos! —gritó Kammamuri—. Corramos, negrito.

Se lanzó como un loco a través del bosque, gritando a voz en cuello:

— ¡Patrón! ¡Señor Yáñez! ¡Señor Sandokán! Le respondió una nueva descarga seguida de un vocerío ensordecedor.

— ¡Patrón! ¡Patrón! —repitió el maharata, que se dirigía en una carrera desenfundada al lugar donde sonaban los disparos.

De entre un densísimo grupo de bananos se alzó una voz:

— ¿Quién llama?

— ¡Soy yo! ¡Kammamuri!

Respondieron tres gritos y un instante después tres hombres saltaban desde debajo de las gigantes cascas que cubrían los matorrales: eran Tremal-Naik, Sandokán y Yáñez, empapados de agua y embadurnados de barro hasta los pelos.

— ¡Todavía vivo! —exclamó Tremal-Naik, precipitándose hacia su fiel siervo.

— ¡Pero por milagro, patrón! —respondió Kammamuri, que parecía haber enloquecido de alegría.

—Dejaos de cumplimientos —dijo Yáñez—, y trabajad con las piernas. ¡Tenemos a los dayakos a nuestra espalda!

Kammamuri se había dirigido hacia el negrito, que observaba con gran curiosidad a aquellos hombres.

—Condúcenos en seguida al refugio, amigo —le rogó.

—Espera un momento que hagamos otra descarga para detenerlos un poco —dijo Sandokán—. Los tenemos demasiado cerca.

En medio de la vegetación se oía a los hombres correr desesperadamente, golpeando con sus kampilang las plantas parásitas que dificultaban su avance.

Sandokán y sus compañeros hicieron una descarga y luego se lanzaron detrás del negrito y Kammamuri.

Atravesaron con impulso irresistible siete u ocho enormes grupos de lianas y luego se detuvieron ante una roca colosal, que parecía como si se prolongase muchos centenares de metros en medio de la gran selva.

El negrito se precipitó hacia un montón de matorrales, abriéndose rápidamente paso.

—Ven, orang —dijo a Kammamuri—. Aquí está el refugio y todavía tengo el angilung.

Una hendidura altísima y apenas de un metro de ancha se ofrecía a las miradas de los fugitivos.

— ¡Adentro! —gritó el negrito—. Confiad en mí.

Clamores feroces resonaban en aquel momento entre las plantas, y a no mucha distancia. Los dayakos, detenidos un instante por la descarga, habían reanudado la persecución, resueltos a capturar a los fugitivos.

—Kammamuri, ¿adónde nos conduce este hombrecillo? —preguntó Yáñez.

—Confiad en él, capitán —contestó el maharata—. Me ha dado tales pruebas de fidelidad y de coraje que lo seguiría hasta el kailasson de Siva, si me guiase.

—Entonces no hagamos preguntas —dijo Sandokán, que miraba continuamente a sus espaldas—. Debe bastarnos para salvar nuestras cabezas, que corren en este momento gravísimo peligro.

El negrito había entrado ya, llevando en la mano su flauta de bambú.

—Es una caverna —dijo Yáñez.

—Así me lo parece —respondió Sandokán.

— ¿No nos asediarán aquí los dayakos? Tú tienes la palabra, Kammamuri.

—Dejad obrar al negrito, señores —respondió el indio.

— ¿Dejarle obrar? ¡Por Júpiter! ¿Qué es este olor? Se diría que dentro hay legiones de serpientes...

—No debéis espantaros, señor Yáñez —respondió el maharata—. El negrito tiene un angilung.

— ¿Qué es?

—Supongo que será un instrumento muy poco diferente de la flauta que usan nuestros sapwallah hindúes.

— ¿Hay también aquí encantadores de serpientes?

—Así parece, señor Yáñez.

—Hubiera preferido un buen paquete de cigarrillos.

—Fumarás una serpiente —dijo Sandokán riendo.

— ¡Qué pésimo tabaco me ofreces, hermano! No lo fumaría ni siquiera un cazador de cabezas.

— ¡Silencio! —impuso en aquel momento el negrito, volviéndose hacia Kammamuri.

Los cinco hombres habían entrado en la caverna, avanzando a tientas, porque faltaba totalmente la luz en aquel antro tenebroso, aunque fuera brillaba la luna.

—Se diría que estamos descendiendo al infierno —comentó Yáñez, que se había dado cuenta de que el terreno descendía rápidamente.

—Te he dicho que te calles —observó Sandokán.

—Tengo la carabina cargada.

—No sabemos qué peligros nos amenazan.

En aquel instante sonaron algunas notas en la oscuridad, notas dulcísimas, que tenían algo de extraño.

— ¿Quién toca? —preguntó Tremal-Naik.

—El negrito —respondió Kammamuri.

— ¿Por qué?

—No lo sé.

— ¿Quiere atraer a los dayakos? —Se excitó Yáñez—. Adviértele que tengo un par de balas en los cañones de mi carabina.

—Déjale actuar, señor. Tiene más miedo de los cazadores de cabezas que nosotros; os lo aseguro.

Las notas continuaban, cada vez más dulces y más lánguidas. Se hubiera dicho que en la caverna se había escondido uno de esos sapwallah hindúes que saben adormecer o despertar, a su antojo, a las terribles serpientes que infestan las junglas indias.

— ¡Eh, Kammamuri! —dijo el portugués, que sospechaba de todo y de todos—. ¿Qué hace tu salvaje?

—Esperad, señor Yáñez. Pronto tendremos la explicación de este misterio. El negrito es astuto, os lo digo yo, y si toca es porque tiene sus motivos.

— ¡Será algún mago extraordinario! —añadió Yáñez irónicamente—. Preferiría, ya que tiene tanto poder, que en vez de tocar secase mis cigarrillos.

—Se ha mojado también mi tabaco —dijo Sandokán.

—Y el mío tanto como el tuyo —se lamentó Tremal-Naik.

—Eh, Kammamuri, pregunta a tu hombre misterioso si podría procurarnos un poco de fuego para secar nuestro tabaco.

El maharata estaba a punto de responder cuando Yáñez se lo impidió.

— ¿Qué olor es éste? —preguntó.

—Yo te lo diré —respondió Tremal-Naik—. Por algo he sido durante tanto tiempo un gran cazador de serpientes en la jungla negra. Este perfume es de serpientes. ¡Y de alguna especie grande!

— ¡Por Júpiter!

—Y también sin Júpiter —dijo Tremal-Naik.

—Entonces yo no sigo adelante, especialmente con esta oscuridad.

— ¡Tampoco yo! —se solidarizó Sandokán, que tenía una repugnancia instintiva hacia los reptiles, cualquiera que fuese la familia a la que pertenecieran.

En aquel momento el negrito había cesado de tocar la flauta y se había apoyado contra la pared de la caverna.

— ¿Qué haces ahora? —preguntó Kammamuri, que estaba cerca de él—. ¿Qué está sucediendo?

—Las pitones —respondió el hombre de los bosques.

— ¿Quieres decir grandes serpientes?

—Sí, orang.

— ¿Dónde están?

—Pasan por delante de nosotros.

— ¿Y nosotros?

—No corremos ningún peligro, orang. Tengo en mi mano el angilung.

— ¿Sabes tú guiar a las serpientes?

—Sí, orang.

— ¡Eres un hombre maravilloso! —se admiró Kammamuri—. Fabricas cuerdas, matas hombres y domas a los reptiles... ¿Y ahora qué ocurrirá?

—Impediré a los dayakos que entren en la caverna.

— ¿Y si forzasen el paso?

—Se encontrarán ante centenares de pitones gigantescas.

— ¿Están saliendo las serpientes?

—Espera un momento: yo las guiaré.

Volvió a ponerse en los labios la flauta de bambú y se dirigió lentamente hacia la entrada de la caverna, tocando de manera extraña.

—Se diría que es un tomrill de cualquier sapwallah hindú, —dijo Tremal-Naik—. ¿Hay también encantadores de serpientes en Borneo?

—No me extrañaría —respondió Yáñez—. Lo mismo que en la India, se encuentran también en África septentrional y en América central.

—Parece como si estuviésemos en plena India —dijo Tremal-Naik.

Kammamuri se había situado detrás del negrito, que continuaba avanzando hacia la entrada de la caverna.

—Ese hombre quiere atraer la atención de los dayakos —observó Yáñez un poco inquieto—. ¿Querrá traicionarnos?

—Déjale actuar —dijo Sandokán—. Quizá tiene más deseos que nosotros de no perder la cabeza bajo el filo de un kampilang.

—Pero con esa maldita flauta los atraerá.

—Tendrá sus motivos.

—Sí, perdernos.

—Espera, pues, impaciente hermano.

El negrito continuaba tocando, cambiando de vez en cuando el tono. Se oía un rumor extraño bajo las bóvedas de la caverna.

Se hubiera dicho que masas pesadas, provistas de escamas óseas, se arrastrasen por el sonoro suelo de aquel antro tenebroso.

Sandokán, Yáñez y Tremal-Naik escuchaban, no sin cierta aprensión.

Se puede ser valiente hasta la locura, pero ciertos misterios que se desarrollan en la oscuridad producen siempre una gran impresión y sacuden los corazones más valerosos.

— ¿Qué sucede? —preguntó el portugués, que comenzaba a impacientarse—. Yo ya tengo bastante de esta música, que me parece que me destroza los nervios, y de estos rumores. ¿Comprendes algo tú, Sandokán?

—Comprendo solamente que ante nosotros debemos tener un sapwallah, si no indio, por lo menos borneano, ya que estamos en Borneo y no en Bengala —respondió tranquilamente el Tigre de Malasia.

— ¿Y tú, Tremal-Naik?

—Yo sólo oigo una especie de tomrill que suena casi como los de mis compatriotas.

En aquel momento las notas que desde hacía unos instantes se habían hecho dulcísimas, con debilísimas esfumaduras, cesaron bruscamente y luego una sombra se acercó a los tres hombres, diciendo.

—Se han adormecido cerca de la entrada —dijo Kammamuri. ¡Qué sorpresa para los dayakos si quieren entrar!

— ¿Quiénes? —preguntaron a la vez Yáñez, Sandokán y Tremal-Naik.

— ¡Las pitones! —respondió el maharata.

— ¿Qué estás diciendo? —inquirió Yáñez.

—El negrito es un gran tunante, como ya os he dicho, y no vale menos que cualquiera de nuestros mejores sapwallah. Parecía como si llevase a los campos una manada de pavos y, por el contrario, conducía a serpientes tan monstruosas como no las he visto igual ni siquiera en las Sunderbunds del Ganges.

— ¿Dónde estamos nosotros, pues?

—En la caverna de las pitones, señor Yáñez. ¡Oh, tenemos centinelas que, cuando se enderecen, harán mover las piernas a esos feos dayakos que quieren nuestras cabezas; y en la huida, no creo que se rezague Teotokris!

(La acción iniciada en esta obra sigue en El desquite de Sandokán).

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es